
HARLEQUIN
Jazmín
HISTORIAS de LARKVILLE
Myrna Mackenzie
Volver a confiar

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

VOLVER A CONFIAR, N.º 81 - abril 2013
Título original: The Rancher's Unexpected Family
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicado en español en 2013.

I.S.B.N.: 978-84-687-3036-3
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Capítulo 1

KATHRYN Ellis cerró los ojos y respiró hondo. Lo que estaba a punto de hacer, buscar a Holt Calhoun cuando estaba claro que él no quería que lo encontraran…

Tragó con dificultad. Hacía años que no lo veía e intentaba no imaginárselo con su cabello oscuro y esos ojos marrones salpicados de oro capaces de dejar con su intensidad a una persona clavada en la pared. El hecho de que ella hubiera querido que esos ojos la clavaran a cualquier parte estaba de más, pero por aquel entonces era joven y lo suficientemente ingenua como para no comprender lo que estaba pidiendo. Ahora era mayor, le habían hecho daño y no era tan ingenua. Había aprendido que un hombre con carácter y controlador era la peor pesadilla para una mujer como ella.

Aun así, estaba adentrándose voluntariamente en el foso de los leones.

–Camina –susurró al bajar de su destartalado coche y echar a andar hacia la casa de la familia Holt en el Rancho C Doble Barra. Durante los pocos años que había vivido en el pueblo, había pasado con el coche por delante del rancho y había visto la gran casa blanca a lo lejos, pero nunca había estado allí… ni siquiera por fuera. Cuando era adolescente y consideraba a Larkville su hogar le habría gustado que la invitaran a pasar. Ahora ya no.

Pero, de todos modos, iría.

Con el corazón saliéndosele por la garganta, llamó al timbre y esperó, obligándose a mantenerse firme y a dar aspecto de profesional.

Sin embargo, en ese momento el bebé dio una patada y, a pesar de que ya debería estar acostumbrada a esas cosas, posó una mano sobre su abdomen y bajó la mirada.

La puerta se abrió y dio un salto sobresaltada. Aliviada, aunque también lamentándose, vio que no era Holt, sino Nancy Griffith, el ama de llaves, quien abrió.

–Siento no haber llamado para avisar, pero –Kathryn se aclaró la voz intentando no sonar demasiado nerviosa–, ¿está Holt por aquí?

Nancy le sonrió.

–Me temo que no. Desde que volvió de… bueno… supongo que todo el mundo sabe dónde ha estado…

«Pues yo no», pensó, porque había decidido no mostrar la más mínima curiosidad por la vida personal de Holt. «Seguro que ha tenido que ver con alguna mujer», no pudo evitar pensar. Holt siempre había tenido a mujeres siguiéndolo.

–Pero ya está en casa, ¿verdad? He oído que había vuelto.

–Está en casa, pero no está aquí. Desde que ha vuelto, ha estado tan ocupado en la oficina que hoy ha dicho que iría al campo y que nadie iba a impedírselo.

«Ni siquiera yo», pensó Kathryn. Había intentado llamarlo varias veces esa semana, incluso esa mañana, pero él no había respondido. Ni tampoco había respondido cuando había solicitado una cita con él. Estaba segurísima de que sabía lo que quería, ya que tal vez la alcaldesa se lo había dicho, y quedaba claro que la idea no lo entusiasmaba. Ya estaba advertida de que no esperara mucho.

Y no esperaba nada, aunque quería…

«No. No vayas por ahí», se ordenó. Querer no era suficiente, y esa era otra lección que había aprendido demasiado bien. Si iba a pasar algo, tenía que hacer que pasara. No podía confiar en nadie más.

–Tengo que verlo. Si está en el campo, ¿podrías decirme en qué dirección ha ido?

Nancy parecía asombrada.

–Yo… Has pasado fuera mucho tiempo, Kathryn. No sé cuánto sabías de este lugar, pero el Rancho C Doble Barra es enorme y está muy desolado en algunas zonas –miró el coche de Kathryn, su abultada barriga y al cielo. El día era sofocante y, el sol, tan implacable y cegador como el flash de una cámara.

–Lo sé, pero estaré bien. Soy deportista y últimamente siempre tengo el teléfono a mano –dijo ignorando sus propios recelos. Tal vez el rancho tenía zonas desoladas, pero los Calhoun siempre lo habían hecho funcionar como una máquina bien engrasada. Las líneas de comunicación estaban abiertas–. O… era deportista hasta hace poco. Estaré bien.

Nancy asintió brevemente.

–Pero deja que llame a Holt –se detuvo–. Tengo que ser sincera,

esto no le va a gustar.

–Lo sé. Además del hecho de que esté ocupado, ya lo he llamado seis veces. Si vas a decirle algo, dile que no… que no me voy a rendir. Haré lo que haga falta, incluso buscarlo por todo el rancho.

Eso no era exactamente verdad, pero estaba intentando no perder el valor, mostrarse decidida. Aun así, no era tonta, y no tenía pensado alejarse mucho de la carretera, pero por ahora era mejor que Nancy y Holt pensaran que era una embarazada loca si ese era el único modo que tenía de llamar su atención. La frustración y el miedo estaban desesperándola un poco. Tenía que hacer todo lo que pudiera antes de que naciera el bebé.

–De acuerdo. Veré lo que puedo hacer –Nancy entró en la otra habitación y habló por teléfono en voz baja. Parecía estar tapando el micrófono con la mano, pero aun así Kathryn pudo oír los improperios de Holt al enterarse de lo que estaba pasando.

–Tú solo descubre dónde está –le dijo a Nancy con mirada de disculpa–. Del resto ya me ocupo yo. No tienes por qué ocuparte de mis problemas.

Pero Nancy escuchó lo que Holt estaba diciendo y después llevó a Kathryn a sentarse en el salón.

–Ya viene.

Y estaba claro que no le hacía mucha gracia la situación. Kathryn podía verlo en la mirada de Nancy.

–¿Te importa si me siento en el porche? Preferiría verlo cuando venga por si me lanza algo –sonrió ligeramente al decirlo intentando que sonara como una broma, aunque no lo era en absoluto. Había vivido toda su vida con gente propensa a repentinos estallidos de furia y siempre estaba bien tener un plan de escape.

–Como tú quieras, pero Holt jamás le arrojaría nada a una mujer. Y menos a una embarazada.

Kathryn asintió y salió al porche a sentarse en una mecedora. A juzgar por la mirada de Nancy, podía ver que la mujer estaría preguntándose qué circunstancias la habían llevado a terminar sola y embarazada, pero eso era algo que no compartiría con nadie. Ni con Nancy y, mucho menos, con Holt.

Aunque tampoco podía decirse que el hombre fuera a preguntarle; ¡si ni siquiera quería verla! Le sorprendería hasta que se acordara de ella.

«A lo mejor no me recuerda». Nunca se había fijado en ella cuando era una adolescente escuálida y enferma de amor y él un jugador de rugby taciturno y melancólico que apenas le dirigía la palabra a nadie y que a ella nunca le había dicho «hola».

Había fantaseado con que él fuera como ella, que ambos fueran almas gemelas atrapadas en insostenibles circunstancias sin nadie en quien confiar.

Claro que, se había equivocado, porque él simplemente había sido un chico que no se había fijado en ella y era obvio que eso no había cambiado.

Pero en ella mucho había cambiado, exceptuando el hecho de que aún se ponía nerviosa al imaginarlo llegando por la carretera, saliendo de su coche y deteniéndose en el porche.

Lo cual era una absoluta locura. En su mundo ya no había cabida para un hombre, y menos para ese.

Una nube de polvo anunció la llegada de un vehículo: pronto Holt y ella hablarían.

¡Por fin!

Holt abrió la puerta de la camioneta y fue hacia ella, grande e imponente, con la mandíbula tensa y unos ojos oscuros que decían que lo había presionado demasiado.

Kathryn tragó saliva y se recordó que era una mujer adulta, con casi diez años más de los que tenía la última vez que lo había visto, y decidida a ser lo que no había sido entonces. Fuerte. Independiente. Y sin dejarse apabullar por un hombre tan abrumador como Holt.

–Hola, Holt –dijo con un tono algo más fuerte del que había pretendido y fingiendo una pose natural–. Gracias por pasarte –¡qué estúpida! ¡Esa era su casa y ella estaba actuando como una reina esperando que le besaran la mano!

–No es nada, tenía que venir de todos modos –dijo poniéndola en su sitio–. Además, no tardaremos mucho.

–¿Y cómo lo sabes?

–Lo sé porque la respuesta es «no» –dijo con esos oscuros ojos color caramelo que parecían estar ardiendo–. Sé por qué está aquí. No sé que le ha dicho la alcaldesa que la haya llevado a creer que iba a involucrarme, pero se equivocaba. Solo me dedico a una cosa y eso es el rancho. Siento que haya perdido su tiempo, pero creo

que es mejor ser sincero.

Kathryn contuvo el aliento y deseó que las rodillas no le estuvieran temblando.

–También lo creo, y la verdad es que no tengo intención de darte la lata, pero tendrás que oírme.

–Ya sé lo que quiere y no tiene ningún sentido discutir los detalles.

–Sea lo que sea lo que te han dicho, no lo es todo y tengo intención de seguirte hasta que escuches toda la historia –tuvo que esforzarse para que la voz no le temblara. Y no solo porque Holt fuera tan grande y tuviera esos hombros tan anchos, sino porque era tan… masculino. El hecho de que se mostrara tan hostil… Kathryn luchaba por mantenerse calmada, por seguir en pie.

–¿Cómo dice? –preguntó él y la fiera mirada que le lanzó la hizo estremecerse por dentro. Se preguntó cuántas mujeres le habrían dicho «no» a Holt y supuso que probablemente no muchas.

Probablemente ninguna. El hombre parecía la definición de la palabra «sexo», era todo piernas largas, músculos, un cabello casi negro desaliñado. Parecía un hombre que sabía cómo hacer las cosas y no solo cosas de rancho. Cosas que implicaban desnudar a una mujer.

Lo cual era totalmente irrelevante… y la distraía terriblemente.

–Lo digo en serio –dijo Kathryn.

Sus años de enamoramiento de Holt ya habían pasado hacía tiempo y ahora iba a ser madre. Tenía que poner en orden su vida y hacer lo correcto por su bebé, no descarrilarse por unos pensamientos estúpidos y hormonalmente provocados por un hombre que ni siquiera quería hablar con ella y que le recordaba los malos lugares en los que había estado y no los buenos lugares a los que quería ir.

–¿Tiene pensado seguirme? ¿Sabe lo que está diciendo?

No.

–Sí. La alcaldesa Hollis te ha recomendado.

Holt maldijo en voz baja.

–Johanna es listísima, pero en esto está totalmente equivocada.

–No lo creo y no puedes obligarme a marcharme. Soy… soy persistente –lo cual era mentira. Ella nunca había persistido en nada y a su exmarido le había encantado mofarse de ella por eso. Y, en

gran parte, ese podía ser el porqué de que ahora tuviera que ser tan persistente con esto.

–Esto es un rancho –le recordó Holt–. Es grande y sucio. Hay animales que pueden romperle el pie si la pisan o partirle el cuerpo si caen sobre usted. Es una mujer embarazada.

–Sí. Me he dado cuenta.

Él la miró como diciéndole «no tienes ni idea».

–Solo dame unos minutos.

Él empezó a negarse, pero ella alargó la mano y le tocó el brazo. Llevaba una camisa de batista azul desgastada; sus músculos eran firmes y cálidos bajo su mano. Kathryn no sabía qué demonios estaba haciendo, se sentía estúpida e incómoda, como le pasaba siempre que estaba cerca de él, pero…

–Ya hemos malgastado muchos minutos discutiendo, ¿no sería más fácil escucharme?

–Tengo la sensación de que esto no va a ser fácil.

Lo mismo pensaba ella.

–Solo unos minutos.

–De acuerdo. Empecemos con esto. Siéntese y hable –giró una silla, se sentó a horcajadas y miró el reloj–. Tiene diez minutos. Ninguno más.

Kathryn tragó saliva con dificultad e intentó encontrar las palabras correctas. Por primera vez en su vida tenía la atención de Holt Calhoun y no podía permitirse desperdiciar la oportunidad. Había demasiado en juego.

Holt se sentía como un volcán, emitiendo calor y a punto de hacer estallar todo lo que había a su alrededor. ¿En qué había estado pensando la alcaldesa al recomendar que él podía ser quien ayudara a Kathryn Ellis? Y, de todos modos, ¿a qué venía todo eso? Alguna tontería sobre una clínica, unos donantes o lo que fuera.

Quería terminar con esa conversación, pero le había prometido diez minutos. La miraba; a pesar de estar en avanzado estado de gestación, lo cual le traía unos recuerdos terribles, se la veía esbelta, aunque también frágil como la porcelana, y cuando lo miraba…

Se fijó en que su cabello rubio oscuro, surcado por cientos de

sombras color trigo, besaba su delicada mandíbula y cómo esos grandes ojos grises se mostraban nerviosos. A pesar de sus decididas palabras, parecía que a esa mujer pudiera romperla un viento fuerte, tanto física como emocionalmente. Y después estaba el hecho de que estuviera embarazada. Eso hacía que fuera la última persona en el mundo que tuviera que estar cerca de un hombre como él. La había visto a lo lejos por el pueblo después de que la alcaldesa le hubiese mencionado la situación, así que ya había decidido que no pasaría. Y no solo porque no quisiera hacer lo que había oído que ella quería que hiciera.

–Señorita Ellis.

–Soy Kathryn. Me conociste cuando éramos adolescentes.

Ya sabía quién era… vagamente… Una criatura delgada y asustada. Eso era todo lo que recordaba. Y al llamarla por su apellido había intentado crear distancia, dejar las cosas claras.

–Señorita Ellis, me temo que te han confundido.

–Johanna me ha dicho que tenías contactos políticos y comerciales que nadie más del pueblo tiene. ¿Es verdad?

–Podría ser, pero es irrelevante.

–Seguro que has oído por qué estoy aquí.

Él sabía lo que había oído. El pueblo ya tenía una clínica, así que…

–¿Por qué no lo dice?

–Intento que se construya una nueva clínica en Larkville y traer a un médico permanentemente. Para hacerlo podríamos necesitar la ayuda de gente influyente.

–Johanna es la alcaldesa, ella tiene contactos políticos.

–Es la alcaldesa de un pueblo de menos de dos mil habitantes. Su influencia es limitada. Tu apellido se conoce en lugares importantes.

–Yo no pido favores. Nunca –la miró.

–No te estoy pidiendo que te… prostituyas –dijo desviando brevemente la mirada. Tenía sus esbeltas manos cerradas con fuerza. Estaba nerviosa… ¿porque estaba decidida a sacarle un «sí» o porque él estaba asustándola?

Holt quería soltar una sarta de improperios, estaba harto de situaciones como esa, de hablar con mujeres con expectativas. Había aprendido de su madre, de su padre, de su antigua

prometida, Lilith, que necesitar, querer algo o esperar demasiado conllevaba un alto precio. Las emociones podían acabar con uno, eso lo sabía. Había pagado ese precio antes y seguía pagándolo. Así que aunque estaba acostumbrado a hacer toda clase de favores como propietario del Rancho C Doble Barra y los hacía de buen grado, prefería no complicarse con las emociones. Y nunca pedía favores para él. Estaba seguro, a juzgar por lo que había oído, de que Kathryn Ellis estaba pidiéndole que rompiera sus reglas irrompibles. «Da, pero no recibas». «Controla la situación en todo momento». «Nunca dejes que la emoción entre en un trato».

–Tendrá que ser más específica. ¿Qué está pidiéndome que haga exactamente?

–Quiero que me ayudes a levantar la clínica. Quiero que me ayudes a fundarla.

–Lo cual, según lo plantea, sería más o menos como prostituirme.

–No necesariamente. Hay gente que colaborará de corazón.

–Para una clínica que solo beneficiará a un pueblo muy pequeño.

–Es tu pueblo natal.

–Pero no el de ellos.

Kathryn se mordió el labio.

–Supongo que sí, pero… tú eres Holt Calhoun. Podrías convencerlos.

Por cómo lo dijo pareció como si él pudiera hacer cualquier cosa, y nadie mejor que él sabía que eso no era así. El dolor lo cortaba como una cuchilla. Bruscamente, apoyó la mano en una columna del porche.

–Maldita sea. Puede que yo no sepa mucho de usted, pero está claro que usted no me conoce en absoluto.

Ella miró a un lado como si la hubiera avergonzado. Y tal vez lo había hecho. Tener tacto no era lo suyo y, sinceramente, tampoco le importaba.

–Necesitamos un médico. Yo trabajo a tiempo parcial en la consulta del doctor Cooper. Se va a mudar a California para estar cerca de su hijo y después ya no habrá ninguno. Y la clínica, si es que se le puede llamar clínica a un edificio con una habitación y una sala de examen del tamaño de un armario, está

desmoronándose.

–He oído que está ligeramente anticuada.

–Está más que anticuada. Es inadecuada y una vez que el doctor Cooper se marche, no podremos hacer venir a otro médico para trabajar en unas instalaciones tan ruinosas.

–Entiendo. Pero Austin solo está a sesenta y cinco kilómetros y allí hay médicos.

Ella se cruzó de brazos y eso hizo que su abundante pecho destacara aún más, además de resaltar su abultada y redondeada barriga. Era una mujer preciosa, delicada, y su embarazo solo parecía hacer sobresalir aún más esa delicada belleza. Debería abofetearse por haberse fijado en esas cosas.

–En una emergencia, sesenta y cinco kilómetros serán como seiscientos.

–Entiendo, señorita. Le preocupa el trayecto hasta el hospital –hizo lo que pudo por no pensar en otra situación, en otra mujer embarazada. Rabia y oscuridad le llenaron el alma.

–Para ya, para de fingir que no me conoces. Y esto no es por mí, yo salgo de cuentas en un par de semanas. Para cuando se construya la clínica… si es que se construye… –remarcó mirándolo con esos grandes y lastimeros ojos– ya me habré ido.

Eso captó su atención.

–A ver si me aclaro. Quiere construir una clínica en un pueblo en el que ni siquiera pretende vivir, ¿por qué?

–Tengo mis razones, aunque no importan. Esa no es la cuestión.

Estaba claro que no iba a hablar del tema y no le parecía mal. Un hombre como él, que nunca compartía sus pensamientos más internos, no podía culpar a alguien por retraerse. Aun así, ahora que habían dejado atrás el tema del embarazo, podía enfrentarse a la realidad. Él no era la respuesta a las oraciones de nadie y nunca lo había sido. Regentaba el rancho y lo hacía bien. Hacía lo necesario, pero nunca iba más allá. No podía.

–Lo siento –y una parte de él lo sentía de verdad–, pero eso no va a pasar. He estado lejos del rancho demasiado tiempo –por razones sobre las que no estaba preparado a hablar– y, a pesar de que tengo una plantilla de trabajadores y un capataz inmejorables, tengo mucho trabajo que hacer. No soy quien necesita y no tengo el tiempo, las ganas ni la capacidad para ayudarla.

–¿Ni siquiera si hablamos de una cuestión de vida o muerte? –preguntó con una mirada que parecía decir que la había decepcionado. Aunque eso tampoco le resultaba nuevo. Era un ranchero excelente, pero también era un maestro decepcionando a la gente.

–Si le han hecho creer que recibiría esta clase de ayuda de mí, la han aconsejado mal. Yo me limito a favores pequeños, a cosas factibles. No hago milagros.

La miró fríamente haciendo lo posible por ignorar el miedo y el dolor que vio en sus ojos y cómo ella, automáticamente, posó la mano sobre su vientre.

Sus ojos grisáceos parecían estar suplicándole, aunque no le decía nada. Un repentino y difuso recuerdo de una joven mirándolo como si esperara que respondiera a todas sus oraciones le atravesó la memoria y desapareció tan rápido como había llegado.

Su teléfono sonó y automáticamente lo puso en modo altavoz, lo que fuera con tal de llenar ese silencio. Su capataz, Wes, dijo:

–Holt, a esa vaca que parece hinchada tienen que verla o la perderemos. El veterinario está en el siguiente condado y tú eres el mejor que puede ocuparse de algo tan complicado.

–Estaré ahí en cinco minutos –colgó y se dirigió a Kathryn–. Tengo que irme –dijo. Ni un «lo siento» ni «discúlpame». La repentina expresión de derrota que vio en la mirada de Kathryn le hizo querer pronunciar esas palabras, pero le habría dado esperanza sobre algo que no llegaría a pasar. Él no era el salvador que ella se había esperado y no fingiría ser lo contrario.

Con los hombros agachados, Kathryn se giró hacia su coche destartalado, aunque al instante se volvió para decirle:

–¿Te marchas a obrar un milagro, Holt?

–Me marcho a hacer lo que sé hacer. No prometo lo que no puedo cumplir. Nunca.

Y a él los milagros de verdad le quedaban muy lejos; lo sabía demasiado bien.

Sin esperar a que ella se marchara, fue hacia su camioneta y al alejarse, dejando tras de sí una nube de polvo, unos ojos llenos de esperanza parecieron mofarse de él.

En esa ocasión no se contuvo y soltó una sarta de improperios. La señorita Kathryn Ellis no sabía lo afortunada que era. Las

mujeres que se relacionaban con un hombre inflexible y emocionalmente parco como él acababan lamentándolo… como ya le habían dicho antes.

Capítulo 2

DE ACUERDO, tratar con Holt no sería fácil, pensó Kathryn de vuelta a casa. Si había alguien más… Pero la alcaldesa había sido muy firme al decirle que él era el único en un pueblo de ese tamaño con la influencia que ella necesitaba. El Rancho C Doble Barra era conocido en todo el país. Los Calhoun tocaban muchas teclas y Holt era el único que las supervisaba todas.

Pero nada de eso importaba si ese hombre no aceptaba a echarle una mano. ¿Qué podía hacer? ¿Y por qué importaba tanto?

Porque estaba decidida a darle a su vida un giro radical y ese era el primer paso. «He vuelto a la casa vacía de mis padres a pesar de los malos recuerdos porque no tenía dinero ni trabajo», se recordó. La mayor parte de su vida había sido así, yendo de una mala situación a otra y de sitio en sitio. Pero con un bebé en camino, tenía que hacer más, tenía que convertirse en la persona de la que su hija pudiera depender. La próxima vez que se marchara de algún lugar, lo haría bien, dejando algo bueno atrás, porque más adelante la esperaba algo bueno.

Ayudar a construir esa clínica le ofrecía la oportunidad de marcharse de ese lugar de un modo positivo y, además, le permitiría hacer uso de su, hasta el momento, inútil título en Urbanismo y además animar su exiguo curriculum. Supervisar el proyecto era la clase de experiencia que encantaría a cualquier posible jefe y la ayudaría a darle un futuro seguro al bebé.

Pero había una razón aún mayor. A pesar de su intención de pasar por Larkville y salir de él desapercibida, había descubierto que ahora que sus padres no estaban, el pueblo resultaba bastante encantador. Había hecho unos cuantos amigos, algunos de ellos sus pacientes. Se preocupaba por ellos y entendía lo asustados que estaban ante la idea de perder asistencia médica. ¿Cómo no iba a intentar ayudar? Aun así, incluso el mejor urbanista necesitaba buena gente ayudándolo y en ese caso tenía que conseguir la ayuda de Holt. ¿Cómo?

«Hazle la pelota, adúlalo. Juega con sus debilidades». Todo el

mundo las tenía, ¿no?

Posó las manos sobre su vientre como si comunicarse con su bebé de ese modo fuera a ayudarla a centrarse.

–¿Jugar con las debilidades de Holt Calhoun? –¡como si ella supiera cuáles eran!

Bueno, tal vez sí lo sabía, un poco. Durante los dos años que había vivido allí, prácticamente había acechado a Holt que, de no estar jugando al rugby, pasaba la mayor parte de su tiempo en el rancho. Vacas, caballos, perros sería lo primero en su lista de prioridades y odiaba tener que volver a asediar el rancho, pero no tenía elección. ¿Dónde, si no, estaría?

–Puedes hacerlo, Ellis –sus palabras fueron más bravuconadas que reales. Aun así, se puso sus vaqueros de premamá, sus deportivas y una camiseta rosa y se dirigió al C Doble Barra. Cuando llegó, fue directa a los establos. Un movimiento de lo más audaz, por cierto, ya que le daban miedo los animales grandes. Por mucho que hubiera vivido en Texas, sus padres habían sido cosmopolitas a los que no les había gustado Larkville. Los ranchos no habían sido parte de su vida. Ahora tenía la misión de reescribir el futuro y todo empezaba ahí. Esa vez no saldría corriendo.

Se oyó por su derecha un bufido, justo donde había un caballo blanco dentro de un cercado. Era un animal precioso, un animal gigantesco… que no parecía estar muy seguro de qué hacía ella ahí.

Kathryn intentó calmarse. Había ido preparada sabiendo que los animales de Holt entrarían en el plan; si podía hacerse amiga de esa criatura rápidamente, entonces cuando Holt apareciera, pensaría que era una vaquera nata y ambos podrían entablar relación gracias a conversaciones sobre equinos. La noche anterior había entrado en Internet y había reunido algunos datos interesantes gracias a los que ahora sabía que había más de trescientas cincuenta razas de caballos y ponies y que los caballos podían caminar, trotar, galopar e ir a medio galope.

Pero ahora mismo nada de eso importaba. El caballo de Holt estaba mirándola como si ella tuviera cuernos y un rabo rojo en forma de tridente. En busca de lo que creía que sería su arma secreta, metió la mano en el bolso y sacó una zanahoria de una bolsa de plástico.

–Toma, chico –dijo sujetando la zanahoria entre sus dedos–.

Mira lo que tengo.

El caballo se acercó un poco y ella retrocedió bruscamente antes de volver a extender la mano.

–No. Hagas. Eso –esa profunda voz era inconfundible y salió del granero que había detrás–. Deja de moverte. Ahora mismo.

Kathryn se quedó paralizada. Holt se acercó por detrás y ella se sintió muy expuesta, a pesar de estar completamente vestida. En serio, ese hombre desprendía algo muy masculino.

–¿No le gustan las zanahorias? –preguntó ella.

–Le encantan las zanahorias.

–Ya… lo veo. O no… –olvidó que tenía que estar quieta y agitó la mano mientras hablaba. El caballo siguió el movimiento con la cabeza y se acercó. Rápidamente.

Kathryn dio un salto y Holt dio un paso al frente, le dio una orden al caballo y agarró la mano de ella obligándola a soltar la zanahoria. Kathryn lo miró consternada.

–¿Por qué has hecho eso?

–Porque supongo que no te gustaría perder ningún dedo. Los caballos tienen los dientes afilados y una cabeza enorme. Daedalus es amable, pero no te conoce ni entiende lo que estás haciendo. Quiere lo que tienes, pero como estás moviéndote de ese modo, se abalanzaría para cogerla y podría morderte. O esa cabeza tan grande que tiene podría empujarte y tirarte de culo –Holt sacudía la cabeza como si hubiera tenido que explicarle a un niño que no se debe cruzar la calle sin mirar.

–Yo… –Kathryn estaba ruborizándose–. Gracias. No me había dado cuenta. Supongo que lo he hecho sin pensar.

–Pero has vivido aquí, en un lugar de caballos.

–Solo he vivido aquí dos años y no teníamos caballos. Mi padre vino aquí por un trabajo y… bueno, le gustaba la intimidad. No quería que yo hiciese amigos, así que no tuve motivos para aprender nada sobre la vida en un rancho.

–Y aun así aquí estás, intentando darle de comer a mi animal.

Ella alzó la barbilla.

–Que no tuviera caballos no significa que no quiera saber más de ellos. Es un caballo espectacular y este es un… rancho maravilloso. De verdad que… que me gustaría saber más sobre los ranchos.

–¿Así, como si nada? ¿O es que tienes planeado mudarte a un

rancho? –parecía estar divirtiéndose, levemente, como si intentara no reírse.

¡Oh, no! ¿Pensaría que estaba flirteando con él, persiguiéndolo?

–No. Estoy buscando un trabajo en una ciudad, pero todo indica que mi bebé nacerá aquí, y quiero poder contarle algo sobre su lugar de nacimiento.

Mientras lo decía, Kathryn comprendió que era cierto. Quería que su hija supiera algo sobre su historia porque esa clase de ancla era lo que le había faltado a ella en su vida. Sus padres se habían mudado constantemente y nunca le habían contado nada sobre sus vidas antes de que ella naciera. En realidad, nunca hablaban mucho sin discutir o criticar a su única hija por ser una decepción. Su exmarido había continuado con esa tendencia y la había ignorado o la había criticado o la había hecho sentir que era una persona absurda y exigente. Había resultado un sistema efectivo porque al final Kathryn siempre se había dejado manipular, pero esa vez tenía que ser distinto, no podía dejar que la opinión de Holt la intimidara.

–Entonces, ¿quieres una clase de historia y un paseo por el rancho? ¿Y eso cuándo lo has decidido? ¿Esta mañana?

Ella respiró hondo.

–No… sí… no. Lo he decidido hace unos treinta segundos –admitió en parte porque no quería sumirse en el hábito de mentir. Las buenas madres no mentían. Y, sin duda, ella quería ser una buena madre.

Holt sacudió la cabeza otra vez.

–Si quieres una clase de historia o información sobre cómo funciona un rancho, te recomendaré unos cuantos libros.

–Quiero más que eso.

Probablemente, eso fue lo peor que pudo haber dicho. Siempre existía la posibilidad de que supiera lo muy enamorada que había estado de él cuando era pequeña. Esperaba que no, pero esa oscura y fiera mirada de Holt… el calor que encendía en ella…

Dio un paso atrás, pero tropezó con algo y, al instante, estaba resbalándose.

Y al instante también las grandes manos de Holt le sujetaban los brazos. Estaba alzándola hacia él y a Kathryn se le aceleró el corazón y le falló la respiración. Y entonces, al momento, quedó

libre e intentando actuar como si estuviera perfectamente bien.

–Estoy perfectamente bien.

Una fugaz expresión de diversión cruzó el rostro de Holt.

–Bien, iba a preguntártelo en un minuto –aunque no había tenido razón para hacerlo. Ella ni siquiera había estado a punto de caer al suelo porque los rápidos reflejos de Holt se habían asegurado de que eso no sucediera. Pero ese tono de voz… ¿estaba burlándose de ella?

–Me… me lo imaginaba –respondió intentando no sentirse atraída por Holt, pero ¿no le había pasado eso siempre? ¿No se había imaginado a los dos siendo pareja? Debía de haber estado loca. Él era la peor clase de hombre posible para alguien como ella. Demasiado intimidatorio, demasiado físico. Solo su presencia la hacía sentirse como si le hubiera desaparecido el cerebro. ¿Y su plan de ganárselo, de agradarle?

Eso no pasaría. Él no era un hombre que anhelara adoración por parte de los demás. De haber sido así, se habría aprovechado de ella en el instituto y se habría dejado adorar. Suspiró.

–¿Qué?

Se obligó a mirarlo a los ojos sin estremecerse.

–He venido aquí con la intención de entablar conversación.

–Ya veo. ¿Y cómo ibas a hacerlo exactamente?

Ella miró a Daedalus.

–Pues diciendo qué caballo tan bonito, qué sombrero tan bonito…

Él casi parecía estar a punto de sonreír.

Kathryn volvió a suspirar.

–Me temo que no se me da muy bien iniciar una conversación. Me siento como una estúpida.

–Bueno, a mí me han dicho que no sé aceptar un cumplido, así que…

Sí, había sido una mala idea.

–Debería irme –se dio cuenta de que seguía demasiado cerca de Holt, probablemente el hombre más masculino con el que se había topado en su vida.

Y tampoco era que eso importara. Aunque no hubiera estado extremadamente embarazada, jamás se permitiría volver a pensar en un hombre de ese modo. Y menos en un hombre como Holt. Era

esa clase de hombre que podía tragarse su alma y aplastarla. Aun así, marcharse supondría que sus planes se evaporarían porque Holt no iba a ayudarla. No tendría nada que poner en su curriculum, y probablemente ninguna forma de mantenerse a sí misma y a su bebé una vez que la clínica cerrara. Y tampoco podría ayudar a sus amigos. Tendría que fracasar en todo por culpa de ese testarudo hombre.

No, eso no estaba bien. No era culpa de él, era ella la que tenía que convencerlo para que la ayudara. Ganarse la cooperación de otros sería gran parte de su trabajo si lograba encontrar un empleo.

Se obligó a mirar a Holt a los ojos.

–¿Es que no te importa la gente del pueblo?

Él no respondió, pero frunció el ceño.

–Los veo todos los días. Veo a la gente que viene a la consulta del doctor Cooper con problemas graves que los tienen asustados.

Como si hubiera dicho algo ofensivo, la expresión de Holt se volvió más fría y ella, sin pensarlo, alargó la mano y le tocó el hombro. Al instante, sus músculos se tensaron bajo sus dedos y sintió un cosquilleo a la vez que se le aceleró el corazón. Dio un paso atrás bruscamente, como si hubiera tocado fuego.

La mirada de Holt era letal.

–No cometas el error de pensar que voy a hablar de mis sentimientos.

No, ya podía ver que eso sería un error.

–No lo haré, pero…

Él enarcó una ceja oscura y muy sexy y Kathryn tuvo que esforzarse mucho para seguir centrada.

–¿Pero qué crees que pasará si la gente no tiene una clínica o un médico en Larkville?

–No me he detenido mucho a pensar en eso.

–Por supuesto que no. Está claro que eres un hombre increíblemente sano.

Él la miró asombrado, como si sintiera que estaba comiéndoselo con los ojos. Y tal vez era así… Cualquier mujer lo haría y ella misma lo había hecho en el pasado. Y si las circunstancias, su vida y todo su mundo no hubieran resultado como lo habían hecho… No, no, no.

–Solo quería decir que está claro que no pasas mucho tiempo en

consultas de médicos –se apresuró a aclarar.

Él no dijo nada.

–Pero hay gente que necesita tratamientos de forma habitual o que necesita ayuda rápidamente. Si no tienen un médico cerca, puede que no acudan a ninguno y que acaben muriendo. Piensa en eso.

–Estoy pensando –y estaba claro que lo que estaba pensando no era nada bueno. ¿Por qué era Holt la persona con la que tenía que tratar para solucionar el problema?

Holt se sentía como si algo mucho más grande y letal que esa frágil mujer le hubiera dado una patada en el estómago. Kathryn no solo estaba pidiéndole un favor; él estaba acostumbrado a hacer pequeños favores ya que, le gustara o no, formaba parte de la comunidad, pero Kathryn quería más que un pequeño favor. Quería que él pidiera favores y ese no era su estilo. La idea de abrirse de ese modo, de suplicar, lo quemaba por dentro. Y lo peor de todo era que, por un instante, le había parecido que ella había querido que le hablara de sus sentimientos y eso sí que no lo hacía. Él se dedicaba a trabajar, a cumplir con su deber, pero no a hablar de lo que sentía o dejaba de sentir; eso era para otros hombres. Darse el lujo de ceder ante las emociones más profundas era para otros hombres.

Aun así, no pudo evitar mirar esos preciosos ojos y darse cuenta de que no podía ignorar el favor que le había pedido. Su padre, Clay, había muerto de neumonía por negarse a visitar al médico hasta que ya fue demasiado tarde. Y su amigo y antiguo mozo de cuadra, con el que había pasado los últimos meses… ¿Qué habría pasado si Hank hubiera ido al médico y le hubieran detectado el cáncer a tiempo?

Holt maldijo y, cuando Kathryn se rodeó el vientre con sus brazos como si así pudiera proteger al bebé que llevaba dentro, ese momento le hizo recordar cosas, sentir cosas. Y a él eso no le gustaba nada.

–De acuerdo, lo entiendo. No vas a ayudarme nunca –sus ojos se encendieron y entonces ya dejó de parecer tan frágil. Parecía más bien una tigresa ofendida–. Odio decir esto, Holt, pero a veces no me caen bien los hombres –y con una mirada acusadora sacudió la

cabeza y se giró para marcharse haciendo que su melena rubia dejara expuesto su largo y esbelto cuello. Y ya fuera bien por su actitud de tigresa o por ese precioso cuello, una sacudida de deseo lo recorrió.

«No hagas caso a esto», se dijo intentando ignorar el calor que su inocente actitud y sus movimientos habían despertado en él. «No pienses en ella de ese modo». Kathryn era una mujer con una misión, dedicada a una causa y con un bebé en camino. No buscaba una relación momentánea ni basada únicamente en la química, mientras que él no estaba abierto a ninguna otra cosa. No tenía relaciones con mujeres que esperaban demasiado de él. Y después de Lilith, mucho menos tenía relaciones con mujeres embarazadas. El hecho de que Kathryn fuera tanto apasionada como una mujer embarazada la hacía radioactiva. Una mujer de la que alejarse, no a la que acercarse.

Y aun así, ahí estaba, pensando en ese largo y desnudo cuello e intentando no imaginársela a ella desnuda. Quería maldecir otra vez, pero se contuvo.

En ese momento, Blue, su pastor alemán, se acercó. Era un perro grande y baboso; parecía que pudiera comer humanos solo por diversión y la mayoría de la gente mantenía las distancias la primera vez que lo veía.

Kathryn se agachó y alargó una mano para que el perro pudiera olfatearla y conocerla y después le rascó detrás de la oreja como si fuera un pequeño y cariñoso cachorrito. Blue parecía estar en éxtasis.

–Es un asesino –dijo Holt disgustado con Blue.

–Ya lo veo. ¿Lo has entrenado para que se lance a la garganta de la gente?

Holt enarcó una ceja.

–Lo he entrenado para muchas cosas. Ahora mismo parece haberlas olvidado todas. Creo que ganarte a la gente se te da mejor de lo que creías.

Ella levantó la mirada rápidamente y lo vio mirándola. Un delicioso tono rosado ascendió por su cuello y él tuvo que contener un gemido.

Kathryn volvió a mirar a Blue.

–No, es solo que le gusta que lo acaricien.

–¿Y a quién no?

¿De verdad había dicho eso? ¡Oh, sí, claro que lo había dicho! La mirada de asombro de ella no dejaba lugar a dudas. Se había quedado impactada y un día antes él habría estado encantado con esa reacción, pero ahora ella le había hecho pensar en cosas que no podía ignorar. Iba a decir que sí. Lo cierto era que no podía llevar a nadie más arrastrando en su conciencia. Ya tenía demasiadas cosas por las que responder, cosas en las que se esforzaba por no pensar cada día, y le gustara o no, iba a tener que involucrarse en el proyecto de Kathryn y hacer un montón de cosas que no le gustaban.

Pero había dos cosas que no haría. No expondría ni su alma, ni sus demonios, ni esa parte suya tan íntima y no dejaría que ella estuviera al mando y controlándolo todo, como le había sucedido con Lilith.

–Probablemente no debería haber hecho el último comentario sobre Blue –comenzó a decir él.

Al oír su nombre, Blue levantó las orejas pero sin dejar de babear por las caricias de Kathryn. ¿Qué tenía esa mujer?

–Entonces, ¿crees que debería ayudarte a construir esa clínica? –preguntó él mientras intentaba pensar en una buena idea.

Ella estaba mirándolo como si se hubiera caído y se hubiera golpeado en la cabeza y, ¿por qué no iba a estar extrañada? Esa mujer llevaba días suplicándole que la ayudara.

–Sí. De verdad lo creo.

–¿Y cómo sé que no eres de esas personas que se emocionan con una causa y cuando se aburren de ella la abandonan para pasar a la siguiente? Acabas de decir que no te quedarías aquí.

–Y no lo haré. Soy urbanista. Los trabajos que estoy buscando se desarrollarán en ciudades y tengo un bebé que mantener, pero te aseguro que no abandonaré este proyecto.

–¿Y cómo sé que te implicarás de verdad?

Ella alzó la barbilla.

–Podrías probar a fiarte de mi palabra.

Él sacudió la cabeza lentamente, casi con tristeza.

–Kathryn, Kathryn, soy un hombre de negocios. No puedo fiarme de tu palabra sin más –eso lo hacía cada día, pero era algo que ella no podía saber. Tampoco la conocía bien. Existía la posibilidad de

que saliera corriendo dejándolo metido en un buen lío–. Y este proyecto me robará tiempo de mis obligaciones en el rancho. Puede que tenga que desentenderme de algunas cosas como…

Se detuvo.

–¿Como…?

–Bueno, como Blue. Está acostumbrado a que tenga tiempo de sacarlo a pasear. ¿Y si me quedo sin tiempo para esas cosas?

Ella enarcó una bonita ceja.

–¿Estás diciéndome que lo único que te está frenando es no tener tiempo para sacar a pasear a Blue?

El perro gimoteó cuando oyó su nombre como si hubiera estado toda su vida esperando a que ella lo pronunciara.

–El mejor amigo de un hombre es su perro.

–Entonces, ¿tienes amigos? –preguntó ella aún con actitud de tigresa.

Holt se mostró desconcertado.

–Me parece un comentario muy petulante hacia un hombre al que le has pedido que te haga un favor.

Ella se sonrojó con ese bonito tono rosado que empezaba en algún punto bajo su ropa y a Holt le costó tragar.

–Tienes razón. ¿Qué te parece si cuando estés muy ocupado yo saco a pasear a Blue?

–¿Crees que es mi deber para con el pueblo ocuparme de que esta clínica se construya?

–Yo también haré muchas cosas.

–Ah.

–¿Intentas intimidarme?

Él se encogió de hombros.

–¿Está funcionando?

–No.

–Bien, porque estaba probándote para ver lo dedicada que eres. Así que tú también harás muchas cosas, te ocuparás de sacar a pasear a mi perro y… ¿qué?

Kathryn se puso muy recta, irguiéndose todo lo que pudo.

–Me aseguraré de que su pueblo tenga una clínica de primer nivel, señor Calhoun.

Él asintió y se dirigió al perro.

–¿Tú qué opinas, Blue?

El perro miró a Kathryn con ojos de pena y se acurrucó un poco más contra ella, claramente esperando más caricias. Después, para sorpresa de Holt, soltó un ladrido. Eso no era propio de él. Estaba bien amaestrado y no ladraba a menos que hubiera motivos para ello.

Kathryn se cruzó de brazos.

–Supongo que vas a decirme que a Blue no le parece que lo de la clínica sea una buena idea.

Holt quería sonreír, pero logró contenerse. Kathryn Ellis se ponía guapísima cuando estaba disgustada. ¿Por qué no se había fijado en eso antes?

–No, en absoluto. Blue opina que debería consultar con la almohada lo que me has dicho y darte una respuesta mañana –si iban a trabajar juntos, se aseguraría de no arriesgarse a repetir lo mismo que pasó con Lilith.

–Entiendo, pero esto no es ninguna broma.

Y tenía razón.

–No, no lo es. Me pondré en contacto contigo. Muy pronto. Es una promesa –y por alguna razón que no entendía, alargó la mano y eso fue, probablemente, lo más estúpido que había hecho en mucho tiempo.

Kathryn le estrechó la mano y cuando la piel de ella se unió a la suya, sintió un deseo mayor al que había sentido en otras ocasiones desnudando a cualquier mujer.

Rápidamente, ella retiró la mano. Buena idea.

Eso había sido buena idea, no como lo de trabajar juntos en ese proyecto, pensó después de que ella se hubiera ido. Eso sí que era una mala idea en la que, por desgracia, se había metido. Ahora solo tenía que decírselo a ella. Tal vez tendría suerte y Kathryn decidiría que era un loco y que era mejor pedirle el favor a otro.

Pero sabía que eso sería tener mucha suerte. Kathryn estaba decidida a abrir su clínica, por mucho que tuviera que aguantar a un hombre como él para conseguirlo.

Aun así, apostaba a que pasaría mucho tiempo hasta que ella volviera a permitirle estrecharle la mano. ¡Qué pena! Y una bendición, por otro lado. Al menos uno de los dos estaba pensando con claridad y sensatez, y seguro que no era él. Ni tampoco Blue.

Poco tiempo después sonó su teléfono. Era su hermana Jess.

Probablemente su hermana Meg y su hermano Nate también lo habrían llamado por lo mismo, pero Meg estaba viviendo en California ahora y Nate seguía fuera con el Ejército.

–He oído que Kathryn Ellis ha estado en el rancho hoy. ¿Qué quería?

Él vaciló.

–Básicamente creo que lo único que quería era acariciar a mi perro.

–Lo dudo –respondió Jess riéndose–. ¿Tan reservado como siempre, Holt? ¿Vas a ayudarla con lo de la clínica?

–Aún no lo he decidido.

–¿Te ha dado motivos para querer construirla?

Oh, no, no iría por ahí. Jess no sabía exactamente cuánto había sufrido su padre ni las pesadillas que lo asaltaban a él por la noche sobre sus últimos días de vida. No estaba al tanto de los horrores que había padecido su amigo Hank y no sabía nada de lo que había pasado entre Lilith y él.

–Hemos hablado de algunas cosas.

Jess suspiró.

–Eres el hombre más frustrante que conozco. Algún día alguien te hará abrirte y hablar.

–Yo hablo –se veían con frecuencia, pero él se guardaba todo, no le contaba nada al resto de la familia y nunca lo había hecho. Ese era su deber y su obligación como hermano mayor. Lo sabía, al igual que sabía que Kathryn Ellis no entraba en su destino.

Lo cual no significaba que pudiera hacerla esperar para siempre. Al día siguiente a ella le daría igual por qué había accedido a ayudarla, solo le importaría que hubiera aceptado. O eso esperaba él…

Capítulo 3

AL DÍA siguiente, después del trabajo, Kathryn volvió a su casa, que tenía la pintura blanca desconchada y el porche inclinado con algunos tablones podridos. Sus padres no habían podido encontrar comprador para la casa cuando se divorciaron así que se había quedado allí abandonada y olvidada. Suponía que debía agradecer que a ninguno de los dos les interesara tanto como para no dejarla quedarse allí porque, de lo contrario, estaría en la calle.

Trabajaba por cuenta propia para el periódico local y hacía algunos trabajos para la clínica unas cuantas tardes a la semana, pero esa tarde no tenía nada que hacer. La inactividad la ponía nerviosa. No tener un trabajo a tiempo completo ni ningún plan firme para el futuro la aterraba, así que después del almuerzo intentó empaparse de una actitud positiva y, con ella, envió unos cuantos curriculum tal como hacía cada día a pesar de que todavía nadie había mostrado interés en ella.

No obstante, estaba decidida a seguir adelante. Por eso, después del almuerzo, salió a sentarse en la mecedora del porche con un boli y un papel y empezó a trabajar en su lista para la clínica. Intentó no pensar en el hecho de que Holt le había prometido una respuesta para ese día y que podía ser un «no», y también intentó no recordar lo que había sentido al estrecharle la mano, esa ardiente sensación, mucho más ardiente que cualquiera que hubiera podido sentir en el instituto.

–Ese hombre es imposible –murmuró. Podría haberle dado una respuesta el día antes. La situación era casi como una repetición del instituto, ella deseando algo que no podía tener, con la única diferencia de que en esa ocasión no soñaba despierta con que él la tendiera sobre la capota de su coche y la besara con desenfreno.

«No, ya no sueño con esas cosas», se dijo.

–No, porque eso sería totalmente inapropiado para una mujer embarazada a punto de estallar.

Sin mencionar que también era algo estúpido y totalmente desastroso para alguien como ella. Había aprendido muchas

lecciones durante los años que había estado casada con un hombre controlador y dado a los estallidos de crueldad. James era un hombre con un talante parecido al de Holt a quien la gente admiraba, pero bajo esa fachada de seriedad y discreción había descubierto un hombre sin alma y con mucha rabia contenida. Ahora sabía que, si volvía a toparse con un hombre así, tenía que salir corriendo. Una mujer que había sido tan ingenua como para enamorarse de alguien que le hacía daño tenía que ser muy tonta y otras cosas nada admirables para cometer el mismo error. Pero ella no permitiría que eso pasara.

Tal vez podría llevar a cabo el proyecto sola.

Cerró los ojos frustrada ante la imposibilidad de esa idea. Esa clase de oportunidades no se presentaba todos los días. Ese sería su ticket para la seguridad de su bebé, de ella misma y de la gente del pueblo que necesitaba cuidados médicos.

El ruido de unas botas sobre el camino le hizo abrir los ojos.

Como si sus pensamientos lo hubieran hecho aparecer allí, Holt estaba cruzando la calle en dirección a su casa. Ataviado con unos vaqueros y una impoluta camisa blanca, parecía un dios bronceado, con ese cabello oscuro y esa mandíbula esculpida.

Al instante y en contra de su voluntad, su cuerpo reaccionó. Cuando sus miradas se encontraron, Holt asintió a modo de saludo. Sin esperar a que ella lo invitara a subir al porche, subió los escalones como si estuviera acostumbrado a hacer lo que quería y a ir ahí adonde quería. Y probablemente así era.

Ella se levantó, no sin cierta dificultad, para estar un poco en menos desventaja. Por desgracia, su pesado y poco manejable cuerpo la desafió.

Holt alargó una mano para detenerla.

–No es necesario. Solo he venido a decirte…

–¿Holt? ¿Eres tú? –la voz de una mujer hizo que los dos se giraran hacia la carretera y allí se encontraron a la señorita Best, una profesora jubilada y una de las pacientes habituales de la consulta del doctor Cooper. Estaba mirando a Holt como si lo adorara–. Eres tú –parecía encantada–. No te había visto desde que has vuelto a casa, pero quería llamarte.

–Buenos días, señora Best –respondió Holt con un tono de voz completamente educado.

–Qué agradable es ver juntos a dos de mis antiguos alumnos. No es algo que me pase a menudo. Kathryn estuvo en la última clase que di justo antes de jubilarme. Recuerdo que estabas enamoradísima de Holt por aquel entonces. Era precioso.

Kathryn quería encontrar un sitio donde esconderse, pero eso era pedir mucho dado su avanzado estado de gestación. Sintió que se le encendía la cara.

–Era muy joven –quería añadir «y estúpida», pero probablemente eso era lo menos apropiado ya que Holt aún no le había dado una respuesta. Después de todo, su objetivo era construir una clínica, no casarse con él. Y si decía que sí, tal vez el tiempo que pasaran juntos acabaría con los últimos vestigios de la atracción que había sentido por él, porque ahora podía ver que se parecía mucho a James. Por eso, sacarlo de su alma sería de lo más liberador.

–Ya no soy una adolescente –les dijo a los dos–. Ni soy tan ingenua.

–Bueno, las cosas cambian, ¿verdad? –preguntó la señora Best, al parecer dándose cuenta de que había metido la pata–. Es bueno que hayas madurado. Si no lo hubieras hecho, convertirte en mamá lo habría hecho por ti. Es una gran responsabilidad. Como profesora, he visto muchos malos padres. No seas una de ellos.

Si a Kathryn no le hubiera dado tanto miedo ser mala madre, habría sonreído. La señora Best no había dejado de enseñar al jubilarse, eso quedaba claro. Por suerte, se dio la vuelta para dirigirse a Holt.

–Holt, tengo que hablar contigo. Odio decir esto, pero la valla que me construyó Clay se ha estropeado con la tormenta y, si no está bien reparada, Bitsy se escapa. El tiempo que has estado fuera, le pedí a ese manitas idiota, Donald, que se ocupara de ello y al momento mi perra estaba corriendo por la calle detrás de los coches. He tenido que tenerla dentro de casa desde entonces. Sé que no debería haberme fiado de nadie más que de ti –miró a Holt como si no solo esperara de él que le arreglara la valla, sino también que estableciera la paz mundial.

Holt vaciló solo un segundo.

–Yo me ocuparé, señora Best.

Con una sonrisa, la mujer se giró para marcharse.

–Qué bueno es con todos nosotros –le dijo a Kathryn–. Igual que su padre.

Kathryn hizo lo que pudo por no mostrar su escepticismo y, en cuanto la señora Best se marchó, alzó la barbilla y dijo:

–Así que no eres tan inmune a las peticiones de la gente como parecía.

–Reparar una valla es fácil.

A Kathryn no le parecía que eso le resultara fácil a todo el mundo.

–¿Qué ha querido decir con eso de que eres muy bueno con todo el mundo?

–No importa. Es una larga historia.

Una que, claramente, no compartiría con ella. Era un hombre rudo de pocas palabras, la típica imagen de un vaquero. Representaba tan bien ese cliché que ella casi quiso reírse.

Casi, no del todo. Sentada en la mecedora, observó su largo y esbelto cuerpo. Por muy embarazada que estuviese, era una mujer después de todo, y a pesar de los errores que había cometido de adolescente y en su matrimonio, al parecer no era inmune a los encantos físicos de Holt. Se levantó para romper el hechizo y tener unas vistas menos peligrosas.

–Pero ayudas a la gente cuando te lo piden.

–Depende de lo que me pidan. Lo de la señora Best es algo que puedo hacer yo mismo, lo tuyo implica que le pida favores a mis amigos. No se me da bien pedir ni suplicar, yo no pido cosas. Aun así, he venido a decirte que sí.

Ella parpadeó asombrada. Estaba preparada para discutir más, incluso para suplicar más.

–Así, sin más.

–No, no sin más. Esto sigue gustándome tan poco como al principio, pero lo haré.

–¿Por qué?

–No me presiones, Kathryn. Si has decidido que, después de todo, no necesitas mi ayuda, por mí mejor.

–No, quiero tu ayuda. La acepto. Ahora ya no puedes echarte atrás.

Él estrechó los ojos.

–Yo no me echo atrás. Nunca. Una vez he dado mi palabra, es

sagrada. ¿Entendido? –la mirada que le lanzó podría haber matado a un hombre, pero ella se había enfrentado a cosas peores.

–¿Miras así a Blue?

–Blue y yo nos entendemos sin hablar.

–Te pido disculpas. No soy un perro maravilloso y con poderes extrasensoriales, solo soy una mujer decididamente humana.

–Sí, ya me he fijado. Ya he visto que no tienes poderes extrasensoriales y que eres una mujer.

En realidad ni siquiera estaba mirándola, había bajado la mirada, pero para ella era como si estuviera mirando a través de su ropa. Sentía calor. Y también se sentía molesta.

–De acuerdo –se apresuró a decir, irritada por no poder controlar sus reacciones ante él–. Diseñaré algunos planos, todo lo que necesitamos hacer, y te daré una copia para que sepas cuál es tu parte y cuál es la mía.

–¿Por qué estás haciendo eso?

–Me gusta la organización. Hago listas de todo.

–No. Estás frotándote la espalda. Estás… estás muy embarazada.

–Sí, ya me he dado cuenta.

Él no sonrió ante su tono sarcástico.

–Deberías sentarte. No tienes por qué estar de pie.

Ahora estaba enfadándola mucho.

–No quiero entrar en detalles, pero que sepas una cosa: me han estado dando órdenes toda mi vida y ya estoy harta de eso. He investigado mucho sobre el embarazo y el doctor Cooper y yo hemos hablado. Soy una mujer sana y te avisaré cuando necesite sentarme.

Él enarcó esa sexy ceja que siempre la había vuelto loca.

–No estaba dándote una orden –respondió con una voz grave y algo socarrona.

–Yo… –tartamudeó–. Lo entiendo. Mis disculpas por sacar conclusiones apresuradamente. Solo estabas siendo educado.

Él no respondió a eso, pero ella tampoco se sentó, a pesar de que le parecía como si las piernas no pudieran sostenerle el cuerpo. Le dolía la espalda y si Holt no hubiera estado ahí, se habría sentado, pero ese hombre siempre la había hecho sentirse débil y no le gustaba lo que pasaría si sabía lo susceptible que era ante él. Era muy importante que todo se mantuviera en un entorno profesional

durante el tiempo que le quedaba en Larkville.

–Gracias por acceder a ayudarme.

–No estaré disponible todo el tiempo –la advirtió–. Ahora que he vuelto al rancho, tengo obligaciones que cumplir.

–Podemos vernos allí.

–No creo que tengamos que vernos.

Y estaba claro que ella no quería tener que verlo más de lo necesario, pero…

–Deberías complacer a una mujer embarazada –dijo sabiendo que eso no era justo.

–Envíame una lista y ya está. Haré la parte que me corresponda y decidiré las cosas que no haré.

Y con eso se marchó, haciendo que durante unos segundos Kathryn se preguntara qué había visto en él… además de ese maravilloso cuerpo que aún podía hacerla ruborizarse cada vez que se despertaba en mitad de la noche con el «sueño Holt», ese en el que él la tomaba en brazos y la llevaba a su cama, ese en el que se acercaba a ella ataviado solo con unos vaqueros con la cremallera bajada, ese en el que ella por fin tenía la oportunidad de hundir los dedos en ese maravilloso pelo negro. Sabía que tendría que tener mucho cuidado durante el tiempo que estuviera allí.

Un hombre como Holt que era capaz de hacer que una mujer embarazada de casi nueve meses sintiera deseo era un hombre demasiado ardiente como para poder manejarlo. ¡Qué suerte que Holt no tuviera ni un pelo de romántico!

Capítulo 4

EL PRIMER sitio al que Holt se dirigió la mañana siguiente fue el hangar del rancho donde guardaba su Cessna y su helicóptero. En realidad no había motivos para hacerlo ya que ambos estaban en perfectas condiciones y no quería ir a ningún sitio. No tenía vacas que trasladar a lugares remotos y ninguna emergencia que atender.

Mientras había estado fuera sus mozos habían hecho un gran trabajo para que el rancho siguiera funcionando bien, pero el C Doble Barra era grande y había muchas tareas acumuladas. Bien, porque necesitaba sudar un poco para aclararse las ideas y mantenerse alejado de cualquier pensamiento sobre Kathryn. ¿Qué tenía esa mujer que hacía que fuera tan difícil ignorarla? ¿Era por la mezcla de una delicada mujer combinada con la determinación de una tigresa? ¿O el hecho de saber que podía intimidarla pero aun así ella se mantenía firme?

Maldijo. ¿Acaso importaba todo eso? No. Porque no quería que importara. Iban a tener lo equivalente a una relación laboral de diez minutos. Eran como el fuego y el hielo, no una buena mezcla. A él lo único que le importaba era ocuparse del rancho. Era lo único que se le daba bien y no las relaciones. En absoluto. Aunque eso tampoco importaba.

«No olvides lo que es importante», podía oír a su padre diciéndole. «Estás al mando del Rancho C Doble Barra, el legado de la familia. Cuando estés lejos del rancho, recuerda quién eres. Tienes una responsabilidad en el rancho y, a través de él, para con la familia y el pueblo. El rancho es lo único que nunca te fallará. No dejes que nada interfiera en eso. No cometas errores tontos por una mujer como hice yo, hijo. Desear demasiado a una mujer puede matar a un hombre».

Holt sabía que su padre había estado refiriéndose a una mujer que no era su madre porque pudo ver lo mucho que sufrió su madre por amar a su padre demasiado. A veces lloraba y recordaba cómo le había contado en ocasiones que su padre nunca la había amado de verdad y cómo ahora él, su hijo, estaba convirtiéndose en otro

Calhoun frío y reservado. Se aferraba a él cuando Clay estaba fuera y Holt se sentía mal por ella, pero su infelicidad no hacía más que reforzar lo que su padre había dicho: entregarse a las emociones era un error.

Eso no pasaría. Él ya había cometido algunos errores, había cedido ante sus debilidades y eso no volvería a pasar. Había perdido demasiado, pero no quería pensar en eso ahora.

Con un gruñido, cabalgó por sus tierras e inhaló el aroma del heno recién cortado. Ese era su mundo, donde podía olvidarse de sus errores y ser él mismo.

Por eso se sumió en el trabajo y por primera vez en semanas se sintió bien. Cuando volvía a la casa cabalgando al final del día, supo una vez más que estaba donde tenía que estar. Él, unos cuantos hombres de la cuadrilla, los animales y la tierra. Eso era todo lo que necesitaba.

Pero cuando abrió la puerta, Nancy estaba esperando.

–Kathryn Ellis ha llamado tres veces. Al final me he rendido y le he dado tu dirección de correo electrónico. A lo mejor quieres comprobarlo. Parecía que había cosas que quería hablar contigo.

Al instante, la imagen de unos ojos gris claro lo asaltó. Labios rosados. Pechos voluptuosos.

Luchó contra esa imagen y se recordó las razones por las que tenía que ignorarla. Y con esa determinación, fue a su ordenador, abrió su correo y la lista que le había enviado, junto con otra lista revisada y más larga y otras dos listas más con las tareas que les correspondían a cada uno. Todo estaba esquematizado con colores y había añadido enlaces a artículos sobre otras comunidades que habían construido clínicas y enlaces a recaudadores de fondos sugeridos.

Cuando terminó de leer, estaba cansado, pero también estaba contento. Por muy bonita y suave que fuera Kathryn, tanto como para querer acariciarla cada vez que la tenía cerca, también era detallista elaborando listas.

Bien. Eso hacía que le fuera más fácil ignorarla.

No se molestó en responder. Él tenía su forma de hacer las cosas y ya había decidido lo que haría y lo que no haría. Una cosa que no haría sería seguir sus instintos y besar los preciosos labios rosados de Kathryn. Él no era un hombre de emociones, nunca lo había sido

y nunca lo sería.

Y no había más que hablar.

Kathryn comprobó el correo, pero nada. No tenía ni mensajes de ofertas de trabajo ni ninguna respuesta de Holt.

Durante toda una semana lo había llamado, le había enviado e-mails, le había mandado una carta también, para asegurarse, pero nada. Nancy la había tratado con mucha educación, pero estaba claro que era una mujer Holt y que era leal a su jefe y eso Kathryn podía entenderlo. Ella habría hecho lo mismo si alguien hubiera intentado sonsacarle información sobre el doctor Cooper.

El tiempo pasaba; por un lado, el bebé había estado dándole cada vez más patadas y, por otro, varios pacientes del doctor Cooper estaban empezando a preocuparse mucho.

–Sé que es inmaduro por mi parte, Kathryn –le había dicho Ava DuShay el día antes–, pero a veces pienso en cuando se marche el doctor Cooper y me veo corriendo detrás de su coche y gritándole: «¡Por favor, no se marche! Tengo miedo». Como soy vieja y ya no conduzco, para mí ir a Austin al médico sería casi imposible.

Kathryn había intentado tranquilizar a Ava, pero era complicado y entendía por qué. Y por eso la enfurecía tanto que Holt le hubiera dicho que ayudaría y que ahora no estuviera ayudando.

Con un suspiro de resignación, agarró unos papeles de su escritorio, salió a la calle y se montó en el coche. Ya no le gustaba alejarse demasiado del pueblo porque temía que su destartalado coche la dejara tirada en alguna carretera solitaria y se pusiera de parto sin nadie a quien poder recurrir. Pero aún con dos semanas para salir de cuentas, probablemente estaba a salvo.

Y además, si Holt pensaba que solo con ignorarla la haría desaparecer, estaba muy equivocado.

–Piénsatelo dos veces, vaquero –murmuró mientras se dirigía hacia el rancho.

No pasaría por la casa, no sin haber intentado primero encontrar a Holt ella misma. No era justo seguir poniendo a Nancy en un compromiso y, además, era probable que si ella llamaba a Holt, él le pusiera cualquier excusa para hacer que la mandara de vuelta a casa.

Muy nerviosa, Kathryn sabía que tenía que tranquilizarse y hacer lo que tenía que hacer. Si quería ser una urbanista de éxito y un buen ejemplo para su hija, debía aprender a enfrentarse a la adversidad y a las personas difíciles. Probablemente Holt era un buen campo de pruebas, aunque si le hubieran dado a elegir, no habría escogido practicar con el hombre que había alimentado sus más ardientes fantasías.

Mientras conducía por las tierras de Holt se sentía como una intrusa traspasando una zona prohibida, pero en cuanto oyó las voces de unos hombres se alegró.

–Premio gordo –murmuró. No estaba lejos de la casa, pero no estaba segura de que su armatoste de coche pudiera resistir el terreno escabroso del que provenían las voces, así que decidió bajar e ir caminando.

Poco después vio unos cuantos rediles, un artilugio de metal y un grupo de hombres. Se oían muchas palabrotas y también chistes y bromas cuyo sonido se entremezclaba con los berreos de los animales. Cuando se acercó, vio que se trataba de becerros. Incluso una persona sin experiencia en ese campo podía distinguirlos. También vio que Holt, cuyo físico destacaba entre los demás, estaba allí.

Los hombres estaban arreando animales de un redil a otro, hacia una zona estrecha vallada, y de ahí a un cachivache de metal que sujetaba al animal. Después Holt agarraba lo que parecía una jeringa y pinchaba al animal en el lomo. A continuación, soltaban al animal y hacían lo mismo con el siguiente. Resultaba fascinante a pesar de no saber lo que hacían. Lo que sí entendió fue que si esperaba suficiente, Holt terminaría y entonces ella podría lanzarse hacia él.

Se acercó un poco más intentando que no la vieran, pero allí el terreno era abierto y uno de los hombres la vio.

–Holt, tenemos compañía.

Holt dejó lo que estaba haciendo y la miró. Se encontraba a unos treinta metros de ellos, pero con esas largas y esbeltas piernas Holt recorrió la distancia en cuestión de segundos.

–Imagino que tendrás una buena explicación para estar aquí en campo abierto bajo un sol abrasador y arriesgándote a sufrir una insolación…

Ella se miró la barriga y posó una mano encima, como si con eso pudiera ocultarla.

–Ni mi bebé ni yo estamos en peligro. Si me pusiera de parto, estoy segura de que la mayoría de vosotros sabríais algo sobre cómo ayudarme.

Él se mostró aterrorizado y Kathryn también se asustó. No era nada propio de ella haber dicho algo así.

–No es que tenga intención de dar a luz hoy ni en ningún sitio cerca de ti.

–Es bueno saberlo, pero aún no me has dado una explicación sobre por qué estás tan cerca de un grupo de animales con cascos en las pezuñas.

Ella miró a su alrededor y vio que además de varias camionetas y vehículos todoterreno había unos cuantos caballos. Y, también, por supuesto, todos esos becerros.

–Están metidos en los rediles.

–Pero los caballos no, y alguna vez se han escapado becerros.

–Son… son bebés.

–Bebés lo suficientemente grandes como para pisotearte si te pones en su camino. Lo suficientemente grandes como para haceros daño a ti y a tu bebé.

–Estás intentando asustarme.

–Intento que te vayas a casa.

–No estaría aquí si hubieras respondido a alguno de mis mensajes.

–No hacía falta responder nada. He visto tu lista de lo que quieres que haga y voy a hacer lo que a mí me parece que hace falta hacer.

–Y, por cómo lo dices, no vas a hacer todo lo que te ponía. Ni siquiera me has dicho qué has hecho. ¿Cómo podemos ser compañeros si no me cuentas nada?

Él se quedó paralizado.

–No se me da bien ser compañero de nadie. Me gusta trabajar solo.

Lo cual era una descarada mentira. Miró a los hombres con los que Holt estaba trabajando y él se encogió de hombros sin mostrarse culpable lo más mínimo.

–Ellos no me envían listas esquematizadas por colores como

haces tú, cielo.

Kathryn se sonrojó. Estaba segura de que había utilizado ese término para ahuyentar a la chica de ciudad, pero por cómo lo había dicho… Ella lo imaginó al instante en una cama medio desnudo y rodeando con sus brazos a una mujer justo después de haber…

Oh, no, no pensaría en Holt desnudo.

–No me importa que me llamen «cielo» –le contestó.

Y para su sorpresa, una pequeña sonrisa se dibujó en la cara de él.

–Es bueno saberlo. ¿Qué otras cosas no te importan?

De acuerdo, así que Holt era mejor en ese jueguecito sexual que ella, que estaba sonrojándose.

–Te diré lo que me gusta. Me gustan la organización y la claridad. Por eso hago listas.

–Bien. Pero yo no hago listas. Yo actúo.

–¿Crees que yo solo hablo y no hago nada? –se miraron, enfrentándose, pero ahí estaba otra vez, ese repentino calor con el que el sol no tenía que ver.

–Solo quiero que esto funcione –añadió en voz baja–. Creo que ya te he explicado por qué.

–Temes que la gente muera –le contestó él con un tono carente de emoción aunque, por un segundo, ella vio algo en su mirada que se asemejaba a… un intenso dolor. Cuando le había contado a Johanna que Holt había accedido a ayudarla, la alcaldesa se había mostrado aliviada y le había dicho que Holt había perdido a su padre y a su mejor amigo en un breve espacio de tiempo y que había estado al lado de ese amigo cuando murió.

–Puede que nadie muera –le dijo sin querer despertarle malos recuerdos–, pero sigue siendo importante –le puso el ejemplo de Ava, que no podía conducir hasta Austin, y él asintió. Conocía a Ava y no era de extrañar. ¿Acaso Holt no conocía a todo el mundo?

Él dejó escapar un suspiro y miró a un lado.

–Ya he puesto algunas cosas en marcha. Estoy trabajando, pero no me presiones demasiado, Kathryn. No soy maleable.

Si no lo hubiera visto tan frustrado, podría haberse reído. Decir que Holt no era maleable era como decir que el césped no era morado.

–¿Qué cosas?

–Me pondré en contacto contigo.

Oh, no, estaba diciéndole que se fuera y tal vez no volvería a verlo. Tenía que hacer algo.

–¡Espera!

Él se giró hacia ella y esperó.

–¿Estás bien? –le preguntó mirándole la tripa.

–Estoy bien –ese hombre parecía sentirse muy incómodo al ver su barriga, pero ella era mucho más que una mujer embarazada… o eso esperaba.

–¿Qué estáis haciendo exactamente aquí?

–Estamos vacunando becerros.

–Pues parece que no les gusta.

–No es su entretenimiento favorito, pero para estos animales comer es lo primero de la lista, así que todo lo demás en comparación es malo.

–Son muy bonitos –decidió al ver a uno de ellos intentando apartarse con la lengua una mariposa del morro.

Holt enganchó los pulgares en su cinturón y miró al suelo, como intentando ser paciente, y ahí fue cuando Kathryn comprendió que lo estaba haciendo mal. Con lo que estaba haciendo estaba ahuyentado a Holt en lugar de acercarlo a sí, pero ese maldito hombre hacía que fuera muy difícil pensar con claridad cuando se quedaba ahí de pie mirándola.

Lo mejor sería que se fuera. Ya. Pero no lo hizo.

Capítulo 5

–DISCÚLPAME un minuto –le dijo Holt a Kathryn. Agitó su sombrero hacia Dave, uno de sus hombres que vino corriendo, y se apartó a un lado para hablar con él. Al cabo de unos minutos, Dave volvía con una vieja silla de loneta negra y una sombrilla destartalada que había sacado de la camioneta de alguien.

Abrió la silla y alargó la mano hacia ella.

–Me sentiría mucho más cómodo si te sentaras y te protegieras del sol.

Ella asintió.

–Si eso te hace sentir mejor y te suelta la lengua…

–Podría ser –nunca había sido muy hablador, era uno de sus grandes defectos, según las mujeres con las que había salido. Y, sin duda, era una de las varias razones por las que todo había salido tan mal con Lilith y por las que jamás sería padre. Pero ahora no podía pensar en eso.

Kathryn se sentó.

–No cometas el error de pensar que son cachorritos. Uno de estos becerros te arrastraría si intentaras guiarlo. Además, no son tan monos –lo cual era mentira. Algunos eran muy monos, pero él no quería que se encariñara con los animales. Todos los vaqueros se habían llevado alguna que otra coz y una mujer embarazada no podía arriesgarse a llevársela.

–Pues a mí me parecen muy monos. Y ese artilugio…

–Es una prensa de ganado; los hacemos pasar hasta ella, donde permanecen inmovilizados, para que todo el mundo, incluido el propio becerro, esté a salvo mientras lo vacunamos.

–Parece un instrumento de tortura –sin duda era una chica de ciudad.

Él casi sonrió.

–La verdad es que para los becerros el hecho de estar ahí sujetos no demasiado fuerte resulta tranquilizador porque si ven que tienen suficiente espacio para corcovear, se ponen frenéticos y la prensa evita precisamente eso. Además, la inyección es subcutánea, no es

en el músculo y por eso es lo menos dolorosa posible.

–Interesante.

Le lanzó una mirada de incredulidad.

–No, lo digo en serio. Todo esto es nuevo para mí y así tendré historias que contarle a mi hija.

Historias. Eso le recordó a Lilith, otra mujer de ciudad que había entrado y salido de su vida, y cómo le había dicho que una vez lo había imaginado como un vaquero romántico hasta que la había decepcionado de un modo impensable.

Miró a Kathryn. Con su vestido azul claro parecía etérea. Con ese cabello rubio y esos delicados brazos curvados sobre su estómago, tenía la palabra «ángel» escrita encima.

Las advertencias que habían estado asaltando su cerebro desde que sabía que Kathryn le había pedido ayuda se habían intensificado. Él no estaba hecho para relacionarse con ángeles y menos desde que mujeres terrestres le habían dicho que era el demonio. Se inclinó hacia delante apoyando las manos sobre los brazos de la silla y fue como si se adentrara en su espacio.

–Esto no es un libro, Kathryn, y yo no soy la caricatura romántica de un vaquero. Esta es mi vida, no es la tuya, así que, ¿qué estás haciendo aquí?

Ella cerró los ojos. Pasaron uno, dos segundos, y después más. Estando tan cerca podía ver su pálida piel, sus rosados labios, sus largas pestañas rozando sus mejillas. No era asunto suyo fijarse en todos esos detalles.

De pronto ella abrió los ojos y él casi se quedó sin aliento. Demasiado sentimiento brotaba de las profundidades de esos ojos y eso no podía ser bueno.

–Estoy aquí en Larkville porque me han pasado algunas cosas malas, acabé con mi matrimonio y no tenía trabajo, voy a tener un bebé y no tenía ningún sitio al que ir. Hasta que encuentre un empleo como urbanista, trabajo tres días en la clínica y por la noche en el periódico. En cuanto al resto, no estoy jugando a ningún juego, Holt. Ya te he explicado lo importante que es esta nueva clínica. El pueblo la necesita y yo necesito la experiencia para encontrar trabajo porque, de lo contrario, acabaré sin empleo y sin ningún modo de cuidar de mi bebé. Y sí, sí que necesito tu ayuda, pero también necesito ser la fuerza impulsora, así que he trazado un

plan, he hecho listas y, al parecer, estoy siendo todo un fastidio.

Hablaba en tono bajo, pero con la mirada cargada de pasión. Él quería acercarse, acercarse mucho más, y eso sería un error. Se forzó a apartarse.

–¿Por qué necesitas ser la fuerza impulsora?

Ella lo miró.

–Durante toda mi vida la gente me ha controlado y ahora voy a tener un bebé y no puedo seguir siendo esa persona débil que cede ante todo. Además, si quiero demostrar que merezco esa clase de trabajo, tengo que ser la fuerza impulsora, la que lo organice todo. En cuanto a si soy romántica, sí, sí que estaba enamorada de ti en el instituto, pero también lo estaban todas las chicas. Además, esa chica que antes era ya no está. Ya he probado lo del amor y el matrimonio y fue un error que no quiero repetir. No te preocupes.

–No estoy preocupado, pero lo que he dicho lo he dicho en serio. No soy buen compañero de nada, ni romántico, ni de otra cosa. Aquí en el rancho tengo buenos empleados, pero existe una jerarquía.

–Con nosotros no habrá ninguna jerarquía.

Él se cruzó de brazos y ella se levantó de la silla antes de cruzarse de brazos también.

–No puedes asustarme, Holt. He estado asustada toda mi vida, pero eso ya se ha acabado. Y si quieres librarte de mí rápidamente, porque veo que es lo que quieres, entonces cuanto antes empecemos, mejor. He enviado curriculums por todo el país y espero que me surja algo pronto, pero eso significa que tengo que trabajar más deprisa con lo de la clínica. Además, tengo una especie de fecha límite –sonrió mirando su vientre abultado.

Él resopló e intentó no pensar en el bebé. Se le encogía el pecho y le costaba respirar cuando pensaba en bebés. Cuando surgía el tema, de pronto sentía un fuerte dolor y la necesidad de golpear algo. El hecho de que Kathryn estuviera embarazada sin duda hacía que la situación fuese mucho peor. Y el hecho de que fuera tan habladora…

Eso hacía que quisiera besar aún más sus labios.

Se puso muy serio.

–Deja de mirarme así y cede ante lo inevitable –le dijo ella–. Cuanto antes hagas lo que quiero, antes me iré.

–No sé por qué, pero no te recordaba tan irritante, Kathryn.

Para su sorpresa, ella se rio.

–No me recuerdas de ningún modo, ¿verdad?

–Un poco. Tenías los ojos grandes y eras muy…

–Intensa. Era intensa.

–Parecías nostálgica y estabas muy delgada, como si pudiera arrastrarte el viento.

–Bueno, está claro que eso ahora no podría pasarme, ¿eh?

–No es que seas exactamente un gigante –le respondió él sin poder evitar sonreír.

–Estoy lo suficientemente grande.

–De acuerdo, ayudaré más y no ignoraré tus e-mails ni tus llamadas. Ni tus listas. ¿Qué quieres exactamente?

–Por un lado, quiero que me asegures que irás a la reunión del pueblo.

–¿La reunión del pueblo?

Ella sacó una hoja de papel del bolso y él la miró.

–No es mi mejor trabajo –admitió señalando el papel que anunciaba la celebración de una reunión en el centro comunitario el viernes para discutir el asunto de la clínica–. Pero cuando me enteré de que podíamos ocupar el centro comunitario el viernes y que podía utilizar la fotocopiadora de la alcaldesa, quise imprimir los anuncios enseguida. Los he colocado en todas las tiendas y en los edificios públicos.

Un atisbo de incertidumbre se coló en su voz mientras él miraba el papel blanco redactado de un modo muy profesional.

–Estoy un poco nerviosa. Cuando viví aquí no llegué a conocer bien a nadie. ¿Y si la gente cree que soy solo una chica de ciudad sobrepasando sus límites? Mucha de la gente que necesita el médico son los mayores, pero puede que ellos no se presenten a la reunión y, claro, puede que los más jóvenes tampoco vengan. No es que este sea un asunto emocionante, precisamente. ¿Y si no va nadie?

Holt frunció el ceño. Quería retroceder dos semanas y volver al momento en el que conocía a Kathryn solo como un vago recuerdo. Ahora sabía que tenía una historia y miedos y sentido de la responsabilidad. Estaba decidida a ayudar a Larkville y el Rancho C Doble Barra estaba comprometido con el pueblo.

–Irán –le prometió–. Y sí, yo iré.

–Gracias.

–¿Por acceder a ir a la reunión?

–Y por la lección sobre la vacunación de becerros.

Él sonrió, pero mientras se giraba para marcharse, esa sonrisa desapareció. Ella tenía una mano posada en la espalda.

–Estás haciéndolo otra vez.

Kathryn se giró.

–¿Qué?

–Tu espalda. Sé que estás embarazada, pero ¿esto te pasa muy a menudo?

–Últimamente más porque, bueno, he engordado y acumulo más tensión ahí. Pero no es nada.

Sin embargo, después de la muerte de su padre y de Hank sabía que «nada» podía convertirse en «algo».

–¡Wes! –gritó y Wes Brogan, que era el capataz del rancho, alzó la mirada–. Terminad sin mí, ¿de acuerdo?

–Sin problema, Holt.

–¿Qué crees que estás haciendo? –preguntó Kathryn cuando Holt la agarró de un codo y empezó a llevarla hacia la camioneta. Él intentó no fijarse en lo suave que era su piel bajo sus dedos.

–Creo que no deberías conducir, y menos esa cosa que has estado conduciendo. Lo he visto.

–Estoy bien.

Holt contó hasta diez mentalmente.

–De acuerdo, estás bien. Compláceme un poco, cariño. Acabo de acceder a ir a esa reunión tuya y no me hace ninguna gracia. Esas listitas de colores que haces me ponen de mal humor y no es que me guste el rosa especialmente –se aseguró de que su tono dejara ver que estaba bromeando, pero no la soltó en ningún momento.

–¿Estás… estás burlándote de mí? –le preguntó ella al moverse con él y mirar cómo su mano rodeaba fuertemente su brazo. Por un segundo se tambaleó.

Él la agarró con más fuerza y la acercó tanto a sí que ahora podía sentir la curva de su cadera. Tuvo que contener un gemido y para ello se giró y le sonrió.

–¿Burlándome de ti? Yo jamás haría eso, cariño.

–Deja ya eso.

–¿Que deje qué? –seguía avanzando hacia su camioneta.

–Que dejes de hacer de vaquero sexy. Ya te he dicho que ya no me gustan los vaqueros.

–Sí que me lo has dicho y yo te he asegurado que aunque eres una mujer muy atractiva, a mí tampoco me van las relaciones. Por otro lado, jamás me perdonaría si te dejara conducir por una carretera solitaria en ese coche y te quedaras tirada en alguna parte. Pero puedo ver que ibas a ser muy cabezota y nada fácil de guiar, como pasa con esos becerros.

–¿Un becerro?

Oh, estaba muy enfadada. Ya casi habían llegado a la camioneta.

–Solo en el sentido temperamental, ya me entiendes. Eres mil veces más guapa que un becerro. La cuestión es que a veces el único modo de guiar a un becerro es distrayéndolo, incluso agitándolo, y ya que lo último que quieres es un vaquero, he pensado que si me metía un poco contigo te volverías algo más manejable.

Ella abrió la boca, sin duda para protestar, y él se acercó más. Kathryn estaba apoyada contra su camioneta y él posó las manos a ambos lados de ella, sobre el vehículo.

–Sube a la camioneta, Kathryn. Sé que no quieres esto, pero tengo mis límites. Y uno de estos límites es permitir que alguien resulte herido.

Y ahí terminaron las bromas porque cada palabra que había dicho la había dicho en serio.

–Tienes dolores, no puedes fiarte de tu coche. Si te haces daño, me sentiré culpable. Te llevo a casa, ¿de acuerdo?

Ella cerró la boca y asintió, pero ese movimiento hizo que sus cuerpos se rozaran y por mucho que Holt deseaba acariciarla, se obligó a dar un paso atrás.

–De acuerdo, pero si vuelves a compararme con un becerro otra vez, entraré en Internet y le contaré al mundo que eres el vaquero menos romántico que he visto en mi vida.

Holt no pudo contenerse y se rio.

–Trato hecho, Kathryn.

Y así fue cómo Holt terminó llevando a Kathryn hasta el pueblo.

–Haré que alguien vaya a recoger tu coche luego. Después de que veas al médico.

Ella se giró hacia él.

–Es cierto, no hay ningún médico en el pueblo –añadió Holt–.

Iremos a Austin.

Kathryn sacudió la cabeza con vehemencia.

–No necesito ir a Austin. Me he estudiado todos los libros. Este dolor es incómodo, pero no significa que esté de parto. Solo son contracciones de Braxton Hicks. Es como un parto falso. Pararán.

Él maldijo; ya no estaba bromeando, y ella se estremeció.

–Lo siento, es que no me gustan mucho las palabrotas. He oído demasiadas.

–¿Quieres explicarme eso?

–No. Contigo es distinto. Los vaqueros deben de decir muchas palabrotas.

Él sonrió ligeramente.

–Puede que sí –y condujo en silencio. Casi habían llegado al pueblo cuando le lanzó la pregunta que había estado rondándole por la cabeza.

–¿Cómo sabes que no es un parto real?

–Porque el dolor no es lo suficientemente regular. Es la ventaja de trabajar para un médico. Como sabe que no estoy cerca de un hospital, se ha asegurado de que sepa qué esperar y cuándo tengo que llegar a un hospital. Y todavía no es necesario.

–¿Aún te faltan dos semanas?

–Esa es la fecha estimada en la que saldré de cuentas.

–¿Estimada?

–Podría ser después. Es mi primera vez.

Él se sintió como si le hubieran quitado un gran peso de encima.

–¿Más tarde? Bien.

Pero Kathryn no lo había mirado directamente a los ojos. ¿Cómo estaba tan segura de su fecha? Aunque lo cierto era que eso no era asunto suyo, ¿verdad? Aun así…

–Entonces, ¿estás segura de que estás a salvo? –no podía parar de preguntar.

–No tendrás que traer a mi bebé al mundo.

Holt la miró de arriba abajo y ella tuvo la decencia de, al menos, mostrarse avergonzada.

–Solo era una broma, ¿de acuerdo?

Pero parecía que él seguía muy molesto.

–¿Holt?

–De acuerdo –le contestó enfadado.

–Siento mucho haber dicho eso. Sé que traer al mundo a mi bebé no es una de las cosas que más te gustaría hacer.

–No pasa nada.

Lo cual era una gran mentira porque, a pesar de que hasta hacía un momento había estado de broma con ella, sí que pasaba algo. No le hacía gracia la situación. Se había pasado toda la vida midiendo sus palabras, guardándose sus opiniones, no dejándose llevar por la emoción en ningún momento. La relación de sus padres había sido un buen ejemplo de por qué esas eran buenas lecciones y de que las había aprendido bien. De hecho, se había alejado de toda emoción y sabía que les había hecho daño a algunas mujeres que se habían esperado de él lo que no podía darles.

En cuanto a Lilith, había llegado a odiarlo por no haber sido esa figura de vaquero romántico que había querido. Cuando se había quedado embarazada a pesar de haber tomado precauciones, ni siquiera se lo había dicho e incluso había empezado con los trámites para dar al niño en adopción. Y cuando él se había enterado… las cosas habían empeorado mucho más. Había sido un infierno. Y entonces, justo cuando él había vuelto a centrarse en la única cosa que nunca le había hecho sentir mal, el rancho, Kathryn había aparecido. De pronto volvía a verse enfrentándose a todas sus deficiencias. Ahí había otra mujer embarazada pensando que él era más de lo que era en realidad.

Afortunadamente, pronto se marcharía, pero hasta entonces, él no cargaría en su conciencia con su salud ni con la de su bebé, o mejor dicho, con su vida. Y no se disculparía por ser un neandertal en todo ese asunto. Kathryn le había puesto en esa situación y eso era lo que le ponía furioso.

Aun así, todavía quería besarla. Besarla sin parar durante toda la noche.

Casi había llegado a la casa, pero Kathryn no pudo evitar fijarse en que estaba agarrando el volante como si quisiera estrangularlo hasta morir. Probablemente, no debería haber dejado que la llevara a casa. Se había prometido que jamás volvería a dejarse manejar por otra persona y ni siquiera había sido su actitud burlona y manipuladora lo que le había hecho cambiar de opinión.

Sinceramente, su roce la había invadido de deseo, demasiado para una mujer embarazada, así que su instinto le había dicho que saliera corriendo antes de cometer alguna estupidez. Pero bajo esa actitud de vaquero sexy, podía ver que estaba verdaderamente preocupado y esa era la razón por la que había accedido a que la llevara. Holt se había enfrentado a la enfermedad y a la muerte últimamente y los fantasmas de esas experiencias debían de seguir con él. Además, por mucho que ella quisiera ser totalmente independiente y hacer como si no pasara nada, a veces estar embarazada y sola resultaba aterrador.

Y Holt, incluso cuando estaba enfadado y deseando que ella se fuera al infierno, la hacía sentir como si nada malo pudiera pasarle mientras estuviera a su lado. Pero eso era algo que no le diría. Después de todo por lo que había pasado con su padre y su amigo, probablemente lo último que necesitaba era cargar en su conciencia con su bienestar y el de su hija. Había intentado liberarlo de cualquier sentido de la responsabilidad y había funcionado. Ahora era el momento de probar con una táctica distinta para distraerlo de su situación.

–Antes de que te marches, quiero hablar de la reunión –comenzó a decir ella.

Él dejó de estrujar el volante y la miró.

–¿Tienes dolores y quieres hablar de una reunión aburrida?

–¿Lo ves? A eso me refiero. Si hasta tú crees que es aburrida y eres uno de los presidentes del comité de la clínica, nadie querrá ir.

Él se quedó atónito.

–Yo no soy uno de los presidentes del comité. Esto no ha sido idea mía.

–Pero ahora perteneces al comité.

No respondió a eso.

–Ya te he dicho que la gente irá.

–Tengo que encontrar un modo de hacerla divertida.

–¿Habrá rugby?

–¿Qué?

–Cariño, estamos en Texas. Puede que no hayas vivido aquí mucho tiempo, puede que no seas una auténtica chica texana, pero si estás hablando de Texas y diversión, estás hablando de rugby, de rodeo o de sexo.

Kathryn puso los ojos en blanco.

–Ahora sí que estás burlándote de mí. Sabes muy bien que Texas no es esa… caricatura.

–Puede que no, pero ahora estás enfadada y ya no tan preocupada. Deja de intentar hacerla divertida. Estás hablando de una clínica, no vas a ofrecer paseos en pony. Confía en mí, la gente irá.

–Pero…

–Confía en mí.

–No se me dan muy bien los asuntos de confianza. Ya me han traicionado antes.

Sintió cómo él desvió la mirada.

–¿Quieres explicarme eso con más detalle?

Ella cerró la boca. Había dicho demasiado al dejar que esas palabras se le escaparan sin pensar. Había demasiada vergüenza unida a su matrimonio y sentía haberlo mencionado.

–Para nada.

Condujeron en silencio.

–Aún tenemos que hablar de tu parte de la reunión –dijo ella finalmente.

–¿Mi parte?

–Sí. La gente te ve como un líder de la comunidad. Tengo amigos, pero la mayoría de la gente te escuchará más a ti que a una mujer que no va a quedarse aquí. Quiero que hables en la reunión.

–Odio hablar en público.

–¿Por qué no me sorprende?

–Y si estás buscando diversión, subirme a un estrado pondrá en peligro tu propósito.

–Puede que sí, pero la gente te idolatra. Si no tengo diversión, al menos te tengo a ti. Eres la atracción estrella.

Él maldijo de nuevo.

–Para ya de hablar así. Cuando el bebé llegue, no quiero que adquiera malos hábitos.

–El bebé y yo nunca tendremos una relación tan estrecha. No seremos nada el uno del otro y puede que hasta no lleguemos a conocernos nunca.

–Lo sé. Ha sido una reacción instintiva porque estabas siendo muy pesado.

–Seamos sinceros, estaba siendo un imbécil.

–De acuerdo, sí, pero no pienso rendirme. Necesito que hables. ¿He mencionado ya lo importante que es la clínica?

–Lo sé. Puede que muera gente si no llega a construirse.

–No vayamos por ese terreno, pero por favor, Holt, hoy mismo me has dicho que cooperarías más y necesito que hagas esto. Si no le das a la clínica tu sello de aprobación, no se hará realidad. La gente sabe que he estado detrás de ti y si no te ven participando activamente pensarán que no estás en el proyecto y nadie vendrá. Esto va a ser caro. Necesitamos la cooperación y el apoyo de todo el mundo. Dime que pronunciarás unas palabras para que sepan que tú también quieres esto.

Holt suspiró.

–Te lo he prometido, así que lo haré. Pero, ¿dejarás de presionarme si hablo?

–Sí.

–De acuerdo.

–Gracias, Holt. Para que lo sepas, puede que reparta algunos folletos nuevos con tu nombre. A lo mejor eso atraerá a más gente.

–No te hará falta. Vendrán.

–¿Por qué estás tan seguro? ¿Tú vendrías voluntariamente si no te estuviera insistiendo tanto?

–Si no tuviera que estar ahí, preferiría irme al otro lado del mundo antes que aparecer en la reunión, pero la gente de Larkville no es como yo. Los conozco y sé que irán a tu reunión, aunque no haya rugby.

–De acuerdo.

–Bien. ¿Kathryn?

–¿Sí?

–Esto no acabará ahí, ¿verdad? Vas a pedirme más cosas, ¿no?

–Si de verdad hubieras leído todas mis listas, lo sabrías y ya habrías hecho algunas cosas.

–Ya he hecho algunas cosas. He llamado a algunas personas que podrían ayudar –dijo al aparcar la camioneta frente a su casa.

–¡No me lo habías dicho! –se giró hacia él rápidamente a pesar del volumen de su barriga.

–¡Vaya! ¡No hagas eso! Y no te lo he dicho porque aún no ha surgido nada. Se lo he contado a amigos que conocen a gente que

conoce a gente en el campo de la Medicina. Así es como esto funciona. Con el tiempo empezaré a oír algo, bueno o malo.

–¿Por qué no ir directos a la fuente?

–Porque así funcionan las cosas.

–¿Quieres explicarme eso?

–No.

Pudo ver que no sacaría nada más de él. Y, por cierto, Holt había tenido razón: ese brusco movimiento había hecho que le doliera la espalda todavía más. Aun así, se negó a frotarse la zona dolorida estando Holt delante. Tal vez la conversación había hecho que se le olvidara por qué la había llevado a casa, pero esa visión extraordinaria que probablemente le hacía muy buen ranchero sin duda volvería a poner toda su atención en su dolor.

–No te preocupes, Kathryn. Lo haremos.

«Y terminaremos con esto», imaginó que él estaría pensando. Estaba segura de que la quería tener fuera de su camino y ella también se alegraría cuando todo hubiera acabado porque ese enamoramiento que había tenido por él de adolescente no parecía haberse esfumado.

La idea la sobresaltó y, rápidamente, fue a abrir la puerta.

–No te muevas –le dijo Holt, que bajó de la camioneta y fue hacia su lado del coche. Cuando le abrió la puerta, no esperó a que ella bajara, sino que deslizó un brazo bajo sus rodillas y la levantó.

Y, aun con las protestas de Kathryn, la metió en la casa y la tendió en su cama. Después le ordenó que se quedara ahí tumbada y la dejó mirando cómo se marchaba.

Kathryn estaba que echaba humo. Ni siquiera había tenido la oportunidad de recordarle que ya no le permitía a ningún hombre mandar en su vida. ¡La próxima vez se lo diría!

Pero primero tenía que intentar olvidar cómo la había hecho sentir estar contra el pecho de Holt.

Capítulo 6

HOLT maldijo para sí de camino a casa. Kathryn estaba causando estragos en sus sentidos e iba a volverlo loco antes de que todo acabara. Esos últimos años había tenido que enfrentarse a pérdidas que aún lo acechaban. Había aprendido lo destructivas que podían ser las emociones y le había hecho frente a la adversidad, pero había algo en Kathryn que le hacía pensar que ella tenía la habilidad de descolocarlo para siempre.

Tenía que mantenerse al margen y cuando el proyecto de la clínica estuviera en marcha…

Ahí terminarían. Si Dios quería. Sentirse personalmente responsable de la salud y el bienestar de todo un pueblo… ¡odiaba lo que le producía esa sensación!

Que le preocupara que Kathryn pudiera empezar a tener contracciones reales en el lugar y el momento menos adecuados era algo que lo volvía completamente loco, probablemente porque no quería que ella fuera asunto suyo ni que existiera nada personal entre los dos.

Lo cual no significaba que no se hubiera fijado en lo suave que era cuando la había llevado en brazos y cuando ella se había movido contra él y él había tenido que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no bajar la cara y devorar esa preciosa boca rosada.

Eso era razón más que suficiente para ser cuidadoso y cauto. Kathryn sería algo malo para él, pero peor sería él para ella. Tenía que tener más control del habitual.

«Así que cíñete a eso en lo que eres bueno. Ganado. Caballos. Mantente alejado de las cosas en las que eres malo. Mujeres. Bebés». Lilith le había dicho que alguien con tantos problemas emocionales no estaba hecho para ser padre y había tenido razón.

No podía volver a pensar en los labios de Kathryn, se dijo mientras una visión de esa mujer en sus brazos se coló en su mente y quedó grabada a fuego en ella.

¡Maldita mujer! O, mejor dicho, ¡maldito él! Aun así, una cosa era segura: cumpliría su promesa de hablar en la reunión, pero su

padre había sido el orador público, no él. A él se le daban bien las pequeñas charlas y las charlas de negocios, pero no dar discursos sinceros, de modo que lo haría a su manera y eso, probablemente, levantaría una sólida barrera entre los dos. ¡Bien!

Kathryn llegó al centro comunitario con media hora de antelación, pero allí ya había unas cuantas personas. Jess Jameson, la hermana de Holt, y su marido, Johnny, estaban en primera fila, al igual que Jed Jackson, el sheriff del condado, y su nueva esposa, Ellie, la medio hermana de Nueva York que Holt había descubierto recientemente e hija de Clay de su primer matrimonio.

La señora Best había ocupado un asiento y Sarah Anderson, que estaba al mando del Festival del Otoño, entraba por la puerta. Ese año el festival se celebraría en honor del padre de Holt y era un recordatorio más de lo queridos que eran los Calhoun por todo el pueblo. Ava también estaba allí. La saludó y sonrió. Kathryn le devolvió la sonrisa y se fijó en que el doctor Cooper, como de costumbre, había volado a California para buscar casa. Pero el doctor Cooper no era el único ausente.

Holt no estaba por ninguna parte y cuantos más minutos pasaban, más rabia empezaba a sentir ella.

No obstante, no podía dejar que nadie lo viera. Estuviera o no Holt, el espectáculo debía continuar. Y, además, aún había tiempo. Fue al centro de la sala, donde se había instalado un estrado, y abrió su carpeta de notas. Su plan era hacer una introducción general y después dejar que Holt les hablara a los vecinos que conocía de toda la vida de un modo más personal de lo que podría hacerlo ella. Había intentado ponerse en contacto con él varias veces esa semana y cuando le había parecido imposible, le había dejado un mensaje en el contestador destacando su parte de la reunión. Su única respuesta había sido un mensaje que había dejado en el teléfono del doctor Cooper varias horas después. Sus palabras exactas habían sido: «He recibido el mensaje».

Oír la profunda voz de Holt resonando por el teléfono le había resultado desconcertante y la había pillado por sorpresa cuando lo que se había esperado escuchar era a sus pacientes diciéndoles las razones por las que necesitaban una cita con el doctor.

Inmediatamente había recordado cómo la había metido en brazos en su casa y la había tendido en la cama y, para su consternación, se había sonrojado profundamente.

Por desgracia, en ese momento no había estado sola. Luann Dickens estaba allí e inmediatamente había querido saber qué mensajes habían estado compartiendo Kathryn y Holt e incluso le había mirado la barriga como pensando que él fuera el padre.

–Este bebé es legítimo, Luann –había querido decir o «estaba en otro estado y casada cuando este bebé fue concebido y no he tenido sexo con Holt Calhoun ni lo pretendo». Pero nada de eso era apropiado cuando era la recepcionista del doctor Cooper y Luann era una paciente–. El mensaje era sobre la reunión –había tartamudeado antes de maldecir para sí por haberlo hecho.

–Ey, cualquier reunión en la que esté Holt es una buena reunión –le había respondido Luann–. Con tal de que no vayas muy en serio. Todas las mujeres lo desean, pero ninguna lo consigue. O si lo hacen, no obtienen mucho de él y nunca por mucho tiempo. El romance no va con él –sonó como si Luann hubiera intentado hacerse con Holt.

–Es una cuestión laboral –había respondió Kathryn, pero incluso ella tenía que admitir que Holt tenía algo que hacía que una mujer pensara más allá de lo laboral. Odiaba el hecho de que ella, después de lo que había vivido, fuese tan susceptible como Luann, que siempre iba en busca de algún hombre. Tal vez no eran tan distintas en el fondo.

«Pero tengo que ser distinta. No puedo ir por ahí preguntándome qué aspecto tendrá Holt cuando se quita la camisa por las noches. Tengo un bebé en quien pensar. Ni siquiera ya se trata de mí. No seré como mis padres ni como mi exmarido».

Ahora, recordando el breve mensaje de Holt, se puso seria. Estaba claro que podía presionarlo hasta cierto punto y que también había límites en cuanto al tiempo que podía pasar en su presencia sin salir perjudicada. Con sus hormonas revolucionadas, fácilmente podía olvidarse de ser sensata a su lado.

Ahora hacía lo posible por parecer y ser inteligente, pero al mirar sus notas ocurrieron dos cosas: Holt entró por la puerta haciendo que todas las miradas se giraran. Y justo después de eso, un grupo de hombres lo siguió, colocó unas mesas en el fondo de la

sala y comenzó a poner encima enormes bandejas de comida. Barbacoa, ensalada de col, ensalada de patata y mucho más. El aroma era maravilloso y no estaba planeado, pero la gente que estaba entrando en la sala no parecía sorprendida. Es más, algunos llevaban tartas y pasteles.

¿Qué estaba pasando? Miró hacia los grupos de personas que entraban juntas y vio a la alcaldesa.

–Johanna, ¿esto es cortesía del pueblo?

Johana sonrió y sacudió la cabeza.

–Es cortesía de tu compañero.

¿Compañero? ¿Eso era Holt?

–No sabía nada de esto.

Johanna se encogió de hombros.

–Lo sé solo porque estaba en la cafetería de Gracie May's mientras cargaban la camioneta.

–Pero…

–Kathryn, relájate. Holt tiene su modo de hacer las cosas. Siempre lo ha tenido y siempre lo tendrá. Y él no habla de sus planes.

Bueno, eso estaba claro. Hacer que ese hombre colaborara era como intentar tirar de una mula. Siempre parecía tener el control de todo y ella era una mujer que se había prometido que no se dejaría manejar por nadie.

Se giró hacia Holt. No tenía ni idea de por qué la cafetería estaba sirviendo comida para esa reunión ni por qué no la había informado. Lo que sí sabía era que si Holt y ella eran compañeros, él debería estar compartiendo con ella muchas más cosas.

Pero cuando empezó a dirigirse hacia él, rápidamente vio que no era la única deseosa de hablar con él.

–Holt, me moría por hablar contigo. Necesito un buen consejo sobre caballos –le dijo un hombre.

–Ed, entonces no me querrás a mí. Querrás a Johnny.

–Sí, también quiero hablar con Johnny, claro. Es él el que susurra a los caballos, pero tu padre siempre me ayudó en el pasado y, por lo que veo, tú has heredado sus genes y jamás compraría un caballo sin tener primero el sello de aprobación de los Calhoun.

Kathryn vio cómo Holt sacó un boli y un trozo de papel de su bolsillo y anotó algo.

–De acuerdo, sacaré unas horas para salir a montar contigo y darte mi opinión –le prometió al hombre.

Al momento alguien más lo detuvo; a juzgar por la expresión de la mujer, estaba muy preocupada por algo y, después de haber hablado con Holt, se marchó más aliviada. Él anotó algo más en el papel y a Kathryn le quedó claro que Holt, quarterback del equipo de rugby y un Calhoun al que todos admiraban, había quedado elevado al nivel de Santa Claus. Solucionaba problemas, era la persona a la que acudía la gente del pueblo, había estado un tiempo fuera ayudando a un hombre moribundo y ahora había accedido, si bien a regañadientes, a ayudarla.

Además, había comprado comida para las masas. Sin hablar con ella. No es que fuera algo terrible, pero…

No había más tiempo para pensar en ello. El reloj marcaba las siete. Kathryn lo miró y él la miró a ella. Que esos ojos oscuros estuvieran posados sobre ella hacía que fuera demasiado consciente de su feminidad.

Qué pena. Ya había jugado a ese juego cuando tenía dieciséis años y no había salido bien. Luann Dickens tenía razón. Holt no era un hombre por el que una mujer debería sentirse atraída a menos que estuviera preparada para que le rompieran el corazón.

Dejó de lado ese pensamiento y, asintiendo levemente, se dirigió al estrado consciente de que había vuelto al pueblo derrotada, divorciada y embarazada, y de que algunas personas que la conocían más que de vista probablemente también sabrían que estaría allí por poco tiempo. Nerviosa, se aclaró la voz.

–Gracias por venir –su voz fue un susurro y carraspeó de nuevo–. Estoy segura de que saben que el doctor Cooper se marcha y que Larkville necesitará un médico nuevo. Estamos aquí para hablar sobre qué hacer.

Le pareció oír a alguien susurrar que habían ido a comer, pero tal vez fue solo su imaginación.

–Será costoso –admitió entre algunos gestos serios y sacudidas de cabezas–. Pero es importante –quería listar las razones, pero sabía que un nativo lograría un impacto mayor y, sobre todo, si ese nativo era casi como un dios para el pueblo.

Así que, después de breves comentarios explicando la situación, se giró hacia Holt.

–El señor Calhoun les explicará en qué punto nos encontramos, qué opciones tenemos y cómo podemos hacer que esto funcione. Gracias por su atención –terminó antes de recibir un educado aplauso. Unos cuantos amigos entre los que se encontraban la señora Best y Ava, aplaudieron con mayor entusiasmo.

–Buena idea –dijo Luann.

Y cuando el educado aplauso se desvaneció y Holt subió al estrado, la multitud enloqueció.

–¡Dinos, Holt! –gritó un hombre.

Holt se había quitado el sombrero y su oscuro cabello resplandecía bajo la luz. De pie en el pequeño estrado sus hombros parecían más anchos y, sus piernas, más largas.

–No hay mucho que decir. Ya habéis oído lo que ha dicho Kathryn. Tiene razón en todo y es un hecho. Necesitamos un médico y una clínica, ya podréis imaginaros las razones. ¿Alguien tiene algún problema con esto?

Todos miraron a su alrededor. Nadie dijo nada.

–Bien, entonces lo haremos. Yo ayudaré y vosotros ayudaréis. Kathryn os dirá cómo lo haremos. Si no estáis seguros de cuáles son las razones, ella tiene una lista que os lo aclarará todo. Escuchad lo que tiene que decir porque esto es importante. Y después, cuando haya terminado y todos estéis a bordo de este proyecto, lo celebraremos –asintió hacia las mesas del fondo y después bajó del estrado.

Kathryn lo miró con incredulidad. Había estado ahí arriba menos de un minuto y ahora estaba mirándola como lanzándole un desafío. ¿Qué iba a hacer?

¿Qué podía hacer? No podía regañarlo ahí, delante de todos esos fans que lo adoraban porque, si lo hacía, la harían salir corriendo del pueblo. Por eso le lanzó una tirante sonrisa antes de subir al estrado y empezar a dar las razones por las que hacía falta la clínica empleando todos los argumentos que había utilizado para convencer a Holt.

–Es un proyecto en el que tiene que implicarse la comunidad, es importante. Os habéis acostumbrado a tener una clínica, muchos dependen de ella y otros no sabemos cuándo la necesitaremos. Trabajando en la consulta del doctor Cooper he visto a gente con dolores, gente que podría sufrir si no recibe atención médica

inmediata –dio ejemplos más reales y tuvo que contener las lágrimas. No quería que la acusaran de utilizar a gente para intentar ganarse la cooperación de los demás. Finalmente se quedó sin argumentos y dijo–: Así que espero que después de considerar la situación accedáis a apoyar este proyecto. ¿Hay… hay alguna pregunta?

Una mujer levantó la mano.

–¿Holt trabajará en esto?

En esa ocasión logró no sonrojarse. No estaba segura de si la mujer estaba interesada en él desde el punto de vista romántico o si simplemente pensaba que Holt podía mover montañas; algo, por cierto, de lo que Kathryn ya no estaba tan segura. Después de todo, no había hecho ni la mitad de lo que le había pedido esa noche, así que de ninguna manera respondería esa pregunta por él.

–¿Holt?

–He dicho que ayudaría y lo dije en serio. Ayudaré en todo lo que haga falta.

La mujer sonrió.

–Estaba segura. Siempre haces lo correcto.

–Así es Holt. Siempre está ahí para echarle una mano a alguien o dar buenos consejos –apuntó otro hombre.

Kathryn apretó los dientes.

–Bueno, ¿alguna otra pregunta?

–No –dijo Johnny–. Holt está en el proyecto, así que para mí con eso basta.

Kathryn se preguntó si le habrían obligado a decir eso o si sería verdad. Después de todo, era el cuñado de Holt.

–Para mí también basta con eso –añadió la señora Best a la que se unió un coro de voces.

La alcaldesa se levantó.

–Bien, pues si no hay nada más… –miró a Kathryn, que sacudió la cabeza–. Diría que todos os habéis ganado una buena comida.

Inmediatamente se oyeron aplausos y la gente empezó a moverse hacia el fondo. Holt permaneció donde estaba, como si supiera que Kathryn no se quedaría satisfecha hasta hablar con él.

–No me dijiste que fueras a chantajearlos con comida.

–No seas tan remilgada, Kathryn. Te preocupaba que no viniera nadie y te dije que vendrían. Una pequeña barbacoa no le hace

daño a nadie.

–Lo sé. Y ha sido una buena idea, pero ¿no podrías habérmelo contado al menos? ¿Y no podrías haberme contado que no ibas a hablar de nada de lo que te he puesto en mi lista?

–Creo que ya he mencionado que no soy muy emotivo y para eso hacía falta emoción. Tú eras la persona indicada para aportar eso.

Ella respiró hondo.

–Me gusta pensar que soy profesional.

Él sonrió.

–Lo eres. Y también un poco remilgada.

Ella lo miró muy seria y él enarcó una ceja.

–No tiene nada de malo ser remilgada.

–Me gusta tener el control.

–Eso parece. Y lo tienes.

Pero ella no era tonta.

–Han venido por ti, o por tu comida, o por las dos cosas. Y han decidido unirse al proyecto porque tú estás implicado.

Él se encogió de hombros.

–Puede que no hayan saltado a unirse al proyecto tan pronto como te hubiera gustado, pero no son gente insensata.

–Esperan mucho de ti. ¿Te gusta ser Santa Claus?

–Como propietario y gerente del negocio más próspero de la zona, tengo obligaciones y no las ignoro.

–¿Eso es la clínica? ¿Una obligación?

–Tengo mis razones para hacerlo. Y tú también. La gente de la clínica, tu bebé, tu trabajo.

–Pero algunas de mis razones parecen egoístas.

–No. Son lógicas, son humanas.

–Tal vez solo esté asustada –admitió–. Un empleo evitaría que me sintiera tan vulnerable. No puedo ser vulnerable.

Él la miró durante un largo instante y ella supo que había dicho demasiado. Por suerte, Holt no parecía querer hablar de su lado más vulnerable.

–Entendido. Haré lo que haga falta, pero no seré lo que no soy.

–Y eso es…

–La clase de hombre que actúa a un nivel emocional, así que no esperes que vuelva a subirme a un estrado, no esperes que comparta secretos o que te cuente todo lo que estoy pensando. Nunca he sido

así y nunca lo seré.

–De acuerdo –le respondió y él se marchó dejándola sola.

Pero siempre lo había estado y así seguiría estando. Su bebé y ella. Construiría un hogar para las dos, una vida. Y los hombres como Holt jamás tendrían el poder de hacerles daño.

A decir verdad, probablemente era la única mujer de Larkville que se alegraba de que Holt no fuera un hombre emocional, porque eso la hacía sentirse segura.

O, al menos, más segura. ¿O no?

Capítulo 7

¿ALGUNA vez había habido una mujer tan decidida a ser fuerte que pareciera tan frágil como Kathryn? Holt estuvo dándole vueltas a esa pregunta durante el resto de la reunión. Se había molestado con él por no haberla hecho partícipe de sus planes, pero él no era de esos.

«Deja de engañarte, Calhoun. No es esta reunión lo que te hace sentir incómodo. Es Kathryn». En realidad, era muy simple: la encontraba atractiva, más que atractiva y eso habría podido soportarlo, pero el problema era que, además, la encontraba fascinante. Había vuelto a Larkville un poco herida y hundida y allí podría hacer algo bueno, reconstruir su mundo y renacer de sus cenizas como un fénix. Un fénix que pronto se marcharía con su bebé y jamás volvería.

«Recuérdalo», se dijo. Ya se había visto en una situación así, había perdido a gente, a mucha gente, pero sobre todo había perdido a una mujer. Y a un bebé.

Kathryn era peligrosa; con su pasión, sus exigencias y el bebé que venía en camino, esa mujer era todo lo que debía estar evitando.

Pero eso no pasaría. Le había dado su palabra y ya no se echaría atrás, continuaría hasta el final. El problema era que si pasaba demasiado tiempo en presencia de Kathryn, iba a tener que besarla. Incluso podría perder el control y dejar que los besos fueran a más. El único modo de evitar eso era dar un gran paso atrás y ayudar desde la distancia.

Eso debería funcionar. Al menos así se aseguraría de que no se cometieran errores que pudieran cambiarle la vida.

«De acuerdo, lo tengo», pensó Kathryn al día siguiente. Holt no se iba a dejar dirigir y no quería pasar tiempo con ella. Y eso estaba bien, ¿verdad?, porque ella tampoco quería pasar mucho tiempo con él.

Si lo hacía, tarde o temprano la decepcionaría.

La idea la hizo sonreír. «¿Quieres decir que todavía no te ha decepcionado?».

La respuesta era complicada. No le había dejado llevarlo por donde ella había querido, pero sí que había dado los resultados que ella había esperado. Así que debería retractarse, decirle lo que iba a hacer y simplemente esperar a que él generara resultados a su modo y por su cuenta.

–De acuerdo, empecemos –murmuró mirando al teclado pare escribirle un e-mail que decía:

Resultados de la reunión. Doscientas personas de asistencia. Todos a favor de seguir adelante con el proyecto. Ahora hay que recaudar fondos. ¿Ideas?

Cuando pasaron horas y no obtuvo respuesta, envió otro diciendo: *¿Por favor?*

Cinco minutos después, recibió respuesta.

–No hagas eso.

–¿Hacer qué?

–Suplicar. Ya sabes lo que opino de eso.

–No estaba suplicando. Te lo estaba preguntando de manera agradable.

–Yo no soy agradable. Di lo que quieres y ya está.

–Eso he hecho. Me has ignorado.

–Estoy dirigiendo un rancho.

–Lo sé, pero…

–De acuerdo. Quieres un informe de progresos. He contactado con un amigo que ha contactado con un amigo que es profesor en una buena facultad de Medicina de Chicago. Nos va a mandar contactos. En cuanto a lo de la recaudación de fondos, eso ya no va tanto conmigo.

–Se me ocurrirán ideas.

–Será lo mejor.

–Y después te las pasaré.

–Deberías saber que probablemente diga que sí a cualquier cosa.

–¿Incluso aunque sea algo que podría avergonzarte?

–¿Estás provocándome?

«Tal vez sí», pensó Kathryn. Aunque estaba disfrutando de su estancia en Larkville mucho más que la última vez, y aunque todo el mundo había sido agradable con ella porque le sonreían por la calle, los pacientes le llevaban galletas y se alegraban de cómo iba su embarazo, en realidad no había pasado nada de tiempo socializando con el pueblo. Tal vez se debía a que tenía miedo de hacer amigos a los que tendría que dejar atrás. Su casa no estaba tan cerca de otras casas porque sus padres habían sido muy celosos de su intimidad y nunca se habían relacionado con los habitantes de Larkville. La rodeaban terrenos vacíos y al otro lado de la carretera había un campo. Además, Holt era una de las pocas personas con las que había hablado de manera regular fuera del trabajo.

Así que, sí, estaba disfrutando demasiado de esos mensajes. Por otro lado, también estaba empezando a experimentar dolores serios que hacían que sintiera cómo se contraía todo su cuerpo.

–Se me pasará –se dijo. Eso esperaba. Y pasaba… hasta que venía otra oleada de dolor y el miedo le llenaba el alma.

Holt esperó la respuesta de Kathryn. Y esperó más.

No pasó nada y ni siquiera se le pasó por la cabeza que hubiera decidido actuar como una cretina como él y estuviera haciéndolo esperar. Kathryn no era así. Si no respondía, habría alguna razón.

La llamó. El teléfono sonó tres veces. Cuatro. Saltó el contestador y finalmente sonó el pitido.

–Kathryn, contesta al teléfono. Soy Holt –le ordenó.

Silencio. El contestador se desconectó.

Él volvió a marcar y ahora el corazón le golpeaba el pecho con fuerza, estaba tenso, como cuando su padre había enfermado.

–Kathryn, contesta al maldito teléfono. Tengo que hablar… de la recaudación de fondos –se detuvo. Ella seguía sin responder–. Voy a tu casa para hablar del tema.

–¿Holt? No… no vengas. No es buen momento –le contestó con una voz demasiado suave–. Es… es muy…

Holt oyó un gemido de dolor.

–¿Tu espalda? ¿Las contracciones de Braxton Hicks?

Silencio.

–¿Kathryn? Habla, dime algo.

Sabía que algo iba mal cuando ella no le informó al instante de que no soportaba a los hombres controladores como él.

–Yo… eh… ¿Braxton Hicks? No. No lo creo. No lo sé.

Él podía oír su respiración entrecortada. Algo iba mal. Muy mal.

–Si no lo sabes, entonces es momento de ir al hospital y descubrirlo.

Más silencio.

–¿Kathryn?

–Sí, iré –le prometió–. Iré ahora mismo –su voz empezó a rasgarse y parecía que iba a colgar.

–¡Maldita sea, no! Para. No cuelgues el teléfono. Y, por encima de todo, no te subas al coche. Es una orden. No puedes conducir. Ni se te ocurra.

–Yo… De acuerdo, no lo haré. No puedo conducir. Ya empecé a pensarlo la semana pasada, pero luego… Voy a avisar a Johanna.

–No, no lo hagas. Puede que Johanna sea una alcaldesa excelente, pero conduce fatal. Y, además, está demasiado lejos. No te muevas. Voy a buscarte.

–No puedo permitirlo.

Él quiso preguntar por qué, pero hablar tanto estaba haciéndoles perder tiempo.

–Te garantizo que estarás en Austin en un momento.

Y fue corriendo hasta el hangar para subir al helicóptero.

Holt entró por la puerta como uno de esos tipos de las películas, esos que salían caminando de entre la niebla y que llegaban para salvarlo todo cuando todo estaba perdido.

Y Kathryn estaba lista para seguirlo adonde fuera porque ese dolor no se parecía a nada que hubiera sentido antes. Estaba comiéndosela viva y tenía que soportarlo, tenía que hacer todo lo que debía hacer para asegurarse de que la salud del bebé no se ponía en peligro, pero cuando el dolor la asaltaba, la necesidad de dejarse caer de rodillas y enroscarse formando una bola era superior a sus fuerzas.

Y lo peor de todo era que había probado con eso y nada le había frenado el dolor.

Pero Holt la llevaría al hospital; al igual que le había prometido

que la gente iría a la reunión, se aseguraría de que llegaba a un lugar seguro a dar a luz. Porque eso era lo que Holt hacía. Ayudaba a la gente de la manera más eficaz posible, a su modo, pero haciendo lo que había que hacer.

–¿Tienes todo lo que necesitas?

Ella asintió intentando agarrar una bolsa que había preparado hacía semanas.

Él la agarró.

–¿Estás lista?

–Sí –fue todo lo que pudo decir cuando el dolor la devoró de nuevo.

Holt la levantó en brazos como si no pesara nada y con sus largas pisadas la sacó de la casa y la llevó hacia el campo que había al otro lado de la carretera. En ese momento, la contracción empezó a disiparse.

–Seguro que esto no lo tenías previsto en tu agenda para hoy –le dijo ella débilmente cuando la subió al helicóptero y le abrochó el cinturón de seguridad.

–Siempre estoy preparado para lo inesperado. Así es la vida en un rancho. Esto no me va a estropear el día.

Pero ella podía ver que estaba tenso.

–Ojalá tuviera alguien que cuidara de ti mientras volamos, pero tendrás que apoyarte simplemente en el sonido de mi voz.

Para su sorpresa, ella aún tuvo fuerzas para reírse. Un poco.

–Antes nunca querías hablar.

–Cualquiera puede decir tonterías. Hace falta práctica para ser un idiota poco comunicativo. Haré todo lo que pueda.

–¿Acabas… acabas de hacer un chiste? –le preguntó, pero el dolor volvió con fuerza.

–Quédate quieta –le ordenó–. Respira. Respira. Mírame mientras piloto, concéntrate en mí y respira.

Ella se centró en sus manos sobre los mandos, en sus largos y estilizados dedos y lo miró. Hacía las respiraciones y, ocasionalmente, se le escapaba algún gemido.

Él apretaba con fuerza los mandos.

–Intentaré… intentaré no hacerlo otra vez.

–Haz lo que te apetezca. Si quieres decir palabrotas o gritar o decirme lo que de verdad piensas de mí, este sería un buen

momento para soltarte. Ni te juzgaré ni te lo recordaré más tarde.

–No me gusta gritar. Mis padres gritaban mucho y mi marido más. Y…

–Sí, sé que digo muchas barbaridades cuando estoy enfadado. Así que nada de gritar. ¿Qué hacías cuando oías tantos gritos?

–Me escondía, me acobardaba. Lloraba. No estaba preparada para detenerlos o al menos no conocía las palabras adecuadas para hacer que los gritos parasen.

Él no respondió.

–Demasiada información –dijo ella–. Más de la que debería haber revelado.

–Yo no comparto secretos. Esto no saldrá de aquí. No tienes por qué preocuparte.

–No lo estoy. No lo estoy. Yo…

–Ya casi estamos, Kathryn. Aguanta, concéntrate en mí. Dime, cuando oías todos esos gritos, ¿qué querías decir?

–Deja de gritar. Deja de acobardarme. Yo también soy una persona, yo también cuento. Llevo un bebé dentro. Es mío, es tuyo. ¿Cómo puedes no quererlo? ¿Por qué estás tan enfadado?

La voz de Kathryn se había alzado con las últimas palabras. Estaba prácticamente gritando, pero sintió el momento en el que el helicóptero tocó suelo e inmediatamente apareció personal sanitario para atenderla. Él debía de haber llamado antes para avisar de que iban de camino.

La sentaron en una silla de ruedas y una enfermera se la llevó. Kathryn lo miró.

–Yo… Gracias.

Él asintió.

–¿Habrá alguien con ella? –le preguntó a la enfermera.

–La monitorizaremos y la tendremos vigilada.

–¿Pero estará sola a ratos?

–Hasta que llegue el momento.

A Kathryn le pareció que Holt dijo algo, pero el dolor se apoderó de ella de nuevo. Unos minutos después ya estaba en un paritorio y Holt estaba dándole la mano.

–¿Por qué sigues aquí?

Él la ignoró.

–Hagámoslo.

Ella intentó sonreír.

–Te lo agradezco mucho, ya veo por qué la gente dice que eres el héroe vaquero.

–Calla, Kathryn –le dijo y la besó.

El impacto de ese beso, la sensación de locura duró hasta la siguiente contracción. Tener ahí a Holt era… Volvía a sentirse segura.

Pero a juzgar por su mirada podía ver que para él eso no estaba siendo fácil y ese beso había sido un claro ejemplo de cómo estaba asimilando la locura del momento. Holt odiaba las emociones. Tenía la mandíbula apretada mientras le sujetaba fuertemente la mano y su bronceado parecía haber palidecido.

Sin embargo, no la soltó en ningún momento y estuvo a su lado contracción tras contracción.

Al cabo de un rato la enfermera le dijo que iban a llegar al momento crucial, esa parte en la que Kathryn había oído a las mujeres gritar desde lo más profundo de su ser y soltar sus pensamientos más íntimos. Es más, ella ya se había dejado llevar un poco y había dicho cosas que no debería haber dicho. Por otro lado, Holt ya había aguantado bastante y lo último que necesitaba era vivir un momento de auténtica carga emocional. Por eso, cuando por fin llegó el médico, se giró hacia Holt y le dijo:

–Estás libre. Gracias. Nos vemos luego.

Él abrió la boca para decir algo justo cuando el dolor la asaltó con más fuerza que nunca.

–¡Quiero que te vayas, Holt! –le gritó con la respiración entrecortada–. Un hombre me ha metido en esto y no quiero más hombres aquí –era una mentira absoluta, pero funcionó.

Holt se marchó y ella logró contenerse y no suplicarle que volviera.

Holt intentó no pensar en lo que estaría pasando con Kathryn en el paritorio. Lo sabía, claro, ya que en el rancho se aprendían a muy temprana edad los conceptos básicos de la reproducción, pero Kathryn era una mujer. Y no solo era una mujer dolorida y dolida, sino que era una mujer sensible, y eso había quedado claro durante la conversación de camino allí.

Y aunque no había mentido al decirle que no revelaría nada de lo que oyera, tampoco olvidaría las palabras que le había dicho. Era una mujer que se había visto sometida a algunas situaciones que no eran asunto suyo. Nadie mejor que él sabía que toda historia tenía dos caras, pero la realidad era que iba a tener un bebé y que su marido no estaba allí. Lo que había pasado y de quién había sido la culpa, si es que había sido de alguien, no era de su incumbencia, pero sí que sabía dos cosas:

A Kathryn le habían hecho daño y él era justo la clase de hombre que podría hacerle más daño todavía y hacerse daño a sí mismo si sus vidas se entrelazaban. Iba a tener un bebé y después se mudarían a una ciudad mientras que él no estaba seguro de poder volver a contemplar la idea de tener un hijo.

Aun así, durante ese tiempo que había estado con ella en el paritorio sujetándole la mano… y con sus labios bajo los suyos… había sabido que por muy doloroso que le hubiera sido estar presente en el nacimiento de un niño y por muchos recuerdos tristes que eso pudiera haber despertado, lo habría hecho. Se habría quedado hasta el final porque no podía salir corriendo ni dejarla allí sola.

Y por eso esperó. Y caminó de un lado para otro, inquieto. Y esperó aún más.

Capítulo 8

CANSADA, pero lúcida después del nacimiento de su hija, Kathryn le dio las gracias mentalmente a Holt y, ya de paso, a los años que se había dedicado a correr. Holt la había mantenido a salvo de camino al hospital y la había llevado a tiempo además de evitar que se dejara llevar por el pánico en el momento del parto. En cuanto al resto, su atlética constitución, según le habían dicho los médicos, había hecho que fuera un parto más sencillo, si es que eso existía. Para cuando había decidido que le pusieran anestesia, ya era demasiado tarde y por eso ahora estaba más despierta de lo que habría estado de otro modo.

Esa también era la razón por la que reconoció a Holt en cuanto apareció en la puerta de la habitación.

–¿Estás bien?

–Nunca he estado mejor.

No miraba a su niña, estaba claro que no se sentía cómodo con los bebés, así que debía de estar siendo una situación no muy agradable para él. No vendría mal un poco de frivolidad.

–Podría escalar una montaña.

–A lo mejor podrías esperar un poco para eso –le sugirió.

–Buena idea, a lo mejor tendrías que ir a rescatarme. Ahora estoy un poco cansada.

–No me extraña. ¿Ha sido difícil? Podría haberme quedado.

Pero Kathryn recordaba la expresión que había tenido en el paritorio, como si hubiera demonios persiguiéndolo.

–No te ofendas, Calhoun, pero cuando se trata de mujeres tienes cierta reputación. Seguro que has visto muchas partes de chicas y no me apetecía que vieras las mías en unas circunstancias tan poco favorecedoras –bromeó intentando animar el ambiente–. Además, estaba bien –mintió.

Él la miraba como si pudiera averiguar si estaba diciendo o no la verdad.

–Y, de todos modos, ahora estoy perfectamente.

–Lo que significa que antes lo has pasado mal.

Y así había sido. Al final, cuando el dolor la había hecho enloquecer un poco, casi le había preguntado a una enfermera si Holt seguía allí, pero una mujer decidida a ser independiente no podía hacer eso y por eso había preferido seguir sola.

–Holt, estoy bien. De verdad.

Él la miró como si quisiera discutirlo, pero finalmente resopló y después, enarcó esa ceja tan sexy para preguntarle:

–¿Partes de chica?

Ella bajó la mirada.

–Son mías y puedo llamarlas como quiera.

–Como tú digas.

Un pequeño sonido salió del moisés que había al lado de Kathryn y Holt se tensó. Aún no había mirado a la pequeña y ahora desvió la mirada.

–Me alegra que estés bien. Avísame si necesitas que te lleve a casa. Ya tienes mi número.

–¿Holt?

Él se dio la vuelta rápidamente.

–¿Sí?

–Quiero que sepas que el hecho de que haya tenido a mi bebé no cambia nada. En cuanto me recupere, que supongo que será en una o dos semanas, seguiré con el proyecto. El trayecto hasta el hospital me ha enseñado lo mucho que hace falta esa clínica. No todo el mundo tiene a un Holt Calhoun o un helicóptero a su disposición.

–Nada de prisas. Es la medicación la que está hablando.

–No me han puesto anestesia. Soy yo la que está hablando.

–Pero estás cansada. Hablaremos de esto más tarde.

–¿Intentas dejarme de lado?

–Intento no olvidar que tu vida ha cambiado.

–Sí, pero algunas cosas no han cambiado. ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

–¿Y Holt? Se llama Izzy. Diminutivo de Isabelle.

Miró rápidamente a Izzy y se centró en Kathryn.

–Descansa un poco, Kathryn. Ya hablaremos luego.

Y así se quedó sola con su bebé.

–No es tan malo, Izzy –dijo mirando esos preciosos ojos y besándola en la frente–. Que no hiera tus sentimientos. Seguro que no es nada personal.

Pero estaba claro que no le gustaban los bebés. Para nada.

Holt intentó no pensar ni en Kathryn, ni en Kathryn con un bebé ni en la bebé. Recordó cómo se sintió al descubrir que Lilith había intentado dar al bebé en adopción sin ni siquiera informarlo… de nada. Tampoco le había contado que, más adelante, había abortado, pero recordaba cada palabra que le había dicho durante la discusión que habían tenido después de que se hubiera enterado por otros de lo sucedido. Lo importante del mensaje era que un hombre como él estaba tan carente de emoción que ella nunca habría querido tener un hijo con él ni dar a luz a un niño que pudiera heredar esa actitud. ¿Y qué niño querría a un hombre tan frío como padre?

La había odiado aquel día y nunca había olvidado sus palabras porque, por desgracia, eran ciertas, y ella no era la primera persona que le había dicho que era frío. Su madre, a pesar de decirle que no se preocupara tanto por ello, se había lamentado en sus últimos años de vida de que fuera tan distante y despegado. Por otro lado, su padre le había dicho que los hombres de su familia probablemente no estaban equipados para ofrecerle a las mujeres y a los niños todo lo que necesitaban. ¿No le habían maldecido otras mujeres también por ser un hombre tan frío?

Y allí estaba Kathryn, una mujer a la que gente insensible ya había hecho daño y que ahora tenía un bebé inocente del que cuidar.

Se sentía mal, tenía miedo. Tal vez debía decirle que le donaría la mayor parte del dinero que necesitaba, que él terminaría con el proyecto solo, pero sabía que no lo haría. Ella le había dicho que necesitaba esa labor para incluirla en su curriculum, así que lo que él tenía que hacer era asegurarse de que hacía su parte sin pisarle a ella sus tareas.

Una cosa era segura: tenía que mantener las distancias todo lo posible. Esa mujer le hacía olvidar quién y qué era y tenía unos ojos que le hacían querer mirarlos como un idiota que de verdad tuviera corazón.

Maldijo su estupidez y, cuando volvió al rancho, agarró un hacha y atacó una pila de leños. Tardó horas.

–¿Estás bien, Holt? –preguntó Nancy.

Él refunfuñó.

–¿Quieres cenar?

–No puedo, tengo que trabajar.

Izzy. ¿Qué clase de nombre era ese? Pero lo sabía muy bien; era la clase de nombre que una mujer sentimental, romántica y nostálgica le pondría a su hija. Una mujer que necesitaba muchas cosas.

Bajó el hacha con fuerza y un pedazo de madera salió volando y a punto estuvo de darle en el brazo. Casi deseó que lo hubiera hecho porque eso habría sido una distracción.

Pero al rato el montón de madera fue disminuyendo y él seguía sin poder olvidar lo que había sentido cuando Kathryn había sido tan valiente a pesar de tener tantos dolores.

Y no podía negar que quería volver a verla. ¿Qué le pasaba? Sabía muy bien que no podía darle comienzo a nada, ni siquiera intentarlo.

«Probablemente me siento responsable de ella», se dijo. «Si le cuesta llegar a fin de mes, ¿cómo va a poder mantener a un bebé?».

Izzy era la cosa más dulce que había en el mundo. Le dolía el corazón solo de mirarla por temer que algo pudiera pasarle a ese diminuto bebé que parecía un regalo maravilloso pero aterradoramente frágil. Y mientras la observaba, no podía dejar de ver la expresión de Holt al evitar mirar a la niña.

Bueno, ¿y qué? A muchos hombres y mujeres no les gustaban los niños, no era para tanto. Pero entre pensar en Holt, sus preocupaciones por Izzy y darle de comer por la noche, Kathryn no estaba durmiendo nada y se sentía agotada. ¿Cómo podía soportar la gente tanto estrés y responsabilidad?

–Qué pregunta más tonta. Lo soportan porque lo hacen con amor.

Aun así, tenía que dejar de preocuparse y atender ciertas cosas. El doctor Cooper estaba apañándoselas con otras recepcionistas que trabajaban por turnos y su trabajo en el periódico era lo suficientemente flexible como para que su ausencia allí no afectara a la publicación, pero tenía que volver al trabajo para poder tener un sustento para las dos y tenía que enviar más curriculums y dejar

de preguntarse cuándo volvería a ver a Holt y…

–Tengo que parar. Y sobre todo tengo que parar de pensar en Holt –susurró. Pero eso no era fácil. No podía evitar recordar cómo había ido a rescatarla y cómo había ahuyentado gran parte de sus miedos. Tampoco podía olvidar lo incómodo que parecía haberse sentido a su lado ahora que había nacido la niña.

Había recibido un e-mail suyo esa misma mañana:

He encontrado un candidato potencial. Voy a viajar a Chicago para hablar con él.

Ya estaba. Ni un «¿Cómo estás? ¿Cómo te encuentras? ¿Cuándo podemos volver a vernos?».

–Se ha olvidado de nosotras, Izzy.

Probablemente la situación en el hospital y cómo ella había gritado y se había expresado en esos momentos le había disgustado. «Bueno, ¡qué más da! Si así tiene que ser, estoy mejor sin él».

Pero mientras había estado recuperándose, él había encontrado un candidato para el puesto de médico. Las cosas estaban avanzando y ella también tenía que hacerlo, tenía que moverse, tanto en el proyecto como en su vida. El día anterior le habían hecho una entrevista telefónica para un puesto de trabajo que no había salido bien, pero al menos le había demostrado que su currículum no era tan terrible. Algo surgiría, y surgiría más deprisa si terminaba el proyecto. Tenía que terminar con Holt. Rápido.

Izzy estaba empezando a gimotear y Kathryn la arrulló. En cuanto la pequeña se acurrucó contra su hombro y todo quedó en un maravilloso silencio, sonó el timbre.

Kathryn se sobresaltó y el corazón casi se le detuvo antes de empezar a golpetearle el pecho descontroladamente. Desde que vivía allí, Holt había sido la única persona que había llamado a su puerta.

La necesidad de mirarse al espejo fue intensa, pero se resistió. Por un lado sabía que tenía ojeras, pero por otro lado sabía que mirarse al espejo demostraría algo malo, que le importaba lo que Holt pensara de su aspecto.

Abrió la puerta y allí se encontró a Jess Jameson. La mujer tenía una expresión ligeramente avergonzada.

–Siento mucho no haber venido antes, Kathryn. Y bueno… la cuestión es que… debería haberlo hecho. Hemos estado tan inmersas en nuestras vidas que ni siquiera te dimos una fiesta de regalos para el bebé. Pero ahora hemos reunido algunas cosas, si te parece bien.

A Kathryn le hacía sentir algo incómoda pensar que era la hermana de Holt la que estaba ahí, en su puerta. Sacudió la cabeza.

–Por favor, no te disculpes. Yo también he estado ocupada y trabajando. No era necesario que hicieras esto.

–Claro que sí. ¡Acabas de tener un bebé! Un bebé precioso. ¿Puedo… entrar con esto?

–Eh… sí, por supuesto. Gracias –Kathryn dio un paso atrás para dejarla pasar. La mujer llevaba dos bolsas de la compra.

–Te lo dejaré aquí. Hay ropa, pañales y… no sé qué más. Y además de cosas para el bebé, te he traído algo de comida casera. Mi especialidad.

Kathryn lo sabía. Jess tenía una pastelería y sus postres podían hacer a una persona desmayarse de placer.

–Muchas gracias. ¡Haces los mejores pasteles que he probado nunca!

–Bueno, una mujer que acaba de tener un bebé se merece mimarse un poco, creo –y entonces miró a Izzy y suspiró–. ¡Es tan preciosa! Espero darle a mi Brady un hermano o una hermana algún día. Y tanto si es niño como si es niña, espero que tenga el pelo de Johnny. Ese hombre tiene un pelo que es una delicia acariciar.

A Kathryn no le parecía buena idea asentir al comentario, por si Kathryn pensaba que estaba deseando a su marido o deseando su pelo. O peor aún, podría pensar que era en realidad el pelo de su hermano en lo que estaba pensando… lo cual era verdad. Y embarazoso. Aun así…

–Johnny tiene un pelo muy bonito –dijo suavemente–, pero seguro que él piensa lo mismo de tu cabello. Podríais tener uno de cada.

Jess se rio mientras Izzy gorjeaba feliz. Tenía una risa muy bonita y le había llevado muchas cosas para el bebé y comida deliciosa de su pastelería. Eso, junto con las cosas tan agradables que dijo sobre su hija, hizo que a Kathryn se le saltaran las lágrimas.

Inmediatamente Jess se mostró preocupada.

–Lo siento mucho, ¿he venido en mal momento?

–No, has venido en un momento perfecto. No pasa nada, son solo las hormonas. Solo estaba pensando en lo amable que eres.

–¡Oh, cielo! –dijo dándoles a madre e hija un abrazo–. Soy yo la que debería estar llorando. Debería haber venido antes de que tuvieras al bebé. Todos deberíamos haber pensando en ello. Sabíamos que estabas embarazada, pero…

–Sabíais que no tenía pensado quedarme. Por favor, no te disculpes por no haberme celebrado una fiesta. Yo también creía que ya me habría ido para cuando Izzy naciera. No había razón de que me hubierais ayudado.

–Las cosas no funcionan así. Los vecinos ayudan a los vecinos aunque sean vecinos temporales. Voy a reunir a las tropas y vamos a ayudar a montarte una habitación para la bebé, aunque sea temporal.

–Ya tengo una.

Jess pareció sorprendida.

–¿Sí? Déjame verla, solo para saber qué tienes y qué no.

–Está ahí –y la condujo hasta el cuarto–. Pero de verdad, no tenéis que…

–Sí que la tienes. Creía que… Él me dijo…

–¿Él?

–Oh, oh…

–Supongo que estamos hablando de tu hermano.

–No tenías que saberlo.

–¿Te ha metido en esto?

–Me insinuó que una mujer con un bebé podría necesitar algunas cosas, pero no estaba seguro de qué cosas… bueno, ya conoces a Holt… no es que se sienta especialmente cómodo con estos temas, así que lo dejó caer y después hizo como si no quisiera hablar más del tema. Estoy de acuerdo con él en que puede que necesites cosas. Lo has hecho genial, pero si algunas mujeres del pueblo nos reunimos, podemos hacerlo todo mejor.

–No quiero que te veas obligada a hacer nada. Lo odiaría.

–Holt tenía razón y aunque los dos seamos muy distintos, somos Calhoun y por eso compartimos una cualidad. En cuanto algo se nos mete en la cabeza, lo seguimos. Quiero ayudar. Intento ayudar. ¿Me

dejas hacerlo?

–Pero, Jess, ¿y si me marcho la semana que viene? No sé cuándo podría salirme un trabajo.

–Pues empaquetaremos todas tus cosas y te mudarás a tu nueva vida, con tus nuevas cosas para la bebé. Vamos, Kathryn, será divertido. No solo para ti, sino para mí también. Me encanta comprar cosas para bebés. ¿De acuerdo?

–No estoy muy segura de esto.

–Vas a conseguirnos una clínica y un médico nuevo.

–Aún no lo he hecho.

–Pero lo harás. No te conozco bien, pero sé que tienes a Holt.

Eso sí que era decir mucho porque ni tenía a Holt ni lo tendría nunca.

–Por favor, deja que te demos un poco a cambio.

–De acuerdo, pero solo un poco. Por Izzy.

Jess sonrió.

–¿Jess?

–¿Sí?

–No sé cuándo veré a Holt, pero dale las gracias de mi parte. Ha sido muy amable al hacer esto teniendo en cuenta lo incómodo que se siente con los bebés.

–Se lo diré, pero me guardaré el comentario sobre los bebés.

–Lo siento, no pretendía… no ha sido una crítica. Mucha gente se siente así con los bebés.

–En el caso de Holt podría ser algo más complicado.

Kathryn enarcó una ceja y esperó. Jess estaba sacudiendo la cabeza.

–Probablemente no debería haberlo dicho. Es pura especulación, porque Holt nunca habla de su vida personal. Sé que hay mujeres que lo han querido, pero que no lo han conseguido, y no sé mucho más. Mi hermano es como una tumba cuando se trata de emociones. No habla mucho, no comparte ninguna opinión y así ha sido toda su vida. Así que solo me baso en el hecho de que estaba comprometido con Lilith Kingston y que después ya no lo estaba. Tuvieron una gran discusión y hay gente que dice que ella lo engañaba, que incluso pudo haberse quedado embarazada, pero no conozco los detalles. Se mudó y él nunca me dio esa información. Seguro que se lo lleva a la tumba. Pero para que lo sepas, estoy segura que de Holt

no le haría daño a un bebé.

–Yo jamás pensaría eso. No importa que no le gusten los bebés.

–Sí que importa. Cuando una mujer tiene un hijo, quiere que todo el mundo lo quiera y le duele ver que alguien no lo hace. Pero Holt es… Holt. Nunca cambiará.

–No pretendía intentarlo. No tenemos una relación tan estrecha.

Jess se quedó mirándola unos segundos y después suspiró.

–Bueno, qué más da. Creía, mucho creíamos, que tal vez estabas enamorándote de él, pero supongo que es bueno que no sea así. Vas a marcharte y Holt nunca se irá. Me temo que está unido al rancho más de lo que jamás lo estará a cualquier mujer. Tal vez le cuenta sus secretos al ganado, pero lo que está claro es que no los comparte con nadie más.

–Pero es un buen hombre.

Jess se rio.

–Por supuesto. Es el mejor. Se ocupa de todo el mundo.

«Incluida yo», pensó Kathryn después de que Jess se hubiera ido. La gente tenía necesidades y Holt las atendía. Lo hacía como si no le supusiera nada, pero debía de ser una gran carga. Tendría que dejarle claro que ella no necesitaría mimos ni cuidados.

Había llegado el momento de dejar claro que estaba al mando del proyecto de la clínica. «Y ni siquiera pensaré en Holt como hombre. Al menos, ya no».

Levantó el teléfono y marcó. Nancy le pasó el teléfono a Holt y al instante pudo oír esa voz tan profunda y sexy. Inmediatamente entendió por qué todas esas mujeres siempre estaban intentando captar su atención.

–Algo va mal –le dijo él.

–No. Sí. Solo quiero que sepas que no quiero que me conviertas en una obra de caridad.

–No tengo ni idea de lo que estás hablando.

Ella se sintió avergonzada y recordó las palabras de Jess.

–Pues entonces sigue pensando de ese modo. Soy una mujer independiente y sé cómo hacer las cosas.

–¿Algo te ha cabreado, Kathryn?

¿Además del hecho de que su voz estuviera haciéndola pensar en sábanas arrugadas y revueltas y en cosas en las que no debería estar pensando?

–No, estoy bien, muy bien. Estoy sobreviviendo. No pasa nada malo. No necesito nada. Nada. Nada en absoluto.

–Bien. Entendido. ¿Para eso me has llamado? ¿Para decirme que no necesitas nada? –parecía muy enfadado.

–Bueno, sí. Y para una cosa más. Estoy lista para empezar de nuevo. Con el proyecto de la clínica –aclaró–. Quiero reunirme contigo para hablar de ello.

¿Había sido eso un gruñido?

–¿Holt?

–Sigo aquí. Kathryn, acabas de tener un bebé.

–Soy consciente de ello. Fue hace dos semanas. Tengo que seguir adelante con mi vida –para poder apartarse de Holt y de todas las sensaciones inquietantes que despertaba en ella.

Silencio por un instante.

–De acuerdo. Terminemos con esto de una vez.

Bien. Él también quería terminar, pero, ¿por qué ahora no le parecía tan bien?

–¿Cuándo?

–Mañana estaré fuera del pueblo. ¿Pasado?

–Allí estaré.

–No con ese coche.

–Sí.

–Kathryn…

–Holt. Es mi vida, mi coche, mi mundo. Pronto me iré y conduciré ese coche y ni siquiera pensarás en ello porque ya no estaré en tu vida. Acostúmbrate. Voy a conducir mi coche. Es seguro –bueno, razonablemente seguro, aunque sabía que no lo parecía–. Y tengo móvil. Solo tengo que ponerle unos minutos más de saldo.

–¿Qué significa eso? ¿Que ni siquiera tienes un teléfono en condiciones?

Kathryn enfureció. Por un segundo Holt se había parecido a James cuando decidió que ella no era la clase de mujer que quería que fuera. Lo cierto era que no podía permitirse un teléfono de verdad con una tarifa cara, pero para casos de emergencia, tenía uno de esos de prepago. No obstante, últimamente no lo había necesitado porque podía llamar a gritos a cualquiera que estuviera en el centro del pueblo y porque apenas había salido desde que Izzy

había nacido. El día anterior se le habían agotado los últimos minutos que le quedaban.

–Soy una adulta responsable y tengo todo bajo control, ¿de acuerdo?

Él no respondió.

–Holt, sé lo que haces. La gente acude a ti con problemas y tú los solucionas. No soy una de esas personas. No necesito que me soluciones la vida. Solo necesito que me ayudes con la clínica, pero eso es básicamente para Larkville. Yo quedo al margen, ¿está claro?

–Cristalino –respondió él con una voz tan sexy como siempre–. Quedas al margen. Buena idea. Me gusta.

No tenía ni idea de qué había querido decir con eso, y ya que Holt colgó inmediatamente después, no tuvo oportunidad de preguntar. Aunque él tampoco le habría respondido de haberlo hecho. Era un hombre absolutamente frustrante. Se alegraba de que los dos solo fueran a tener que estar juntos un breve espacio de tiempo y estaba deseando que todo terminara. Quería sentirse bien y no estar preguntándose perpetuamente cómo sería volver a besarlo.

Holt se despertó nervioso la mañana en la que Kathryn iría al rancho. El médico candidato de Chicago no había superado la prueba y Holt le había enviado un e-mail para decírselo. Después había enviado más ofertas para el puesto, había hecho más llamadas y había pedido favores a pesar de que era algo que odiaba hacer.

«Estoy deseando que esto termine», pensó. Durante toda su vida había sido ese tipo al que todo el mundo había recurrido y la mayoría de las veces no le había importado. Existía una relación simbiótica entre el rancho y la gente del pueblo de la que él formaba parte.

La gente necesitaba alguien en quien apoyarse y, por alguna razón, un ranchero parecía encajar con su visión romántica de quién debía ser esa persona. Había aprendido a atender todas las solicitudes con calma; conocía las reglas, qué esperar y cómo actuar.

Pero desde el principio, Kathryn lo había descolocado. Estaba claro que tenía necesidades, que le vendría bien algo de ayuda, y

también estaba claro que, a nivel personal, no quería aceptar su ayuda. ¿Qué tenía que hacer entonces?

–Olvidarla –le dijo a un gato que había por allí.

El gato pareció lanzarle una mirada asesina; era algo que a los gatos se les daba bien. De acuerdo, aún no podía olvidarla, le había hecho una promesa y tenían un trabajo que hacer juntos. Pero lo que tenía que hacer era dejar de pensar en ella como mujer.

–Holt –una suave voz sonó tras él y se dio la vuelta.

Ahí estaba, vestida de azul claro y con la niña acurrucada contra su pecho en un portabebé de tela. Lo único que podía ver de Izzy era su cabello claro y sus pequeños brazos y piernas asomando. Algo le atravesó el corazón, un vestigio del tiempo que había pasado con Lilith; un recordatorio de que eso no era para él, de que no era su camino. Miró la expresión preocupada de Kathryn.

–¿Lista?

Ella asintió.

–Me he preocupado un poco cuando Nancy me ha dicho que estabas lejos de la casa.

–¿No te fiabas de que fuera a cumplir con mi palabra?

–No, no es eso. Es solo que… Ya me he acostumbrado a llevarme decepciones.

Él la miró sabiendo que estaba pensando en sus padres y en su exmarido.

–Yo no soy como esa gente.

Kathryn lo miró a los ojos.

–Lo siento. Sí, lo sé.

–Sea lo que sea lo que tus padres y tu marido te hicieron…

–No importa. Lo he superado y ya no me importa. Estás aquí. Yo estoy aquí. Tenemos trabajo que hacer, así que si estás listo, deberíamos irnos.

Estaba claro que no lo había superado si le había preocupado que él pudiera decepcionarla, pero había terminado sus palabras con una gran sonrisa y la mirada iluminada.

–¿Y adónde vamos?

–Estaba pensando… Tengo una idea. ¿Te importaría enseñarme un poco el rancho mientras hablamos? Tengo que pensar… o mejor dicho, tengo que ver si lo que me estoy imaginando funcionaría.

–Es solo un rancho –no quería pensar por qué se mostraba tan

reticente a mostrarle el rancho, pero lo sabía muy bien. Lilith siempre había tenido dos quejas sobre él: que el rancho no era lo suyo y que tenía zonas muy sucias.

Kathryn estaba mirándolo fijamente.

–¿Qué?

–Es tu casa, esto lo es todo para ti ¿y solo puedes decir que «es solo un rancho»? Sí que eres un hombre de pocas palabras.

Y esa había sido la otra queja de Lilith: que no tenía intención de compartir sus pensamientos ni su alma con ella.

–¿Necesitas muchas palabras?

Ella ladeó la cabeza y posó una mano sobre la cabecita de la pequeña; un gesto del que Holt desearía no haberse percatado.

–Me gustan las palabras –dijo Kathryn finalmente–. Me gusta la franqueza, pero tú y yo no tenemos que ser francos. Solo somos compañeros de trabajo, así que mientras sigas dispuesto a ayudarme con la clínica, yo soportaré tu miedo a la comunicación.

Él la miró con furia, solo le faltaba gruñir, pero ella enarcó una ceja y le lanzó una sonrisa traviesa.

–Sigo queriendo ver el rancho.

–¿Una vuelta por el rancho? Eso está hecho –y cuando se giró para marcarle el camino, se rozaron, todo su cuerpo se encendió y eso le hizo darse cuenta de lo mucho que había deseado tocarla. Durante días.

Lo cual… no era nada bueno.

Capítulo 9

«IGNORA ese roce. Solo ha sido un accidente. No hagas caso a todas esas sensaciones», se ordenó Kathryn, pero no era fácil hacerlo. Se pasaba la mitad del tiempo resistiéndose a su deseo de besarlo, y el resto del tiempo quería salir corriendo y alejarse de él todo lo posible. Le hacía sentir cosas que no debía sentir. Y eso era un problema.

Cuando se marchara de allí tendría que asegurarse de saber que no necesitaba el apoyo ni el afecto de nadie, porque necesitar a la gente siempre había sido su perdición.

Por eso le era tan difícil aceptar lo que estaba recibiendo desde el nacimiento de la bebé. Ellie Jackson le había regalado un precioso traje para Izzy y las dos habían creado un pequeño vínculo desde entonces. De pronto estaba empezando a conocer a mujeres que no había conocido la última vez que había estado allí.

Otros regalos anónimos habían aparecido en su porche y la idea de que Holt estuviera detrás de todo eso la hacía actuar con cautela.

Por otro lado, incluso las personas más independientes a veces tenían que trabajar con otra gente para conseguir sus objetivos.

–¿A qué viene ese repentino interés por el rancho? –le preguntó Holt con esa voz sexy y ella deseó que no fuera un sonido tan… viril. Sobre todo desde que seguía intentando olvidar lo que había sentido cuando sus cuerpos se habían rozado accidentalmente hacía un momento.

«Céntrate», se dijo.

–¿Aquí tienes lugares donde podría alojarse gente?

–¿Gente? ¿Tú?

Ella se sintió sonrojar y miró al horizonte como si le resultara una imagen de lo más interesante.

–No yo, otra gente. Gente de la ciudad. Gente que quisiera venir a visitar el rancho.

–Esto no es un rancho para turistas.

–Lo sé, y no pretendo que lo conviertas en uno.

–Bien, porque este rancho no solo me pertenece a mí. Somos

más Calhoun y ahora hay unos cuantos hermanos más, como habrás oído.

–¿Cómo te sientes por el hecho de que tu padre tuviera otros hijos? No sabías que existían hasta hace unos meses.

Él enarcó una ceja y ella volvió a sonrojarse.

–No quiero fisgonear. Solo digo que… bueno, tiene que ser un impacto enterarte de que tienes medio hermanos y hermanas.

–Mi padre no estaba casado con mi madre por entonces, así que no es asunto mío. Soy el gerente del rancho Calhoun. Si hay otros hijos, nada de eso cambia mi posición.

Kathryn sintió una urgente necesidad de besarlo para ver si podía hacerlo reaccionar de algún modo, para descubrir si había sentimientos de verdad bajo esa fría fachada, pero el calor que la recorrió ante esa idea le dijo que sería mala idea hacerlo. Que sería un desastre porque por mucho que él fuera un hombre de acero, ella… por desgracia… seguía siendo humana.

Respiró hondo.

–Prometo no hacerle daño a tu rancho.

Para su sorpresa, él sonrió ligeramente.

–No era eso lo que me preocupaba exactamente.

–Pero has dicho…

–Solo estaba advirtiéndote sobre lo que permitiría y lo que no. ¿Por qué estás pidiéndome que dé alojamiento a gente en el rancho?

–Quiero celebrar una recaudación de fondos aquí. Solo un día o un poco más de un día.

–¿Una recaudación de fondos aquí? ¿Qué clase de evento sería?

–No gran cosa. Solo un día en el rancho para que la gente viera cómo funciona y tal vez dejar que se implicaran un poco en la rutina durante un día o una noche y un día.

Él no dejó de mirarla y ella se sentía como si llevara la ropa demasiado apretada a pesar de que ya había empezado a intentar recuperar la línea.

–Además podríamos celebrar una venta de pasteles, concursos de animales, y tal vez un rodeo.

–¿Quieres convertir el rancho en una feria?

–Tal vez solo en un pequeño rodeo porque es la clase de cosa que la gente de la ciudad, la gente con dinero, pagaría por ver. Así

podrían disfrazarse y fingir que son vaqueros por un día. A la gente de la ciudad le gusta eso y si además les das información sobre la clínica y les explicas lo que intentamos hacer con el dinero, les gustará aún más. Puede que incluso hagan donaciones. Eso siempre hace que la gente se sienta mejor, saber que pueden hacer algo bueno a la vez que se rinden a sus placeres y fantasías.

Esa sexy ceja de Holt se enarcó más todavía.

–Para ya.

–¿Que pare qué?

–No te hagas el inocente conmigo, Holt Calhoun. Puede que no seas muy expresivo, pero sabes cómo hacer que una persona se sienta como si haya dicho algo… lascivo, cuando lo único de lo que estaba hablando, de lo que estoy hablando, es de algo perfectamente inocente.

–Si sigues utilizando palabras como «placeres» o «fantasías» y «lascivo», aquí vamos a tener un problema –ahora ya no estaba sonriendo.

Y Kathryn se sentía algo lasciva, aunque por suerte, no podía hacer nada remotamente lascivo dos semanas después de haber dado a luz.

En ese momento, y mientras tenía la otra mano posada sobre la cabecita de Izzy, la pequeña emitió un pequeño gemido y sin poder evitarlo, Holt la miró y al instante desvió la mirada, como si ese gesto le hubiera quemado.

–No tenía ningún sitio donde dejarla. Lo siento. Sé que estar cerca de ella te hace sentir incómodo.

–Ese es mi problema, no el suyo –la intensidad de su expresión, esa forma que tenía de mirar a la gente a los ojos hizo que sintiera ganas de dar un paso atrás. Si pudiera llegar hasta el alma de un hombre como Holt, ¿qué encontraría?

Calor, pensó. Poder. Pasión contenida durante mucho tiempo.

–Perdona, tengo que sacar a Izzy del sol. Ahora vuelvo –corrió hacia la casa sintiéndose como una cobarde, pero no le gustó la dirección que habían tomado sus pensamientos. Odiaba no poder controlarse cada vez que estaba cerca de él.

«Corre», le decían sus sentidos.

–No te atrevas –susurró para sí–. No –respiró hondo y entró en la casa.

Nancy estaba en la cocina.

–¿Habéis discutido Holt y tú?

–No. Es solo que… Holt…

–Sí. Es un buen hombre, pero no es fácil de tratar. ¿Te marchas?

–No. Tenemos planes que organizar, pero… –miró a su hija con gesto de culpabilidad, como si estuviera acostumbrándose a utilizarla como excusa, tal como habían hecho sus padres con ella–, ¿hay algún sitio donde pueda tumbar a Izzy? Me he traído el cuco.

–¿Un cuco? Tengo algo mejor que eso. Ven, cariñito. ¿Me la dejas? –preguntó estirando los brazos.

–¿Estás segura?

Nancy arrulló a la bebé.

–No tenemos bebés por aquí porque Brady ya no lo es, así que voy a disfrutarlo mucho. Ve a ocuparte de lo que Holt y tú tengáis que hacer.

–Gracias –dijo Kathryn. Podía ver que Nancy daría su vida por un niño, pero aun así le resultaba difícil alejarse de Izzy. La besó en la cabeza y se giró para marcharse.

–¿Kathryn?

–¿Sí?

–Sé que es un hombre brusco en algunos aspectos, pero un hombre como Holt, que se lo guarda todo dentro, ni olvida ni perdona fácilmente. Lilith vivió en Larkville cuando estaban prometidos. Había rumores que decían que estaba embarazada y que él se enteró por otras personas. Se dijeron más cosas, pero no sé cuánto fue inventado y cuánto fue real. Holt nunca dijo nada, pero por cómo se comporta con los bebés, creo que sí existe la posibilidad de que hubiera un bebé de por medio. Probablemente nunca lo sabremos, porque nunca se abre, pero es un buen hombre.

Ahí estaba otra vez.

–Lo sé –y era verdad. También sabía que Holt era un hombre poderoso. Demasiado poderoso para alguien como ella. Y ahora que sabía que sí que tenía problemas con los niños, había cosas que no podía olvidar–. Gracias de nuevo.

Salió y buscó a Holt, que estaba en una escalera reparando unos listones de un cobertizo.

–No quería haber tardado tanto.

–No has tardado. Si vamos a abrir las puertas del rancho,

debería tener el mejor aspecto posible.

Ella sonrió.

–Qué fácil es convencerte, Holt.

–Soy un hombre muy práctico. Además, será una buena preparación para el Festival del Otoño.

Interesante. No le gustaba mucho su idea, pero aun así iba a llevarla a cabo.

–No sugeriré nada que produzca desperfectos temporales.

Él se rio. Se rio de verdad y resultó un sonido grave y sexy. Se miraron.

–Los desperfectos temporales se producen todo el tiempo, pero la tierra es robusta.

Como él.

–Aunque la destruya el fuego, el viento o el agua, se recuperará con el tiempo.

No como él. Lo que fuera que le había pasado con su prometida, lo había dejado marcado, o tal vez siempre había sido así. Era imposible saberlo porque él no diría nada.

–De acuerdo, pero lo trataré con respeto.

–Te lo agradezco.

–Y…

–¿Qué?

–El día que hagamos esto…

–¿Con «esto» quieres decir el rodeo, la venta de pasteles, la fiesta vaquera…?

–Sí. Pensaré en un nombre –le prometió sacándole otra sonrisa–. El día que lo hagamos, ¿te parecería bien que los visitantes trajeran a niños y bebés?

Él se acercó.

–No soy un ogro, Kathryn.

–Lo sé.

–No. No estás segura.

–No, sé que no lo eres. Me ayudaste en el hospital, ayudas a todo el mundo. Lo que sucediera entre tú y… y la mujer con la que ibas a casarte no te ha impedido seguir haciendo cosas buenas.

Él maldijo antes de maldecirse otra vez por haberlo hecho.

–¿Ya ha estado Nancy contándote algo?

–No. Parecía preocuparle que yo fuera a juzgarte, pero no lo

haré. Estoy segura de que tienes buenos motivos para sentirte como te sientes.

Él no dijo nada.

Ella suspiró y se dio la vuelta.

Holt se giró al mismo tiempo y de pronto estaban muy juntos.

Y él estaba mirándola.

–Tienes una mirada confiada, Kathryn. No confíes demasiado en mí.

Ella quería decirle que no lo haría, pero él estaba cerca y era muy grande, muy… Holt.

–No lo haré –logró decir finalmente y posó una mano sobre su brazo.

Él se inclinó hacia ella y Kathryn se sintió a punto del desmayo.

–Sería muy malo para ti –le dijo casi con un susurro–, si hiciera lo que quiero hacer y te besara ahora mismo.

Ella se quedó allí esperando, temblando a pesar del calor, deseando que la tocara.

«¿En qué estoy pensando? Enamorarme de este hombre, que ni me quiere ni puede mirar a mi hija, me destruiría».

–Es bueno que seas un hombre que sabe controlarse –dijo retrocediendo un poco.

–Eso es lo que siempre me digo –y se dio la vuelta–. Envíame una de esas bonitas listas que preparas con todas las cosas que quieres hacer en el rancho y cuándo quieres hacerlas. Y dime qué tengo que hacer –añadió al salir.

«Volver y besarme», pensó ella. «O quedarte quieto mientras yo te beso a ti. Eso es lo que tienes que hacer». Pero, por supuesto, no se lo dijo. Habría sido una locura, habría dado comienzo a algo que solo podía terminar mal.

Y aun así, horas más tarde, deslizó los dedos sobre sus labios imaginando que era Holt besándola, soñando como había hecho años atrás. Había mujeres que nunca aprendían y, al parecer, era una de ellas.

Capítulo 10

DURANTE la semana siguiente Holt se maldijo por haber estado a punto de besar a Kathryn y, más todavía, por haberle dejado saber que quería hacerlo. Acercarse a ella solo podía acabar en desastre porque ella se marcharía y él se quedaría. Tenía un bebé, era una mujer a la que habían hecho daño y él podía ser un hombre muy brusco. Desde que había llegado Izzy, había dejado de bromear con ella y lo echaba de menos, aunque era lo más sensato porque bromear hacía que se rieran y, a veces, que se tocaran. Y tocar a Kathryn podía llevarlo a lugares a los que no debía ir porque uno de los dos terminaría siendo muy infeliz.

Pero el recuerdo de su mirada cargada de confianza no dejaba de acecharlo y ardía en deseos por besar sus labios mientras se conformaba leyendo e-mails que por asunto llevaban el nombre: «Un día vaquero». Sonrió y escribió:

Me gusta.

Ella le contestó:

Qué gran halago viniendo del hombre de pocas palabras.

Después él preguntó:

–¿Qué tengo que hacer?

–Ser el ranchero jefe. Necesito que te muestres como un hombre distante, brusco, un hombre de la tierra. ¿Crees que podrás hacerlo?

Estaba bromeando y eso era algo que él había echado de menos. Estuvo a punto de ir a su casa pare decírselo, pero se resistió.

–¿Quieres que insulte a los visitantes y que les diga que les daré una buena azotaina si no hacen bien sus tareas?

–Puede que eso les guste, pero por otro lado no queremos arriesgarnos a que nos demanden y queremos que suelten su dinero. Sé

encantador con las señoras (pero no demasiado, no queremos que aleguen que las has engatusado) y haz que los hombres piensen que son «uno de los chicos». Enséñales a ser rudos rancheros y halágalos por lo bien que lo hacen.

–No se me da muy bien fingir.

–Es una pena. Aprende.

Él casi pudo oírla reír.

Haré un esfuerzo, pero creo que algo de semejante magnitud necesitará que haga algo más que hacer de vaquero. Dame toda la lista de lo necesario para este proyecto, todo lo que hay que hacer.

Kathryn bromeó un poco más y él le contestó del mismo modo.

Te esforzaste mucho para lograr que me uniera al proyecto. ¿Qué pasa ahora? ¿Por qué estás conteniéndote ?

Ella no respondió y fue ahí cuando él decidió hacer algo: tomar el control.

Kathryn no sabía qué había pasado. Había estado ahí sentada intentando pensar cómo decirle a Holt que su simple plan de «un día vaquero» se había convertido en mucho más de lo pretendido. No le haría ninguna gracia tener a un montón de gente por allí. Pero cuando decidió que era mejor decírselo, decirle la verdad directamente y recordarle que ella lo tendría todo bajo control, lo cual no era el caso, él se había desconectado. Y al cabo de un momento, alguien llamó a su puerta.

El corazón se le aceleró. Ya era de noche y estaba sola, y aunque estaba en Larkville, incluso allí había extraños. Fue a la habitación de Izzy, la besó en la frente, cerró la puerta y se asomó a la ventana.

Holt estaba en el porche iluminado. Mandíbula angulosa y tensa, firmes músculos, piel bronceada por muchas horas bajo el sol. Al instante, todos sus instintos femeninos le hicieron atusarse el pelo, ponerse derecha y cambiarse de ropa.

«Olvídalo», se dijo. No vas a hacer eso. Ya lo intentaste cuando

eras más joven, ahora eres más lista.

¿Era más lista? «Por favor, deja que sea más lista», suplicó para sí al abrir la puerta.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó él nada contento.

–¿Abriendo la puerta?

–Ni siquiera has preguntado quién era. Podría haber sido cualquiera, alguien con malas intenciones.

Ella se cruzó de brazos.

–Te he visto por las cortinas, así que sabía que no eras peligroso –qué comentario tan ridículo. Cualquier mujer podía saber que estar con Holt era peligroso–. ¿O lo eres?

–Si tienes que preguntar eso, entonces puede que tal vez lo sea –parecía seguir muy enfadado.

Ella se quedó en la puerta bloqueando la entrada. No estaba segura de por qué, pero sabía que tenía que ver con estar en la calle, donde cualquiera podía verlos, donde nada podía resultar demasiado íntimo.

–Holt, ¿qué haces aquí? ¿Y por qué has desconectado cuando estábamos hablando por el ordenador?

–Te he hecho una pregunta y no me has respondido al momento. ¿Qué pasa?

–Nunca pretendí que tuvieras que hacer tantas cosas. Solo quería que ayudaras con los contactos y lo has hecho, me has dado listas de gente que puede ayudar. Y quería tu ayuda para localizar a posibles médicos, has hecho llamadas, has viajado a Chicago y has hecho más llamadas. Quería que hicieras que la gente del pueblo se implicara y fuiste a la reunión y llevaste una barbacoa y hasta me has prestado tu rancho. Nunca pretendí absorberte tanto ni meterme en tu vida.

–Este es un gran proyecto, es un evento de recaudación de fondos. Tienes una hija. Tienes un trabajo. Dos trabajos.

–Lo del periódico no es mucho.

–No es eso lo que he oído.

Ella respiró hondo, casi asustada. James la había tenido vigilada todo el tiempo; había sido celoso, posesivo, siempre había estado dándole órdenes, diciéndole a quién podía y no podía ver, lo que podía y no podía hacer.

–Nancy dice que como tienes una niña recién nacida, seguro que

estás cansada todo el tiempo y que no duermes lo suficiente –le dijo–. Me costó unirme al proyecto, pero ahora estoy dentro y quiero hacer más.

Kathryn alzó la barbilla.

–No me gusta que me digan lo que tengo que hacer.

–A mí tampoco.

–Ya te he dicho que mi marido era un hombre despótico que insistía en dirigir mi vida y eso ya lo he dejado atrás.

–No será ningún problema. No estamos casados y no tenemos una relación. Solo estamos trabajando juntos.

Pero al hablarle, sus ojos estaban encendidos, como si desprendieran llamas que la atravesaban e hicieran que cada célula de su cuerpo pareciera estar vida.

–Bien, pero yo estoy al mando.

–Antes me has dicho que éramos compañeros.

Lo había dicho, ¿verdad? Y era una mujer de palabra. Suspiró.

–De acuerdo, pero no te pongas en plan neandertal conmigo, ¿eh? James siempre hacía eso, pensaba que yo era idiota.

–No me importa lo que pensara James y si a mí me dijera algo así sobre ti, probablemente le daría una paliza.

–No creo en la violencia.

–Entonces me alegro de que no te interese yo, porque tengo tendencia a utilizar mis puños cuando me enfado.

Ella se quedó atónita.

–Pero no con una mujer –aclaró apretando los dientes–. Jamás he pegado a una mujer.

–Lo sabía.

–Pues tu expresión ha dicho lo contrario. ¿Te pegaba James?

–No, pero me hizo daño. Por eso no… no quiero volver a estar con un hombre. Estoy mucho mejor sola –dijo preguntándose a quién intentaba convencer, si a él o a ella.

–Entonces estamos de acuerdo. No deberíamos tener problemas. Y si intento besarte, puede que lo haga porque sigo queriendo besarte, así que no te preocupes por ser una persona no violenta. Suéltame un buen guantazo, que no me vendrá mal, y así puede que me hagas recuperar el sentido.

Quería besarla. Seguía queriendo besarla.

–Sabes que no voy a abofetearte. He querido besarte desde el

primer día que te vi, todas las chicas querían estar contigo. Eras Holt Calhoun, el capitán del equipo de rugby, y sabía que estabas fuera de mi alcance, pero soñaba con que algún día me darías un beso. Era una chica increíblemente fantasiosa. Y ahora…

–Maldita sea, Kathryn, a un hombre no se le pueden decir esas cosas –la llevó contra la pared y bajó la cabeza–. No me digas eso porque entonces puede que haga esto –y la besó. Con suavidad al principio… y luego ya no tanto. ¡Ese hombre sí que sabía besar!

Kathryn dejó de respirar mientras pensaba: «Holt Calhoun está besándome. Y esta vez no solo para reconfortarme. ¡Por fin!». Y entonces, cuando Holt la besó con más fuerza, se le olvidó pensar. La volvió loca y le entregó la fantasía que una vez ella tanto había deseado.

Sentía como si todo su cuerpo estuviera hecho de neón azul, como si fuera eléctrico. Quería acercarse más, mucho más. Deslizó los dedos por ese sedoso cabello oscuro y, al hacerlo, se le escapó un suspiro de placer.

Y entonces, Holt se detuvo. Dejó de besarla y durante unos segundos todo quedó en silencio a excepción del fuerte palpitar del corazón de Kathryn. Después, él le agarró las manos y dio un paso atrás.

–No debería haber hecho esto. Ya no soy el joven que era el hombre de tus sueños. No creas que lo soy.

–No lo creo. Dejé de tener esos sueños.

–Bien, porque nunca lo fui y nunca lo seré.

–Porque Lilith te hizo daño –no sabía de dónde habían salido esas palabras ni por qué había tenido la mala idea de decirlas, pero ya estaban ahí y no podía volver atrás.

Aunque deseó poder hacerlo porque si era posible que un hombre se convirtiera en un bloque de hielo, Holt sin duda lo había hecho ahora.

–No. Nunca fui ese hombre. No tengo esa clase de intensa emoción dentro de mí. Lilith me dijo que era una piedra y tenía razón, y aunque lo haya dicho ya, repito que no debería haberte besado.

Kathryn debía haber dejado el tema ahí, y antes lo habría hecho, pero ahora era más atrevida, más valiente. Tenía que serlo y lo que él había dicho…

–¿Entonces qué? ¿De verdad intentas convertirte en piedra? Porque no puedes decirme que un hombre como tú pretende pasarse el resto de su vida sin besar a una mujer.

–Nunca he dicho que no vaya a hacerlo, solo he dicho que no debería haberte besado. Tú eres distinta, más seria. Y tenemos una historia… Voy a intentar no volver a tocarte nunca.

Kathryn se sintió como si le hubieran echado encima un jarro de agua fría, a pesar de saber que Holt tenía razón porque veía cosas en él que no tenían por qué estar ahí. Tal vez en su interior aún quedaban restos de la antigua Kathryn que seguía queriendo que Holt fuera algo que jamás sería.

–Te ayudaré.

Él se mostró confuso.

–Te ayudaré a mantener las distancias –le aclaró–, pero aún tenemos que terminar lo que hemos empezado.

–Hecho. Vamos a hacerlo bien, le daremos al pueblo lo que necesita, te daremos a ti lo que necesitas y podrás marcharte. Solo estás de paso y ese plan es el mejor para todos.

Lo era, ¿verdad?

–De acuerdo. Te enviaré un esquema de lo que pasará el «Día vaquero», de lo que hará falta, y repartiré las tareas. Puedes vetar todo con lo que no estés de acuerdo, y después hablaremos.

–Seguramente no hará falta. A menos que no me des suficiente trabajo, no me quejaré. Hazlo de manera equitativa, cariño.

–No es la primera vez que empleas ese término. ¿Intentas tener el control de la situación dirigiéndome una palabra cariñosa en tono sexista?

Él parecía estar divirtiéndose.

–Solo me estoy metiendo en el personaje para el gran día.

–Esta vez lo haré bien –¿estaba refiriéndose a la lista o al beso…?–. Me refiero a lo de repartir las tareas.

–Bien –él se giró para marcharse y justo cuando plantaba un pie sobre los escalones del porche, un coche pasó por delante iluminando la casa y pudieron oír cómo la pequeña se sobresaltó.

Holt se quedó paralizado como una estatua.

–¿Estaba… estaba embarazada Lilith cuando la dejaste?

Él agachó la cabeza y apoyó las manos en su cintura.

–Déjalo, Kathryn.

De acuerdo, lo dejaría.

–No, mejor aún, no lo dejes. Te lo voy a contar. Creías que yo era el jugador de rugby ideal. Pues bien, era jugador de rugby, pero nunca fui un tipo romántico. Ni siquiera quiero serlo y nunca lo quise, pero Lilith odiaba que no hubiera estado a la altura de su fantasía, tal vez quería castigarme por no ser lo que ella quería en un marido o tal vez simplemente no quería un bebé. No lo sé. Lo que sé es que estaba embarazada y que no me lo dijo, sino que hizo gestiones para darlo en adopción. Así, sin más. Sin darme siquiera la oportunidad de reclamar a mi hijo. Me enteré después de que una amiga suya me lo confesara todo y los dos tuvimos una fuerte discusión. Me dijo que era demasiado frío, demasiado reservado, que sería terrible para un hijo y que era igual que mi padre y que cualquier hijo que tuviera sería, en parte, como yo. No quería criar un hijo así. No mucho después de eso me dijo que había abortado. Para entonces ya habíamos terminado, pero eso le puso un punto final a todo. ¿Y sabes qué?

Kathryn esperó.

–Tenía razón en lo que dijo de mí. No estoy listo para nada de eso y probablemente nunca lo estaré. Así que nada de sueños ni fantasías, nada de romance ni bebés. Tienes el plan correcto. Persigue tus sueños, cría a tu hija y no hagas caso del romanticismo. Eso es lo que necesitas. Yo no tengo ninguna esperanza en ser romántico, así que sí, beso a mujeres, pero ahí queda todo. Cuando hayamos terminado aquí, sal corriendo, cariño. Aléjate de Larkville lo más deprisa que puedas porque me gusta besarte, me gusta mucho, pero sería muy mala idea que lo repitiéramos. Esto no tiene ningún futuro y tú necesitas un futuro.

Ella se quedó ahí, en silencio, y protestando mentalmente ante todo lo que había oído; sabiendo que él tenía razón y que tenía que tener cuidado cuando estuviera cerca.

–¿De acuerdo?

La respuesta correcta era «sí», y lo sabía. Tenía que decirlo, pero era una respuesta de niña pequeña, una respuesta forzada. Y a pesar de que él tenía razón en todo, no podía dejar que un hombre siguiera diciéndole lo que hacer.

–Me lo pensaré.

Él maldijo.

–No digas palabrotas delante de la niña. ¿Y, Holt?

–¿Qué? –preguntó con frialdad, furioso.

–No te preocupes. No me enamoraría de ti por nada del mundo ni esperaría nada romántico. Ya no soy así. Puede que vuelva a besarte antes de marcharme del pueblo, pero me marcharé en cuanto hayamos terminado. Así que sí, hagamos esto rápido. Tengo una vida que me espera.

Ya estaba, lo había hecho, pensó mientras él se alejaba con su coche. ¿Por qué estaba temblando? ¿Y por qué le dolían los labios, los brazos y todo el cuerpo?

Capítulo 11

COMO si ese beso lo hubiera puesto todo en marcha, las cosas empezaron a despegar en las semanas siguientes. Kathryn recibió una solicitud de más información por parte de una empresa a la que le había enviado el currículum. Si lo hacía bien, eso podría significar que pronto se marcharía.

Pero entonces, de repente, se le cayó el alma a los pies.

–Estoy muy emocionada –se dijo–. Y lo único que me preocupa es no haber terminado lo que he empezado.

Sí, eso era. Se sentó y le envió a Holt una lista de las actividades del Día Vaquero. Un poco después, él le respondió con unas cuantas preguntas tajantes.

Esto está siendo demasiado. ¿Estás segura de que quieras que sea un evento tan grande? ¿Y dónde quieres que se haga todo? ¿Cuántas personas necesitas para organizarlo todo? ¿Qué quieres decir con «cosas de rancho»?

–Bueno, hay está el problema –admitió.

Porque no estaba del todo segura, no quería cargar a Holt con todo, no quería aprovecharse de él como hacían todos los demás. Porque justo el otro día había oído por el pueblo que alguien iba a pedirle que lo ayudara a reparar su todoterreno y cuando el señor Hurdle estaba en la sala de espera le había dicho a otro paciente que si el banco no le daba el préstamo, probaría con Holt. La gente solía acercársele por la calle, él anotaba sus peticiones y les echaba una mano siempre que podía. Así era su vida allí. Era un buen vecino y amigo.

Se sintió mal al pensar en cómo lo había presionado y casi acosado y sabía por qué él había tardado en acceder: era porque había querido que pidiera favores, no al contrario. Por muy gruñón y brusco que fuera, no sabía decirle que no a sus vecinos. Así que a pesar de su insistencia en dividir el trabajo, ella no quería ser una más de los que se aprovechaban de él.

Suspiró. Lo cierto era que necesitaba su ayuda, toda la que pudiera darle. Y en cuanto a sus preguntas, aún no tenía todas las respuestas y sabía que solo había un modo de encontrarlas.

–Vamos, Izzy, cielo. Tenemos que ir a ver a un señor para preguntarle por un caballo, y por un perro y por un montón de cosas que no sabemos.

Izzy emitió esos sonidos que hacían los bebés y que Kathryn tanto adoraba.

–Lo sé, no le caes muy bien, y lo siento, cariño. Pero tiene sus razones y no vamos a hacerle cambiar de opinión. Holt es un buen hombre, pero tiene una coraza que no quiere que nadie atraviese.

Muchos hombres eran así y Holt podía tener buenas razones para serlo. No podía imaginarse lo que sería ser enterarse de que iban a dar a tu hijo en adopción sin que nadie te hubiera dado la oportunidad de reclamarlo para después acabar perdiéndolo de todos modos, perder a la mujer que amabas, perder el futuro que habías planeado… Lo único que sabía era que no era asunto suyo. No, si era inteligente.

Pronto acabarían sus asuntos con Holt. «Gracias a Dios», pensó mientras se dirigía al rancho. Por otro lado, no sentía que la hubiera besado lo suficiente… y quería que ese beso se repitiera.

Holt estaba lidiando con un becerro al que intentaba dar un biberón cuando vio una sombra. Alzó la mirada y allí se encontró a Kathryn mirándolo como si no lo hubiera visto nunca antes. Al instante se dio cuenta de que nunca lo había visto en esa situación. Estaba mirándolo como si se hubiera convertido en una persona distinta. Tenía un biberón en una mano mientras daba de comer al becerro y con la otra le sujetaba el cuello.

–Esto no parece una tarea propia del dueño del rancho.

Él contuvo una sonrisa y se encogió de hombros.

–Un ranchero no puede pedirle a su gente que haga cosas que él no haría.

–¿Es esa la regla número uno de un ranchero?

–Algo parecido.

–¿Por qué estás dándole un biberón?

–Su madre ha muerto y es pronto para destetarlo. Es algo que

pasa mucho. Los becerros pierden a sus madres o sus madres no pueden darles leche suficiente, así que tienes que asegurarte de que tienen la leche que necesitan. Es más fácil cuando el becerro es recién nacido. A veces puedes buscar otra vaca para que lo amamante, pero si tienes que hacerlo con biberón, se acostumbran al cabo de unos días. Este pequeñajo es un poco mayor, así que puede llevarnos unos catorce días. Los dos estamos empezando y por eso no está muy contento, pero es necesario. En muy poco tiempo vendrá pidiéndome su biberón.

–Me siento un poco idiota por haber vivido aquí siempre y saber tan poco sobre criar ganado.

–Supongo que sabemos lo que tenemos que saber. Nunca has tenido la necesidad de saber esas cosas –y tampoco había tenido la necesidad de saber cómo criar bebés–. ¿Dónde está la bebé? –preguntó como si no pudiera evitarlo.

–No te preocupes. No la llevo encima escondida en alguna parte de mi cuerpo. Está con Nancy. Ahora que ya tiene varias semanas, están comunicándose.

–A Nancy le gustan los bebés.

¿Por qué parecía que con eso había querido decir «¡A mí no me gustan los bebés!»? Eso no era cierto, el problema era que no había superado haber perdido al suyo. Aún quería a ese hijo y tal vez algún día aprendería a tratar a uno y tendría el suyo. Pero ahora no podía encariñarse con Izzy porque Kathryn se marcharía y no podría soportar perder otro bebé. Era mejor no vincularse a las cosas a las que tendría que renunciar.

–¿Has venido por lo de las preguntas? –le dijo intentando cambiar de tema y olvidar su incambiable pasado.

–He venido a decirte que nunca esperé que hicieras tantas cosas. Jamás habría acudido a ti si hubiera tenido contactos con gente que me hubiera podido ayudar a encontrar un médico o si hubiera tenido la influencia que tú tienes entre la gente del pueblo.

Holt se puso serio.

–¿Alguien te ha tratado mal?

–No, es más, han sido muy generosos conmigo. En mi porche no dejan de aparecer regalos para la bebé y he hecho amigas que nunca tuve cuando viví aquí antes. Estoy muy agradecida, sobre todo porque la gente no tiene por qué ser tan amable conmigo. En

mi adolescencia estuve por aquí sin relacionarme con nadie.

–No fue culpa tuya, me dijiste que tus padres te mantenían apartada del resto del pueblo.

–Pero cualquier adolescente normal se habría rebelado contra eso.

Él no pudo evitar reírse.

–¿Qué?

–Parece que te molesta mucho haberte saltado la fase rebelde de tu adolescencia.

–¿Y tú? ¿Fuiste rebelde?

Lo había intentado.

–Hice algunas cosas, di algún que otro problema, me cargué un coche o dos, me emborraché –y dejó embarazada a una mujer, aunque cuando eso pasó su adolescencia ya había quedado atrás. Aún lo llenaba de rabia haber estropeado tantas cosas–. Pero tuve que aprender a ir por el buen camino porque si no cuidas de tus animales el rancho puede peligrar. Tienes que programar bien tu época de gamberro porque, de lo contrario, todos salen sufriendo.

Ella se rio y ese sonido resultó de lo más suave, musical, excitante. Holt no pudo evitar gruñir.

–No me gruñas.

–No lo he hecho.

–Estabas mirándome cuando has gruñido.

Se preguntó si su marido también habría hecho cosas así.

–Oye, por cierto, ¿por qué te casaste con un tipo así?

Kathryn se sonrojó y desvió la mirada.

–Cuando era más pequeña y vi que las cosas iban tan mal, estaba deseando largarme y estar sola. Disfruté mucho en la universidad, pero cuando conocí a James, bueno, era un tipo que podía ser muy encantador y cumplido. Y cuando nos casamos, él estaba haciendo un doctorado y yo renuncié a todos mis planes para encontrar un trabajo con el que mantenernos. Pero cuando empecé a comunicarme con algunos de mis antiguos profesores que me sugirieron hacer un doctorado también cuando James terminara, las cosas se pusieron muy feas. James era celoso, necesitaba adoración constante y cuando me quedé embarazada… Bueno, aprendí mucho sobre los hombres controladores. No les gusta que les arrebaten ese control y todo fue culpa mía por no haberlo visto antes.

–Hay hombres que saben ocultar muy bien las cosas –era una advertencia. Para ella. Para él.

–Bueno, ahora tengo una armadura mejor y más efectiva que antes –le contestó desafiante.

–¿Ah, sí? –la miró como un hombre mira a la mujer que desea y ella se sonrojó aún más, pero no desvió la mirada.

–No puedes asustarme y hacerme creer que eres malo. A veces eres desagradable y queremos cosas distintas de la vida, pero veo lo que haces. Finges ser mezquino, pero no lo eres. Es más, eres un cachito de pan.

Kathryn estaba metiéndose en un terreno donde a él no le gustaba que nadie entrara.

–¿Para qué has venido, Kathryn? Tengo trabajo que hacer.

Ella resopló.

–Ni siquiera quiero admitirlo, pero me has hecho algunas preguntas cuyas respuestas desconozco, así que estoy aquí para averiguar las respuestas.

–¿Cómo dices?

–Ayúdame a aprender lo que pasa en el rancho y después te diré las actividades que quiero que tengamos. Y no pienso dejarte hacer todo el trabajo. Gracias a ti estoy conociendo a mucha más gente del pueblo y sé cómo hacer que colaboren. ¿Puedes encontrar algún hueco esta semana para enseñarme el rancho? ¿Cuándo te vendría bien?

Nunca. Le gustaba mirarla, acariciarla y escucharla. Y tenía esa bebé tan preciosa…

Se quedó en blanco un segundo.

–Puedo enseñártelo hoy –mejor acabar cuanto antes.

Ella miró al becerro, que se había terminado el biberón.

–¿Qué pasa con eso de tener que trabajar y mantener el rancho?

–Así es, pero ahora yo regento el rancho y tengo una cuadrilla en la que puedo confiar siempre que lo necesito.

–De acuerdo. Deja que vaya a ver cómo está Izzy y a hablar con Nancy.

Él iba a decirle que podían llamar a Nancy desde su móvil, pero después pensó que tal vez Kathryn tenía que hacer algunas cosas de mamá, como dar de comer a la niña. Además, ese rato le daría tiempo para pensar en el recorrido que harían.

Sin embargo, decidió acompañarla hasta la casa y, mientras lo hacía, se fijaba en cómo el sol se reflejaba en su cabello, inhalaba su perfume y dejaba que su cuerpo reaccionara ante ello. Todo eso podía llegar a ignorarlo… hasta que Kathryn le lanzó una sonrisa que no podría olvidar.

–Sé que enseñarle tu rancho a chicas de ciudad es lo último que te apetece hacer, pero confío en que no seas amable conmigo.

–Ni se me ocurriría.

Ella asintió y su sonrisa se desvaneció para convertirse en una expresión más seria, inquieta.

–Holt, tengo una entrevista de trabajo.

Lo cual significaba que era posible que pronto se marchara. Holt intentó ignorar la punzada que sintió en su interior.

–Es genial, felicidades.

–Gracias, pero eso significa que tengo que hacer todo lo que pueda por la clínica rápidamente. No quiero marcharme dejando el trabajo a medio terminar. Eso no estaría bien.

Él iba a decirle que terminaría el trabajo en su lugar a pesar de que esa idea lo hacía sentirse muy vacío, pero al abrir la boca, ella se le adelantó para decir:

–A pesar de mi licenciatura, nunca he hecho nada de esta magnitud y tengo que hacerlo bien. Yo… tengo algo que demostrarme.

–Entendido, pero incluso un ranchero necesita ayuda. Todos la necesitamos.

–Eso lo dice el hombre al que no le gusta pedir ayuda a la gente.

–Tengo empleados.

–Exacto. Son empleados. Les pagas. No están haciéndote ningún favor.

Él le lanzó esa mirada asesina que tanto había perfeccionado y ella se rio y le pellizco una mejilla.

–Pero que sepas que voy a tener que correr mucho hasta que esto esté hecho porque aunque voy a tener que pedir ayuda para algunas cosas, quiero hacer sola todo lo posible.

–Vas a enfermar.

Ella sonrió y se giró.

–No, y haré algo importante. Ayudaré a gente y además aseguraré mi futuro. Eso espero…

¿Qué tenía que decir él a eso?

–Ve a hablar con Nancy y haz lo que tengas que hacer con Izzy. Te daré una vuelta por aquí cuando hayas terminado.

Un ladrido hizo que Kathryn se girara para saludar a Blue; se arrodilló y le dio un buen abrazo.

–Hola, cielo –dijo recibiendo un buen lametazo.

«Qué inocente es», quiso haber dicho Holt al ver cómo se fiaba del perro a pesar de su imponente aspecto. Si la cosa no acababa pronto, esa mujer lo volvería loco.

–¿Qué? –le preguntó ella desafiante.

–He visto a hombres echar a correr al ver a Blue, pero tú ni siquiera lo hiciste la primera vez que lo viste.

–Supongo que pensé que aunque querías que me largase, no dejarías que tu perro me comiera.

Él no dijo nada.

–Sé que crees que soy una ingenua, pero no lo soy. Ya no. Y para demostrártelo, te diré el grupo de gente que se ha ganado mi respeto y mi amistad –mencionó a un grupo en el que se encontraban Jess, Nancy y él–. Y estas son las personas a las que no conozco lo suficiente como para saber si me fío todavía –y le dio otra lista–. Y estas son las personas que me hacen sentir incómoda –solo había dos personas en la lista y ambas eran malas. Al terminar, enarcó una delicada y sexy ceja y preguntó–: ¿Tengo razón o no?

–Lo estoy pensando –dijo y al oír la carcajada de Kathryn no pudo evitar sonreír, aunque eso ella no pudo verlo porque Holt ya estaba de espaldas.

Lo que él sí que podía ver era que Kathryn Ellis lo excitaba y que por muy arriesgado que fuera, volvería a besarla antes de que se marchara.

Capítulo 12

–NO SABÍA que este rancho fuera tan grande –dijo Kathryn mientras Holt la llevaba en coche por el perímetro de la propiedad y después por algunos caminos interiores.

–Tiene que serlo. El ganado necesita mucha tierra, mucha hierba.

–Y también tenéis caballos.

–Sí. Suficientes para hacer el trabajo que no se puede hacer desde un camión.

–¿Cuándo no podéis usar un camión?

–Si intentas atrapar a una vaca que se ha escapado, el camión puede ir más deprisa que un caballo, pero no maniobra tan bien y hay lugares a los que no puede llegar. Conduciendo un camión no puedes cambiar de dirección tan rápidamente como para atrapar a una vaca que no quiere que la atrapen. Y un caballo, una vez que se ha agarrado a la vaca, es más sensible a los movimientos del animal que el conductor del camión. Además, a muchos vaqueros les gustan los caballos, nos gustan por su historia y no queremos que desaparezcan del rancho, así que al menos aquí, hay días en los que los sacamos porque sí, porque creemos que es positivo. Un buen camión es una herramienta genial, pero un buen caballo y un vaquero… eso es un vínculo inquebrantable.

–¿Eso es lo que sientes por Daedalus?

–Es especial –respondió conteniéndose, no quería ponerse sensiblón delante de ella. Esa mujer ya había visto demasiado.

–Imagino que no te importará que la gente monte tus caballos el día del evento.

–Suponía que eso se daba por hecho.

–Bien, porque me gustaría montar a Daedalus. Nunca he montado en caballo.

Él detuvo el camión.

–Estás de broma, ¿verdad? Estamos en Texas, aquí eso es prácticamente un acto criminal –giró hacia la casa.

–¿Te he enfadado?

–Sí.

Kathryn suspiró.

–¿Qué?

–¿Es esa tu única respuesta?

–Has hecho una pregunta y la he respondido.

–¿Estás enfadado conmigo porque no he montado a caballo nunca?

–Estoy enfadado porque nadie supiera eso –paró el camión–. Vamos –dijo sorprendiéndola al agarrarla de la mano.

Ella intentó no saborear esa sensación de sus manos rozándose, pero había sido una de sus fantasías adolescentes: darle la mano a Holt. Y estaba resultando ser tan maravilloso como se había imaginado, tanto como la última vez que se habían tocado. Sentía calor, estaba temblando, y todo únicamente porque Holt estaba dándole la mano. ¿Qué haría si llegara a rodearla con sus brazos y la besara de nuevo?

«Idiota. Para ya», se dijo al intentar centrar su atención en cuestiones más prácticas.

Ni siquiera le preguntó adónde se dirigían, porque era obvio, o eso creía. Cuando llegaron al establo, él entró en lo que parecía el almacén y empezó a mirar a su alrededor.

–Estas servirán –dijo dándole un par de botas que parecían demasiado grandes–. Eran de mi madre, pero serán mejor que nada.

Kathryn se sentó y se puso las botas. Iba a montar a caballo y Holt iba a enseñarle a hacerlo. Le sonrió y él le devolvió la sonrisa, aunque solo un poco. El corazón le dio un vuelco.

«Tranquila», se dijo. «No reacciones». Pero ese hombre era demasiado y podía entender por qué Lilith no había soportado que no pudiera abrirle su corazón. Una mujer haría muchas cosas con tal de que un hombre así le dijera las palabras que quería oír, pero nada de eso excusaría las cosas que la exprometida de Holt había hecho. Sin embargo, sí que hacían que Kathryn entendiera un poco la situación y que se mostrara cauta.

–Llevas mucho tiempo queriendo hacer esto, ¿verdad?

–Nunca había pensado demasiado en ello, pero ahora que voy a hacerlo, me encanta cualquier cosa que me amplíe horizontes.

Cuando pasas tu infancia y tu matrimonio sumida en un vacío, cada nueva experiencia resulta excitante.

¡Genial! Un rancho era como un pequeño microcosmos y, como Lilith le había dicho repetidas veces, ansiaba el mundo. La moda, el teatro, todo lo que no fuera un rancho. Pronto Kathryn habría probado todo lo que ofrecía un rancho, ¿y entonces qué?

Entonces haría lo que había planeado y se marcharía a desempeñar un trabajo que solo podía desarrollarse en una ciudad.

Holt ensilló a Daedalus y montó. Después le indicó a Kathryn que fuera hacia la valla y le tendió la mano.

–Creía que ibas a enseñarme a montar, no que me tratarías como a un bebé.

–Aprender a hacer cualquier cosa requiere dar pasos de bebé. Quieres montar a Daedalus, pero es demasiado para un principiante –sin embargo, él sabía que una de las razones por las que estaba haciendo eso era porque quería tener a Kathryn sentada tras él, rodeándolo por la cintura, y donde no pudiera ver su sonrisa. Estaba sintiendo algo por ella y eso no era nada bueno.

En segundos, se había montado tras él y lo estaba rodeando por la cintura y acurrucándose contra él, con sus suaves pechos rozándole la espalda.

–Iremos despacio hasta que te acostumbres al movimiento –le dijo Holt intentando que su voz no sonara muy afectada.

–De acuerdo –le respondió ella con casi un susurro.

Holt sabía que Kathryn tampoco era inmune a él, se había entregado con fervor al beso del otro día y estaba loco por volver a torturarlos a los dos de ese modo.

–Vamos… vamos a pensar qué cosas podemos hacer el Día Vaquero –sugirió ella.

–Buena idea –lo que fuera con tal de sacarse de la cabeza esa mala idea que había tenido de montar junto a Kathryn. Juntos decidieron que, por supuesto, se podría montar a caballo y que también habría prácticas de lazo.

–¿Te parecen suficientes actividades?

–No del todo. ¿Qué te parece si hacemos reparación de vallas y así te ayudan a arreglar ese puente que dijiste?

–Voy a reparar el puente antes de que lleguen los invitados.

–No. A la gente le gustará más saber que está haciendo un

trabajo de verdad, no uno preparado. Y, además, ya que te he metido en esto, lo justo es que recibas algo a cambio.

Pero él ya había recibido algo a cambio. Estaba seguro de que haber conocido a Kathryn sería lo que iluminaría sus días cuando recordara ese verano.

Decidieron realizar unas cuantas actividades más para los que estuvieran menos inclinados a hacer tareas de rancho: concursos de pasteles y mermeladas, lecciones para hacer jabón y otras labores artesanas en las que, como Holt sabía, las mujeres de algunos rancheros eran expertas. Y, por supuesto, también estaría el minirrodeo al final del día seguido de un espectáculo de fuegos artificiales.

Cuando Daedalus se asustó ligeramente ante el ataque de una abeja y Kathryn se aferró a él con más fuerza, Holt decidió ponerle fin a esa exquisita tortura.

–Ahora sola –dijo bajándose del caballo, al que guió mientras le mostraba a ella cómo tenía que darle las órdenes que quisiera.

–No me había imaginado que esto pudiera ser tan divertido –dijo con una sonrisa–. Me pregunto si reparar vallas será tan divertido.

Él se rio.

–Parece que estés deseando reparar vallas. De haberlo sabido, te habría enseñado un montón de tareas desagradables.

–Pues ya es demasiado tarde –le contestó ella bromeando mientras daba otra vuelta por el cercado.

Y cuando llegó el momento de desmontar, Holt alzó los brazos y ella, después de dejarse caer en ellos, posó los pies en el suelo y lo besó en la mejilla. Solo un beso. Muy suave. Dulce. Nada sensual, pero una tortura, igualmente. No tocarla era una tortura, aunque muy necesaria. Estaba empezando a perder el control y, ¿no era esa una de las preocupaciones de Kathryn? Ella quería tener el control.

–Espero que te den ese empleo –le dijo mientras metía a Izzy en el coche. Y lo decía en serio. Si pasaba mucho tiempo más con Kathryn, haría algo que los dejaría a los dos llenos de pesar durante mucho tiempo. Incluso después de que ella se hubiera marchado.

Holt intentó centrarse y trabajar durante las siguientes semanas. Faltaban tres para la recaudación de fondos y había mucho que

hacer en el rancho antes de recibir a los visitantes. Había estado en contacto con amigos y socios de Texas, Illinois y Nueva York con la esperanza de encontrar un médico cualificado que quisiera ir al diminuto Larkville. Y además de organizar todo eso, tenía que seguir atendiendo las tareas regulares del rancho.

Y no era que estuviera quejándose por el trabajo, al contrario; agradecía lo que fuera que pudiera evitarle pensar en Kathryn acariciándolo, en Kathryn besándolo o, simplemente, en Kathryn. Esa mujer tenía algo que lo volvía loco y estaba muy seguro de que sabía lo que era. Durante el tiempo que había estado cuidando de Hank y después, no había tenido ninguna relación íntima. Por desgracia, ahora mismo no había otra mujer por la que se sintiera atraído, pero en cuanto todo eso de la clínica terminara y Kathryn y su bebé se hubieran ido, tendría que hacer algo al respecto. Por eso temía que en cualquier momento no pudiera contenerse y la agarrara y la besara, o peor aún, que lo hiciera en público, porque no sería bueno para ninguno de los dos.

Pero mientras estuviera esperando, se mantendría alejado de ella todo lo posible. O, al menos, ese era su plan.

Un plan al que, desafortunadamente, era difícil ceñirse. Cuando unos días más tarde fue al pueblo a comprar provisiones, no dejaba de preguntarse si Kathryn estaría en la consulta del médico, en el periódico o en casa, y cómo estaría apañándose con la bebé. Rápidamente, intentó sacarse esos pensamientos de la mente.

–Ey, Holt –dijo Gus cuando se detuvo en la gasolinera–. He oído que esa chica tan bonita está causando un revuelo en el pueblo. Os tiene a todos ocupados.

–¿Te refieres a Kathryn?

–¿A quién, si no? Nunca he visto a nadie involucrarse en algo con tanta pasión. Debe de ser mucho trabajo, pero ella siempre tiene una sonrisa en la cara. Sonríe incluso mientras está pidiéndote algo y antes de que quieras darte cuenta, estás diciéndole que sí con mucho gusto.

–¿Y qué te ha pedido exactamente?

–Bueno, ya sabes, que si puedo vestirme de vaquero para esa cosa que la tiene tan emocionada. Y también me está preguntando que cuánto costará la reparación de su coche para que no se le rompa de camino al rancho. Y también me ha pedido que conduzca

el autobús que le va a pedir prestado a la escuela para transportar a todos los visitantes que lo necesiten porque sabe que yo los llevaré de un modo seguro. Y entonces, además de pagarme por arreglarle el coche, me ha prometido que me hará galletas y me ha dado un beso en la mejilla cuando le he dicho que sí, que me vestiría de vaquero y que conduciría el autobús.

–Eso ha hecho, ¿eh? –no pudo evitar sonar brusco… o más brusco de lo habitual.

Aunque era una estupidez estar celoso de que Kathryn hubiera besado a Gus en la mejilla. Gus era un hombre mayor…, pero era un buen tipo. Había estado en la lista de Kathryn de las personas que le caían bien y a ella no le importaría la edad. Y eso, obviamente, tampoco le importaría a Gus… ni a ningún hombre. Kathryn era demasiado bonita y tenía esa sonrisa que hacía que un hombre sintiera que podía estallar sin necesidad de combustible.

Qué estúpido. Gus era su amigo y Kathryn era una mujer exuberante. Que algunas personas, como él, estuvieran carentes de emociones no significaba que todos los demás fueran iguales.

–Oye, Holt –dijo Gus mientras él arrancaba el coche para marcharse. Lo vio frotándose el cuello y frunciendo el ceño, como hace la gente cuando está a punto de sacar a relucir un tema incómodo–. Oye, Holt… Yo… eh… estaba leyendo un libro sobre la historia de Texas el otro día y he pensado que te gustaría.

Holt se quedó pasmado. ¿Pero qué…? ¿Un libro?

–Claro, Gus. Estaría genial. Gracias.

Gus parecía increíblemente aliviado y cuando Holt siguió su camino se preguntó a qué habría venido eso. Gus y él jamás habían hablado de libros ni de historia, básicamente hablaban de coches y armas, y tal vez de caballos. Pero cuando siguió haciendo sus quehaceres en el pueblo, esa misma tónica se repitió. Casi todo el mundo con quien se encontró ese día le ofreció algo: galletas, encurtidos, mermelada; la señora Best le llevó una foto enmarcada de su padre de cuando Clay y ella eran jóvenes. Y todo el mundo que vio, después de haberle regalado algo, tenía alguna historia que contarle sobre las ganas que tenían de ayudar a Kathryn. Estaban más emocionados por el Día Vaquero que por el rugby, y eso decía mucho de esa mujer.

Tal vez debía pasar por su casa un momento para asegurarse de

que no tenía más listas con colores que tuviera que enviarle porque no haría falta que lo hiciera si ya lo tenía a él en carne y hueso, ¿verdad? Eso le ahorraría tener que tomarse la molestia.

Pero, por desgracia, su plan no era tan sencillo como parecía porque Kathryn no estaba en casa, ni en el trabajo ni en el supermercado. Tampoco la vio en el Drug and Photo de Hal y se imaginaba que no estaría en el bar Saddle Up ni en el Salón de la Asociación de Ganaderos. Cuando llegó al ayuntamiento y se encontró con la alcaldesa, estaba empezando a preocuparse.

–¿Kathryn? –preguntó nervioso.

–En el parque.

–Gracias –ella se acercó a él–. No vas a darme nada, ¿verdad?

La mujer de mediana edad se mostró algo confusa.

–¿Una botella de vino? –sugirió.

–¿Kathryn?

–No estés enfadado con ella. Solo intentaba devolverte el favor, no hacer que te sintieras incómodo –le dio la botella de vino y él le dio las gracias.

–No te preocupes. No le haré pagar… mucho… la vergüenza que he pasado.

–Está con Izzy.

El hecho de que se hubiera sentido como obligada a mencionar ese detalle, ¿quería decir que todos sabían que no se sentía cómodo cuando había niños delante? Prefirió no pensar en ello y decidir qué le diría cuando la encontrara a la vez que intentaba no perder el control ni cometer ninguna estupidez, como llevarla contra un árbol y abrazarla… Justo antes de echarle la bronca por hacer que la gente creyera que tenían que darle los regalos de Navidad en verano.

«Tranquilo, Calhoun», se ordenó.

Cuando llegó al parque se topó con una escena idílica. La hierba era verde, el sol brillaba, la bebé estaba dormida sobre una manta bajo la sombra de un árbol y Kathryn estaba sentada a su lado con unos papeles sobre su regazo y su melena rubia cayendo sobre ellos. Holt intentó no fijarse en lo pequeña e inocente que parecía Izzy y prefirió centrar su atención en Kathryn a la vez que avanzaba hacia ella. Cuando ella se percató de su presencia, ya estaba junto a la manta.

–Me has pillado ganduleando –dijo sonriendo y en voz baja para no despertar a la pequeña.

Holt se arrodilló y tocó los papeles con un dedo.

–¿Es que sabes gandulear? Eso parecen más listas.

–Algunas lo son, pero estaba distraída y pensando en otras cosas cuando has aparecido. Eso cuenta como gandulear.

–Pues no suena muy divertido.

–¿Cómo lo sabes? En mi mente estaba en un mundo de ensueño.

Él enarcó una ceja.

–¿Haciendo qué? ¿Con quién?

Oh, ahora la había hecho sonrojarse y tal vez eso era lo que había pretendido. Estaba guapísima cuando se sonrojaba y en ese momento, cuando había echado la cabeza atrás, parecía una mujer que quería que la besaran. O una mujer planeando besar a un hombre. De cualquier modo, resultaba tremendamente excitante.

–Nada de eso. No era esa clase de sueño, no había ningún hombre.

Bien.

–Así que ha sido un sueño divertido, pero no había ningún hombre.

–Exacto. Es una estupidez, pero estaba imaginándome en mi propio piso, en algún lugar de la ciudad. Me acababan de pedir que supervise la reconstrucción de una parte del pueblo que hay que rehabilitar. La gente que me había contratado sabía que podía hacerlo porque consigo resultados y eso significa…

–¿Mucho dinero?

–No, bueno, tal vez. Significa que puedo darle a Izzy todo lo que necesita. Puedo protegerla –su voz era suave, pero intensa. Estaba claro que era algo que le preocupaba. Era lo que la mantenía despierta por la noche.

Holt intentó no pensar en lo sola que debía de sentirse; no sabía cómo expresar las sensaciones tan confusas que estaban invadiéndolo.

–Te irá todo muy bien, tiene que ser así. No se atreverían a perderte. Eres una luchadora.

–También estaba imaginándome a Ava DuShay llamándome, es la señora que más preocupada está por que el doctor Cooper se marche. Estaba diciéndome que le encantaba el nuevo médico y la

clínica y que ahora no tendría que preocuparle que su hijo volviera al pueblo y la metiera en una residencia.

–¿A la señora DuShay le preocupa eso?

–Sí. Su hijo vive…

–En Dallas. Sí, conozco a Buddy. Es un idiota. Más idiota que yo.

–Bueno, sé que si estuviera a tu cargo, no la meterías en una residencia.

–Por supuesto que no lo haría.

–No debería haber mencionado esto. Pareces muy molesto.

–Estoy pensando que voy a tener que hablar con Buddy cuando vuelva al pueblo la próxima vez. A lo mejor podría partirle la cara por hacer que su madre se preocupe tanto por eso.

–Creo que se preocuparía más aún si golpearas a Buddy. Es su hijo y lo quiere a pesar de todo. Eso puedes entenderlo, ¿verdad?

Él la miró. Ella sabía muy bien que no era un tipo sensible, no quería serlo, no quería sentir porque los sentimientos daban problemas y todo lo malo que le había pasado había sido el resultado de emociones descontroladas.

–Bueno, no tendrá que preocuparse por eso –dijo él ignorando sus pensamientos–. Conseguiremos un médico y tú recibirás esa llamada de teléfono y conseguirás el empleo. Cualquiera puede ver que sabes cómo hacer las cosas. Hoy debo de haberme topado con unas veinte personas que me han contado lo que iban a poner de su parte para la recaudación de fondos.

–Sí, están muy emocionados, ¿verdad? Yo también lo estoy. ¡Esto va a ser muy divertido! Todo el mundo lo pasará genial. He hablado con Nan y dice que el Bunk'n-Grill está al completo. Le he pedido que intente encontrar más lugares y se ha puesto con ello.

Él sonrió a pesar de no tener ninguna gana.

–¿Qué?

–¿Le has prometido galletitas?

–Le he prometido que le enseñaría a hacerse trenzas con cuentas en el pelo. Le gustan esas cosas extravagantes, pero lo habría hecho de todos modos. A Nan no hace falta chantajearla, a nadie. Están esforzándose mucho y quiero que sepan que se lo agradezco.

–Pero si tú ni siquiera vas a sacar ningún beneficio de la clínica.

–Sabes que sí, porque podré hablar del proyecto en entrevistas de trabajo y, sobre todo, sabré que he ayudado a que se haga

realidad. Lo que quiero decir es que la gente es capaz de hacer muchas cosas que no se verían capaces de hacer si no pudieran acudir a ti. Seguro que todos salieron adelante y se apañaron cuando estuviste fuera.

–¿Así que tú eres el elfo?

–¿Cómo dices? –oh, ¿no eran preciosos esos ojos grises cuando los abría tanto?

–Ya sabes lo que quiero decir, Kathryn. Tengo una camioneta llena de comida y de otros obsequios. ¿A qué viene todo eso?

–La gente siempre acude a ti con sus problemas. Te… quieren igual que querían a tu padre. Pensé que, tal vez, no se habían planteado nunca lo que supone ocuparse de todos ellos y que posiblemente querrían demostrarte que te lo agradecen no solo diciéndote lo genial que eres. Por cierto… –se giró para buscar algo en su bolso.

Él vio lo que iba a hacer y, automáticamente y sin pensarlo, le agarró la mano intentando ignorar la suavidad de su piel y cómo la suya propia reaccionaba ante un simple roce. Kathryn se quedó paralizada y se giró hacia él.

–Tú no… –le dijo con una voz tensa–. Has estado haciendo mucho trabajo, no tienes nada que devolverme.

–Nos salvaste a Izzy y a mí y nunca te lo he recompensado.

–Claro que sí.

–¿Cómo?

«Estás viva, estás a salvo», pensó. Esa era su recompensa, pero nunca lo diría porque decirlo era entrar en un territorio en el que no quería adentrarse. Y menos ahora.

–Dejaré que me des algunas de las galletas de Gus.

–¿Cómo sabes que no iba a darte galletas?

Él se rio.

–No me des nada. No quiero ninguna recompensa.

Ella se cruzó de brazos.

–¿Vas a decirme que has rechazado los obsequios de todo el mundo?

–No, no lo he hecho. Quería, pero no lo he hecho. Habría creado problemas.

–Habrías herido sentimientos.

–Sí.

Ella sonrió; fue una sonrisa brillante.

–¿Qué?

–Has rechazado mi regalo. Eso significa que me consideras un igual, una compañera, porque no te ha preocupado herir mis sentimientos.

–Eres demasiado sensata como para tomarte en serio cualquier cosa que diga o haga. Ya hemos hablado de esto antes.

–Tienes toda la razón. Tú y yo somos… amigos. No tenemos que andarnos con formalidades –de pronto, le lanzó una extraña mirada y se cruzó de brazos. Había una expresión algo dura en esos preciosos ojos grises. Kathryn miró su bolsillo–. Veo que tienes otro de esos trocitos de papel, esas listas –recalcó–. ¿Quién te ha pedido hoy que hagas algo?

Holt se sentía como un niño al que habían pillado pasando notitas en clase, y se vio medio tentado a taparse el bolsillo con la mano.

–No es mucho.

–Y dices que no te gusta hacer listas…

–Tus listas harían que mis listas se avergonzaran de que las llamaran «listas» –se sacó el papel del bolsillo–. No verás ni un solo color y solo hay dos puntos.

–Esas son cosas que podrían hacer solos. Y no es que yo pueda criticar, porque yo misma te he pedido más que los demás. Aunque afortunadamente, como te he dicho, ya no te pediré más cosas.

–Sé lo que has dicho. Estás diciéndome que soy prescindible –de algún modo eso lo fastidió; toda su vida había seguido los pasos de su padre, había sido el tipo al que todo el mundo había acudido y, sí, no era algo que hubiera admitido, pero había habido ocasiones en las que había deseado librarse de toda esa responsabilidad durante un tiempo. ¿Pero ahora? ¿Ahí, con Kathryn diciéndole que no quería su ayuda?

Ella se quedó totalmente sorprendida.

–¿Te he… ofendido?

–No estoy ofendido –estaba… No sabía cómo estaba.

–Solo quería que supieras que me he dado cuenta de que te he presionado mucho. Has hecho llamadas, me has cedido tu rancho, me has dejado a Nancy siempre que la he necesitado, me has dado tu tiempo e incluso me has dado lecciones de equitación e hiciste

que Izzy naciera sin riesgos. Volví a Larkville decidida a declarar mi independencia y a hacerlo sola, así que debería haberme valido por mí misma.

–¿Quién te ha dicho eso?

Ella sacudía la cabeza con gesto triste, pero estaba preciosa.

–No ha hecho falta que me lo diga nadie. Cuando me casé… Fui yo quien cometió ese error. Por mucho que James fuera un hombre controlador, yo fui la que se casó con él y permití que eso me pasara. Por eso tengo que ser yo misma y ser mucho más dinámica.

–Lo eres.

–Bien. No puedo volver a ser esa mujer. Cuando me quedé embarazada de Izzy, porque dejé de tomar la píldora porque me encontraba mal, James entró en cólera. No la quería. Ahí fue cuando supe que debía dejarlo y tenía que cambiar. Así que pedirte inmediatamente que me ayudaras no era el mejor modo de empezar a hacerlo.

Él sacudió la cabeza.

–¿Qué?

Estaba furioso. Consigo mismo. Con su estúpido exmarido. Con cualquier hombre que hiciera a una mujer sentirse culpable por no aceptar estar bajo sus órdenes. Sin embargo, sonrió.

–Si crees que al pedirme ayuda actuaste como una mujer dependiente, te equivocas. Eras persistente. Testaruda. Irritante.

–Estaba asustada.

–Fuiste atrevida. Estabas preparada para luchar por lo que querías, para dejar claro que estaba siendo un imbécil cabezota, y tenías razón. Yo tenía contactos. Este es mi pueblo, esta es mi gente, son mi responsabilidad. Y tú no ibas a aceptar un «no». Eso no es ser dependiente, y lo sabes.

Ella resopló.

–Lo sé. Y me enorgullece haber sido capaz de alejarme de James y de haber intentado hacer realidad esta clínica. Pero eso no hace que esté bien que yo y todas las personas del pueblo de más de dieciocho años acudamos a ti para solucionar nuestros problemas. Eso tiene que parar.

–No.

–Holt…

Él la miró como diciéndole: «No vayas por ahí».

Kathryn farfulló algo.

–¿Qué?

–He dicho que eres un hombre terriblemente cabezota.

–Sí que lo soy. Acéptalo, cielo.

–No puedes decirme que no te importa que todo el mundo esté siempre acudiendo a ti. A mí me lo pusiste muy difícil.

–Porque me pediste que pidiera algo y eso no me gusta nada –pero ella tenía razón; había días en los que quería sentirse con la libertad de decir: «Hoy no tengo tiempo». Así que, ¿por qué estaba discutiendo tanto? Sabía por qué. Porque si lo admitía, ella dejaría de pedirle cosas y entonces ya no habría motivo para esas pequeñas conversaciones íntimas.

La sangre le ardió ante la idea de la palabra «íntimas». Y la sangre se le heló al pensar que pronto dejaría de pasar tiempo con ella.

–Sé que no te gusta pedir nada –le dijo mirándolo y entonces él dejó de pensar en su exmarido, en la clínica y en el pueblo. Estaba pensando en no pedir permiso para nada, en solo hacer exactamente lo que quería hacer.

Y así, alargó la mano y la deslizó bajo su cabello para rodearle la nuca y llevarla hacia sí. Ahora su cuerpo tocaba el suyo, sus pechos tocaban su torso, sus muslos rozaban los suyos, y estaba mirándola a los ojos. Al instante sus labios estaban sobre esos labios suaves, sintiendo la presión de su boca mientras Kathryn le devolvía el beso y lo hacía arder. En cualquier momento deslizaría la mano hacia sus curvas para tomar de ella todo lo que pudiera. Ahí mismo, en un sitio público.

–Maldita sea –dijo bien alto.

Y después se oyó un suave gimoteo y él se quedó paralizado mientras que Kathryn, prácticamente, se alejó de él de un salto. Izzy estaba moviéndose; el bebé que regía el mundo de Kathryn, su razón de vivir, la razón de la mayoría de las cosas que hacía. Pronto ellas dos estarían solas.

Holt retiró la mano y se apartó.

–Lo siento –dijo Kathryn.

–¿Por qué? –le preguntó él intentando actuar con naturalidad, como si su cuerpo no estuviera deseándola fervientemente.

–No hagas eso.

–¿Crees que voy a culparte por no querer retozar en el césped estando tu niña aquí delante?

–Algunos hombres lo harían –podía imaginar de quién estaba hablando y quería decirle que él no sería así. Quería hacerle promesas, aunque ¡qué idiotez! Eso no pasaría.

Por el contrario, se metió la mano en el bolsillo y sacó un papel.

–No lo entiendo –ella lo agarró mientras él se alejaba.

–Es una lista con tres posibles médicos. Todos vendrán al evento.

Y con eso se marchó. Rápidamente. Después de todo, solo había ido hasta allí para darle la lista de los médicos, ¿verdad? Seguro que no había ido a decirle que lo volvía loco, que no podía olvidarla montada tras él a lomos de su caballo, que pensaba constantemente en acariciarla.

De ningún modo había ido a besarla.

Capítulo 13

HOLT aún no había salido del parque cuando sonó el móvil de Kathryn. Contestó, colgó, agarró a Izzy y salió corriendo. Debió de armar mucho bullicio porque Holt se giró hacia ellas.

–Kathryn, ¿qué pasa?

–Nada. Todo. Me han llamado desde Skyridge, Illinois. El administrador municipal tiene que salir de la ciudad y quiere adelantar a hoy la entrevista por vídeo que teníamos prevista para dentro de dos días. Tengo que ir a casa, cambiarme de ropa, preparar la cámara del ordenador y… y… –miró a Izzy–. Y tengo que llevar a Izzy a casa de Johanna o de Gracie o de la señora Best. Rápido. ¿Y si Izzy empieza a gritar o a llorar mientras estoy en mitad de la entrevista? Odio tener que dejarla en casa de alguien como si quisiera librarme de ella, pero…

–Déjamela a mí –dijo extendiendo los brazos.

Kathryn dejó de hablar y lo miró.

–No digas nada. No discutas. No tienes tiempo para hablar de ello. No le haré daño.

–Intentaré no tardar –dijo entregándole la niña a Holt con cierta renuencia.

–Tarda lo que tengas que tardar, es tu momento. Y, ahora, vete. Llámame cuando quieras que te la lleve.

Ella se inclinó hacia delante y besó a Izzy.

–Te quiero, pequeña –y con eso salió corriendo hacia la casa intentando no pensar en cómo Holt había evitado a Izzy hasta el momento. Estaba cien por cien segura de que él no permitiría que le sucediera nada malo a la bebé, pero no estaba segura de qué efectos podría generar su hija en él. Era un hombre que se había enterado de que tenía un hijo en camino y que había visto cómo se lo arrebataban.

Los nervios y la preocupación por lo que podía estar pasando entre Holt e Izzy hicieron que la sonrisa de Kathryn fuera demasiado tensa y, sus respuestas, falsamente tranquilas y alegres. No tenía la mente puesta en la entrevista. Ed Austen, el

entrevistador, tenía un millón de preguntas, pero parecía particularmente interesado en la clínica y en el «Día Vaquero».

–Tiene pinta de ir a tener mucho éxito.

–Espero que sí –dijo Kathryn aún pensando en Izzy y Holt, pero entonces se dio cuenta de lo que estaba diciendo, de lo que estaba haciendo o no, y se sentó más derecha y miró directamente a la pantalla. Se trataba del futuro de su bebé y no podía desperdiciar la oportunidad–. Todo está preparado y el evento de recaudación debería darnos un buen comienzo para empezar con el trabajo de la clínica.

–¿Y qué pasará si se marcha? ¿Quién hará que el proyecto llegue a término?

Kathryn no vaciló.

–Holt Calhoun y Johanna Hollins, la alcaldesa –además añadió los nombres de otras cuantas personas más–. Casi todo el mundo del pueblo, en realidad. Todos están muy involucrados, pero Holt es quien más ha ayudado y él continuará con la labor –dijo mientras esperaba que hubiera encontrado a alguien que cuidara de Izzy. Sí, seguro que había encontrado niñera, él era muy bueno solucionando cosas.

Respiró aliviada y se decidió a hacer la mejor entrevista posible, pero en cuanto terminó, no se molestó ni en cambiarse de ropa, sino que salió corriendo por la puerta en dirección al despacho de la alcaldesa.

–¿Holt? ¿Izzy? –le preguntó a Johanna al no verlos a ninguno de los dos.

–Ni idea –respondió Johanna–. ¿Hay algún problema?

–Oh… no.

Tal vez. Se dirigía a la cafetería de Gracie cuando recordó que se le había olvidado un detalle: Holt le había dicho que lo llamara. Y cuando lo hizo, pudo oír su teléfono sonar. Seguía en el parque, no muy lejos. Estaba de espaldas a un árbol con Izzy en brazos y haciéndole pedorretas en la tripa.

A Kathryn se le paró el corazón, se le paró el cerebro y se quedó boquiabierta al ver cómo estaba riéndose Izzy y tirándole a Holt del pelo. Sus manos podían ser diminutas, pero Kathryn sabía la fuerza con la que podían agarrar cosas. Seguro que estaba haciéndole daño.

Lo más raro era que aunque Holt estaba entreteniendo a Izzy, estaba además sujetándola como si fuera una pieza de delicado cristal. Y ni siquiera estaba riéndose, era como si no estuviera reaccionando.

Hasta que Izzy, de la emoción, vomitó sobre su camisa.

La mayoría de la gente que no tenía ninguna experiencia con un bebé habría gritado, le habrían entrado arcadas o habría apartado a la niña inmediatamente, pero Holt no hizo ninguna de esas cosas. Simplemente se quedó mirando su camisa como si nunca antes la hubiera visto.

Izzy había dejado de reír y estaba haciendo gorgoritos suavemente, parecía feliz y ajena al hecho de que probablemente había acabado con la última esperanza de que a Holt le gustaran los bebés. Kathryn estaba acercándose para quitarle a Izzy y dejar que se limpiara la camisa cuando Holt levantó la cabeza y se rio.

–Mocosa –dijo sin un ápice de enfado en la voz–, supongo que me has enseñado a no hacerte pedorretas en la tripa. Imagino que eso quiere decir que te he hecho daño… Maldita sea… Quiero decir, vaya, no debería haberlo hecho. ¿Qué hace un rudo vaquero como yo intentando jugar con alguien tan diminuto y frágil como tú? ¿Estás bien?

Izzy se limitó a mirarlo con esos enormes ojos azules como si fuera una forma de vida alienígena a la que quisiera estudiar, como si hubiera quedado fascinada por esa grande criatura de intensa voz. Después emitió un sonido e hizo pompitas con la boca.

–¿Es eso un «no»?

Kathryn tuvo que sonreír.

–Relájate. No le has hecho daño –dijo acercándose–. Aunque parece que te ha hecho una buena faena.

–Tengo más camisas.

–Te lavaré esta.

–No, no lo harás. No pasa nada.

Ella arrugó la nariz.

–Otros no pensarían lo mismo.

–Otros pueden irse a la… Pueden meterse en sus propios asuntos.

–Estaba riéndose, riéndose con ganas.

–Puede que haya llevado demasiado lejos el juego de las

pedorretas.
–Estaba muy emocionada y eso pasa, aunque nunca se había reído así. Creía que ibas a llevarla con Johanna.
–En ningún momento te he dicho eso. Pensé que sería mejor que no nos moviéramos de aquí.
–He tardado mucho. ¿Qué habéis hecho?
Él se encogió de hombros.
–Nos hemos sentado a hablar.
Kathryn enarcó una ceja.
–La he tenido sobre mi regazo y le he contado historias de ranchos. Ha sido bastante aburrido y se ha quedado dormida. Hasta ha roncado un poco.
–Lo sé. Es una monada, ¿verdad?
–No pienses que he cambiado.
–No querías que te gustara.
–Y sigo sin querer que me guste.
–Pero lo has hecho muy bien.
–Me he apañado, pero no como para reclamar una estrella de oro –Izzy estaba tirando de la camisa de Holt y estaba a punto de meter la mano en todo el pringue–. Más vale que la sujetes tú –le pasó a la niña, se levantó y se quitó la camisa–. Espero que tu entrevista haya ido bien.
Kathryn intentó no mirar todo ese músculo y esa piel bronceada. Esperaba que no se le notara la respiración acelerada e intentó adoptar un tono de indiferencia al responder:
–Creo que sí. Quiero decir, es un puesto para principiantes, pero suena interesante –aunque, claramente, no tan interesante como el torso desnudo y los bíceps de Holt.
–Bueno, deberíamos irnos, Izzy. Muchas gracias, Holt.
Para su sorpresa, él sonrió. Y fue una sonrisa relajada y muy agradable.
–Estás mirando, Kathryn.
Y también estaba sonrojándose. Se vio tentada a cubrirse las mejillas con las manos, pero no podía porque estaba sujetando a Izzy.
–Bueno, sí, es verdad. Si me quitara la blusa, seguro que tú también mirarías.
Había intentado contestarle con audacia y algo de descaro, pero

la ardiente mirada que le lanzó Holt la dejó…

–Cariño, si te quitaras la blusa querría hacer mucho más que mirar.

Y con eso, agarró su camisa manchada y fue hacia su camioneta.

–Probablemente no debería haber dicho eso, pero no lo siento. Así son las cosas. Te veo en la recaudación, Kathryn. Para entonces habré adoptado mis mejores modales de anfitrión –y así se marcho.

Oh, no, no la sonrojaría de ese modo y diría la última palabra, como siempre.

–¡Asegúrate de llevar una camisa puesta! –le gritó.

Y para su consternación vio que Luann Dickens estaba al otro lado de la calle. Riéndose.

–No pretendía que sonara tan mal como ha sonado –dijo Kathryn disculpándose.

–Sí, es tal cual ha sonado, Luann –contestó Holt.

Luann soltó una risotada y Kathryn se giró hacia su casa diciendo:

–Ese hombre es… frustrante.

–Eso es porque quieres besarlo –le dijo Luann en voz baja porque ya estaba lo suficientemente cerca. Aun así, Kathryn se giró para ver si Holt lo había oído.

–Se ha ido. Ahora ya no puedes besarlo.

Pero sí que quería haberlo besado otra vez. Quería hacer más cosas que besarlo, admitió. Y se trataba de algo más que físico. Holt, a pesar de estar protegiendo su corazón para no sufrir después de haber perdido a tantas personas en tan pocos años, había sacrificado sus propios miedos y sentimientos para jugar con Izzy. ¿Cómo no se podía amar a un hombre así?

Era imposible no hacerlo. «Lo quiero», pensó. Pero era algo terrible porque no podía tenerlo. Jamás podría tenerlo. Holt, a pesar del esfuerzo que había hecho con Izzy, no estaba disponible emocionalmente. No estaba disponible de ningún modo y seguía estando tan fuera de su alcance ahora como en su adolescencia, con la diferencia de que por aquel entonces ella solo estaba encaprichada con él. Por aquel entonces cada centímetro de su cuerpo no anhelaba estar con él. Eternamente.

«Qué pena. Tendrás que conformarte con tu día en el rancho y después esperar que te den un trabajo pronto para poder salir de

aquí antes de que se dé cuenta de que te has enamorado de él». Porque a Holt no le gustaría hacerle daño y precisamente por eso ella no se lo contaría.

Una vez que se marchara del pueblo, se ocuparía de su corazón roto.

Sola.

Holt se levantó mucho antes de que amaneciera el «Día Vaquero». Había tanto que hacer que no debería haberle dado tiempo a pensar en ello, pero eso no se lo impidió y tuvo que admitir que estaba hecho un buen lío.

Últimamente Kathryn se había convertido en una parte importante de su vida; con su actitud lo tenía viviendo en un estado constante de deseos contenidos y hacía que se sintiera como si no entendiera muy bien lo que estaba pasando. Por si eso fuera poco, esa pequeña riéndose con él… Kathryn sonriéndole…

–Déjalo ya. Esto no tiene sentido –tenía que trabajar y, además, Kathryn tenía un plan de vida que la llevaría a Illinois o a cualquier otra parte. ¿Qué haría un urbanista en Larkville una vez la clínica estuviera terminada?

Por otro lado, tampoco quería que se quedara porque no quería… sentir. Porque sentir te llevaba al dolor, al sentimiento de pérdida. No podía evitar recordar las caras de todas las personas que había perdido en los últimos años: sus padres, Hank, Lilith, el bebé… Ningún hombre se adentraría voluntariamente en esa clase de infierno otra vez.

–Y yo no pienso hacerlo –le dijo a Daedalus mientras realizaba la última inspección al establo y al cercado para asegurarse de que estaban limpios y a la altura del evento y de los visitantes que recibirían.

–Te creo –dijo la voz de Wes desde su derecha–. La cuestión es, ¿tú te crees?

–¿De qué estás hablando, Wes? –le preguntó furioso porque lo había pillado hablando solo–. ¿Es que no tienes nada que hacer?

Wes alzó las manos y sonrió.

–Tengo toneladas de trabajo, esa chiquilla tuya me ha dado una lista llena de tareas. Tienes pinta de estar mal. ¿Pasa algo?

–Sí que pasa algo. Tengo un pueblo lleno de gente y un montón de turistas que vendrán aquí hoy. ¿Por qué no iba a ir algo mal? –preguntó más malhumorado que nunca.

Claro que nada de eso tenía que ver con lo que estaba inquietándolo de verdad y sospechaba que Wes sabía qué era por el modo en que se rio cuando se marchó de allí con su lista esquematizada por colores. Todo lo que iba mal giraba en torno a Kathryn.

Y todo lo que iba bien, también. ¿Qué iba a hacer?

«Hacer mi trabajo, ayudarla a lograr que el día sea un éxito y, sobre todo, no tocarla. No decirle que estoy enamorándome de ella. No atreverme a hacer nada que la deje preocupándose por mí una vez se haya ido». Porque una vez se hubiera ido de allí, quería que fuera feliz y que Larkville y él solo fueran una imagen desvaneciéndose en el retrovisor de su destartalado coche.

Capítulo 14

KATHRYN llegó al rancho con el corazón en la garganta. Era un gran día en más de un sentido. Había recibido otro mensaje de Skryridge solicitándole más información y era posible que consiguiera el empleo. Era algo muy bueno, aunque también significaba que se marcharía de Larkville más pronto que tarde.

De repente, irse de allí le parecía mucho más real que antes y no estaba preparada para ello. No solo porque en esa ocasión hubiera conocido a gente del pueblo y hubiera hecho amigos, sino porque…

«No. No pienses en Holt», se ordenó. Si pensaba en Holt, sufriría y ese día tenía que estar a su lado como anfitriona. Tenía que hacer que Larkville y el rancho se sintieran orgullosos de ella y ayudarlo tanto con los benefactores como con los candidatos al puesto de médico. No se permitía estar triste.

Respirando hondo, se plantó una sonrisa en la cara y sacó a Izzy de su silla del coche.

–Vamos, cielito. Hoy vas a conocer a más bebés. Luann y la señora Best han organizado una guardería, así que vamos a buscar unos juguetes.

Cuando llegaron al porche de la casa, Holt estaba allí y otras personas estaban empezando a salir por la puerta. Para su sorpresa, Holt le quitó a Izzy de los brazos y la miró a los ojos.

–Estás muy guapa, Iz. Es muy bonito ese… como se llame lo que llevas puesto. Y el gatito que llevas en la barriga es muy mono. Sé buena con los otros niños para que tu madre no se preocupe hoy, ¿de acuerdo?

Izzy arrugó la nariz con la mejor de sus sonrisas y sacudió sus piececitos mientras hacía algo parecido a la pedorreta que Holt le había hecho el día antes. Probablemente no era más que una coincidencia, fue algo que le salió accidentalmente, pero Holt ladeó la cabeza y le dijo:

–Sí, eres igualita que tu madre, siempre pidiéndome cosas. Vale, de acuerdo. Luego jugaremos tú y yo y te haré una pedorreta, tal vez dos, pero nada de vomitarme leche como ayer, ¿eh? Un vaquero

necesita tener algo de dignidad –añadió con una voz muy tierna al pasarle la pequeña a la señora Best.

Al instante, se giró hacia Kathryn.

–Parece que ya estamos todos y que todos tenemos nuestras listas –¿era una sonrisa eso que tenía en la cara? Si lo era, desapareció enseguida mientras les decía a todos que sus visitantes llegarían pronto. La noche antes había trasladado a unos grupos en su avioneta y Gus los llevaría ahora en autobús–. ¿Alguna última cosa que quieras hacer antes de que empecemos?

Ella sacudió la cabeza.

–Tan solo sed vosotros mismos. Me habéis hecho sentir muy bien acogida, así que sabéis muy bien cómo tenéis que comportaros. Simplemente estad preparados para responder muchas preguntas y si no sabéis qué decir, mandádmelos a mí o a Holt, dependiendo de qué pregunta sea.

–Te mandaremos los hombres a ti y las mujeres a Holt. Eso hará que nos los ganemos del todo. Se marcharán de aquí enamorados –dijo Dave, uno de los ayudantes de Holt, que le guiñó un ojo a Kathryn arrancándole una carcajada.

Holt lo miró muy mal.

–Lo único de lo que queremos que se enamoren es de Larkville y de la vida de rancho.

Dave se rio, en absoluto ofendido por el tono de Holt.

–Sí, Holt. Les mostraremos lo mejor que tenemos, ¿no es así, chicos?

Los otros hombres asintieron y comenzaron a centrarse en sus tareas asignadas. Nancy le había dicho a Kathryn que los hombres harían lo que fuera por Holt, al igual que lo habían hecho por su padre. Existía un respeto mutuo entre el ranchero y sus ayudantes, un amor por la tierra y por las circunstancias tan duras que en ocasiones la naturaleza les enviaba.

Una vez todos se marcharon, Kathryn miró a Holt.

–¿Podemos dar un paseo? Me gustaría ver a Daedalus antes de que comience el ajetreo.

Para su sorpresa, él le agarró la mano y ella contuvo la respiración un minuto mientras saboreaba la sensación de tener esa gran mano rodeando la suya. No había duda de que no debería darse ese capricho, pero esa podía ser la última vez que pudiera

hacer eso con él.

–Será mejor que me controle. No estaría bien que me sulfurara y me pusiera borde cuando tenemos invitados. Te he visto mirándome de ese modo.

–¿Qué modo? –por un momento se inquietó; ¿sospecharía que tenía sentimientos hacia él más allá de una simple atracción? Porque odiaría que él supiera eso. Cuando se marchara de allí, quería hacerlo con la cabeza bien alta, como una igual a Holt, como su compañera de trabajo. Si él llegaba a sospechar que estaba enamorada de él, se le pondría esa mirada tensa y triste y empezaría a decirle lo cretino que era, y eso significaría que estaba sintiendo pena por ella. Así que le mentiría a la cara y negaría lo que fuera por mucho que odiara la mentira.

Holt estaba observándola, esperando.

–Has logrado traer a un grupo de gente de todo el país. No me preocupa lo que puedan pensar si te ven de mal humor. La mayoría pensará que no eres más que el típico vaquero, esa figura romántica y masculina con una buena porción de testosterona en el alma. Que muestres mal humor seguro que los cautiva aún más.

Él no respondió y ella miró a otro lado.

–Tú sí que vas a ganarte unos cuantos corazones hoy. Dave tenía razón y se lo diré, pero más adelante. No quiero que se le suba a la cabeza, no cuando tiene tareas que hacer. Hoy se encargará del grupo del puente. Ese y el de la valla me preocupan un poco. No me parece muy bien poner a trabajar duro a gente con las manos suaves y con ganas de divertirse.

–A mí no me preocupa. A los hombres que se pasan el día en traje de chaqueta les gusta tener la oportunidad de fingir que son tipos duros que saben hacer cosas y a todo el mundo les hará gracia. No me puedo imaginar que nadie que entre aquí hoy no vaya a sentirse bienvenido.

Mientras se movían hacia el cercado, con Blue tras ellos, Daedalus relinchó y Kathryn se metió la mano en el bolsillo y sacó una zanahoria, que el caballo tomó casi con microprecisión.

–No creo que me hubiera hecho daño nunca, ni siquiera la primera vez. Me parece que solo estabas enfadado conmigo por haberme presentado aquí.

–Podría ser. Tengo mucho carácter.

–Ya me he fijado. Aunque no es un carácter terrible. Lo pagas más contigo mismo que con los demás. Aquel día solo intentaba acorralarte.

–Pues lo hiciste. En cuanto se te ocurrió dar comienzo a este proyecto, me vi atascado y sin salida.

–No lo sabía.

Él sonrió.

–No te lo admití en su momento, pero sabía que intentabas forzarme. Y antes de que empecemos con el evento de hoy, quiero darte las gracias porque has hecho algo muy bueno. No recuerdo haber visto a la gente por aquí tan emocionada. Lo de hoy es muy grande para un pueblo del tamaño de Larkville. Están empezando a preocuparse por la clínica y a creer que puede hacerse realidad.

–Espero que así sea, aunque es difícil lograr que un médico se mude a un pueblo pequeño cuando puede ganar más dinero en ciudades.

–Entonces supongo que tendremos que ofrecerles algo que no puedan conseguir en una ciudad.

Ella sonrió.

–¿Encanto de vaquero?

Él le hizo una reverencia.

–Solo intento agradar, señora –le besó la mano haciéndole sentir un intenso calor. ¡Estaba besándole la mano el vaquero más deseado del condado!

Y justo en ese momento el autobús llegó por el camino y Gus bajó y guió a todo el mundo.

–Hora del espectáculo –dijo Holt.

Y con eso ambos fueron hacia el autobús y dio comienzo del Día Vaquero.

El rancho era un hervidero de actividad. Gus estaba enseñándoles los animales a los niños, que corrían detrás de los pollos, jugaban con los gatos y los perros y ordeñaban a las vacas. Había talleres de artesanía, sesiones de lazo y cuadrillas de trabajo. Holt y Kathryn estaban con los grupos de equitación y él sabía que no podría quedarse a solas con ella hasta la noche, cuando todos los visitantes se reunieran para cenar y celebrar un baile.

Intentó centrarse en su grupo, a los que habló sobre el rancho, el pueblo y las ventajas de poder llegar hasta Austin en coche. Mientras, veía a Kathryn haciendo lo mismo con su grupo. Tenía la cabeza echada hacia atrás y estaba riéndose mientras hablaba. Estaba muy guapa subida a caballo; nadie habría dicho que solo había dado una clase y era increíble ver cómo Daedalus parecía igual de cautivado por ella que los componentes del grupo, ya fueran hombres o mujeres.

–No siempre es así, ¿verdad? –preguntó una voz.

Holt se giró hacia uno de los médicos candidatos.

–¿Te refieres al rancho?

–Al rancho, a todo.

–Bueno, tengo que decir que el clima ha ayudado y que no hay barro, así que estamos en las circunstancias ideales. ¿Decepcionado?

Uno de los tres candidatos no había aparecido y ahora ese hombre hacía esas preguntas; Holt estaba preocupado, así que por eso era posible que hubiera sonado algo brusco a pesar de la promesa de controlarse que había hecho.

–¿Decepcionado? No. Solo me aseguro de saber lo máximo posible. He hablado con el doctor Cooper, claro. Kathryn me ha puesto en contacto con él y tengo una idea muy clara de lo que supone la práctica médica aquí, pero cualquiera que firme el puesto tendrá que vivir aquí.

–Es un buen lugar.

–Eso me ha dicho Kathryn. Me gustaría conocerla mejor.

–Ella no entra en el paquete.

–Yo…

¡Maldita sea! ¿Por qué se había expresado de ese modo?

–Lo que he querido decir es que tiene pensado trasladarse muy pronto.

El hombre no respondió y Holt lo miró. Para su sorpresa, Lee Sullivan estaba sonriendo.

–Te gusta, ¿eh?

«No, no, no. Sí, por supuesto. ¿A quién no?»

–No es eso.

–Lo que quiere decir: «Métete en tus propios asuntos». No te culpo. Yo ya estoy medio enamorado de ella y apenas la conozco.

«Medio enamorado de ella. Medio enamorado de ella». Esas palabras persiguieron a Holt durante el resto del día, al igual que la idea de que pronto ella tendría que marcharse. Temía el momento de tener que decirle adiós y odiaba que eso le preocupara tanto porque no podía importarle tanto; se había pasado toda una vida ocultando sus emociones y no iba a dejar que ahora ellas lo controlaran. Y menos aún cuando a Kathryn le molestaría saber que el interés que tenía en ella iba más allá de lo meramente físico. Más allá de una mera amistad.

Con el mayor de los esfuerzos, se lo guardó todo y esperó a que llegara la noche, cuando podría bailar con ella. Acercarse podría ser difícil en mitad de esa multitud de admiradores masculinos.

Kathryn se había duchado y se había puesto una camisa blanca con una falda azul y un pañuelo en el cuello. Aún le faltaban horas por pasar junto a toda esa gente y lo único que quería era disfrutar de algo de tiempo con Holt.

Pero eso estaba mal porque ese evento era algo que ella había creado, que era importante, y debería sentirse feliz, como lo habría estado en otras circunstancias. El día había ido bien después de haber asumido el hecho de que solo habían acudido dos médicos candidatos, pero después, cuando encendió su teléfono, se encontró con un mensaje en el que Ed Austen le decía:

¡Enhorabuena! El empleo es tuyo si lo quieres. ¿Te viene bien el lunes? Os proporcionaremos a tu hija y a ti una vivienda temporal hasta que encuentres una. Llámame.

No había llamado, aún no, y tampoco se lo había dicho a Holt. Ese día era para Larkville y para él, ese día sería su primer triunfo juntos y no quería mezclar en él sus planes personales.

Aunque lo cierto era que no quería tener que pensar en dejar a Holt. Hoy no. Así que con una sonrisa entró en la sala donde Ellie Jackson estaba dando lecciones de baile. Ellie había sido bailarina de ballet en Nueva York, pero estaba claro que conocía también la danza texana.

Encontró un sitio cerca del fondo y al instante Holt se presentó a

su lado. De pronto se le hizo un nudo en el pecho.

–¿Quieres un informe de progresos? –le preguntó ella.

–Solo si quieres dármelo. Lo que quiero es una compañera de baile.

–Me temo que eso no se me da muy bien.

–Para eso tienes a Ellie. Y a mí –y la hizo girar entre sus brazos.

Kathryn se tropezó.

–Tranquila, despacio –le dijo agarrándola–. Es un paso triple, después otro y después dos aislados. Lo haremos fácil al principio, y cuando te sientas más cómoda lo complicaremos un poco.

–¿Holt?

–¿Sí? –tenía la mano sobre su cintura y la calidez de su piel estaba filtrándose a la suya. La hizo ruborizarse.

–Puede que nunca me sienta cómoda –no, si él la tenía entre sus brazos.

Pero juntos bailaron como si llevaran toda la vida haciéndolo.

–Qué sensual –dijo Luann al verlos.

–A ver, te voy a echar hacia atrás, vamos a divertirnos un poco –y al final de la canción la echó hacia atrás sobre su brazo y se inclinó hacia ella acercando sus labios.

–¿Puedo interrumpiros? –preguntó uno de los benefactores–. No puedo prometerte nada así, pero no te avergonzaré demasiado –era un señor mayor, un hombre muy agradable que había perdido a su mujer y que seguía muy triste por ello.

Inmediatamente, ambos se separaron y ella sonrió al hombre mientras veía cómo Holt le pedía bailar a otras mujeres, al igual que más tarde ella haría con los hombres.

Y así se sucedió el resto de la noche,

Y así se sucedería el resto de su vida. Holt y ella habían tenido su momento, y ahora tenía un empleo.

Su tiempo juntos había llegado a su fin.

¿Era posible que un hombre se sintiera más frustrado de lo que él se sentía ahora? Por un lado debería estar exultante ya que el médico parecía estar interesado en el pueblo y tal vez en el empleo, habían reunido mucho dinero y todo el mundo se había divertido. Pero cada vez que había intentado acercarse a Kathryn, algún

hombre se le había adelantado y había tenido que dejarlo. Dejarlos. A todos.

Después de ese primer baile, no había vuelto a acercarse a ella y ahora estaba de pie delante de él diciéndole:

–Me voy a casa en el autobús con Gus.

–Puedo llevarte yo.

–No.

–¿Quieres explicármelo? ¿Es que he hecho algo que te haya enfadado? ¿Te he presionado? –¿y acaso no estaba presionándola ahora al hacerle todas esas preguntas?

Ella negó con la cabeza; parecía cansada.

–No, solo… tengo que pensar y no me fío de pensar con claridad estando tú aquí delante. Haces que quiera hacer cosas arriesgadas, insensatas.

–Y eso no te gusta.

–Me gusta demasiado, pero esta noche no puedo. Tengo que devolver una llamada. Desde Illinois.

Y así se marchó y él se quedó sin saber si la llamada había sido buena o mala. Lo que tenía claro era que Kathryn estaba guardándose información y eso no era propio de ella. No obstante, estaba en todo su derecho de no contarle nada en absoluto si no era lo que quería.

Y no había nada que él pudiera hacer al respecto, ¿verdad?

Capítulo 15

KATHRYN se encontraba en su pequeña casa cuando decidió qué debía hacer. Le había pedido a la señora Best que se llevara a Izzy, aunque no le había dicho para qué necesitaba estar un rato sola.

A decir verdad, no había una buena razón. Había llamado a Ed Austen y había hecho lo único que podía hacer, por lo que debería estar exultante.

«Y lo estaré», se prometió. Eso era lo que se había propuesto hacer, encontrar un empleo en su campo, ser independiente, formar su propia pequeña familia. Era perfecto.

Excepto por…

Cuando llamaron a su puerta, supo que era Holt. La noche anterior no había sido muy agradable con él porque había temido cometer una estupidez como llorar o ponerse sensiblera. Se sentía cansada y no había tenido ningún control sobre sus emociones, con lo que podría haber hecho algo que los dos habrían lamentado.

Pero ya era por la mañana y debía estar bien. Tenía que estar bien.

Abrió la puerta y miró esos oscuros ojos. No estaba bien.

–Solo he venido… para ver qué te pareció lo de ayer.

Kathryn asintió.

–Fue bien. Fantástico, ¿no crees?

–Claro. Genial. Creo que puede que nos quedemos con ese médico, el joven. Y hemos recaudado suficiente. Tengo algunos arquitectos en mente y… ¡maldita sea, Kathryn! No quiero hablar de la clínica.

Ella esperó.

–La llamada. ¿Sí o no?

–Sí –respondió ella con una voz demasiado débil–. Sí. Empiezo el lunes.

–¿El lunes?

–No he podido decir que no. Es una buena oportunidad.

–Sí que lo es y me alegro por ti. Ahora podrás hacer y ser todo lo que has querido.

–Lo sé, ¿no es genial? –intentó con todas sus fuerzas esbozar una brillante sonrisa y adoptar un tono de voz convincente. Lo último que quería era que Holt supiera que cuando se marchara de allí… lo haría enamorada de él. Era un hombre que cargaba con demasiadas responsabilidades y no quería que se sintiera también responsable de ella, o que se sintiera culpable cuando oyera su nombre.

–Voy a perderme todas las cosas buenas, la planificación de la clínica, el acto de la colocación de la primera piedra –le dijo intentando mantener una amplia sonrisa–. Envíame… envíame listas.

–Claro que lo haré.

Le había indicado que se sentara y ahora ella estaba de pie, mirándolo.

–¿No vas a hacerlo, verdad? –¿y por qué iba a hacerlo? No le debía nada. Ella ni siquiera debía esperar que se pusieran en contacto porque eso solo dejaría la herida abierta.

–Yo… Kathryn, no, no voy a mandarte ni listas ni nada. Cuando las cosas terminan, terminan. No miro atrás.

Se sintió como si le hubieran dado una bofetada, pero aun así intentó ponerse en el lugar de Holt. Había sufrido mucho y un hombre más débil podría, incluso, haber llegado a volverse loco.

–No debería preguntar, pero lo dices porque… sé que has perdido a muchos seres queridos…

–No sirve de nada recordar.

–¿Ni siquiera los buenos recuerdos? Holt, quiero ser un buen recuerdo, alguien que te haga sonreír cuando pienses en mí. Dices que no eres un hombre sensible ni emotivo, pero he visto lo paciente que eres con la señora Best y lo mucho que te enfadaste cuando el hijo de Ava DuShay no estaba tratándola bien. Puede que tengas una responsabilidad para con la gente de Larkville, pero todo lo que… No me creo que lo que haces lo hagas como un robot sin emociones. Te importa lo que le pase a la gente, te tocan el corazón incluso aunque no lo digas. ¿Por qué deberían importar las palabras? Tú las demuestras, así que no me pongas en la lista de los que no recuerdas y recuérdame un poco. Hemos sido amigos, ¿verdad?

Él le agarró la mano y la llevó hacia el sofá.

–¿Es que nunca te rindes?

–Sí, a veces, pero…

–Shh –la sentó sobre su regazo y la besó; fue un beso largo y dulce–. ¿No quieres saber lo que estoy haciendo?

–Estás besándome. Y yo estoy besándote también.

–Estoy creando buenos recuerdos –le susurró contra la boca.

Ella sonrió contra sus labios. Aún tenía el corazón lleno de dolor, pero lo disimuló. El dolor esperaría porque ahora ella estaba con Holt.

–Pues vamos a crear más recuerdos. Izzy está en casa de la señora Best.

–¿Estamos solos? ¿Nadie va a interrumpirnos para pedir que bailes con él o con ellos?

–Solo tú. Empezaremos donde lo dejamos anoche. ¿Por dónde íbamos?

–Creo que… por aquí –dijo deslizando la mano sobre su espalda–. Y después por aquí –le rozó suavemente los labios.

–Y nos dirigíamos hacia… –susurró ella besándolo con más intensidad y posando las manos sobre su camisa–. Desabrocha los botones por mí.

Sin dejar de besarla, se quitó la camisa en cuestión de segundos.

–Podríamos bailar mejor, más cerca, sin esto –le dijo él quitándole la blusa y después los vaqueros y, mientras bailaban juntos, fueron deshaciéndose del resto de la ropa. Después la tomó en brazos y la llevó bailando hasta su dormitorio, donde la tendió sobre el colchón–. Cuando te vayas, te enviaré todo lo que me pidas –le susurró.

–Pues envíate a ti. Ahora.

–Será un placer.

Y tenía razón. A Kathryn nunca la habían amado tan bien y ella sabía por qué.

Porque Holt sabía cómo amar de muchas formas aunque no la amara de verdad y también porque ella sí que lo amaba de verdad a él. Desesperadamente. Completamente. Aunque ahora no era el momento de pensar en eso ni de lamentarlo. Tendría toda una vida para recuperarse después de haber amado a Holt.

No vaciló. No tenía ningún deseo de contenerse porque esos serían los últimos recuerdos que tendría de él y quería que fueran perfectos.

Así que cuando finalmente despertaron, ella lo besó una vez más y lo amó con todo su corazón.

–No te quedes. Tengo que prepararme. Tengo que hacer las maletas y marcharme.

En un momento Holt se había ido. Para siempre. Y lo único que evitó que Kathryn se derrumbara fue pensar que tenía una hija a la que cuidar.

Holt cabalgó kilómetros a lomos de Daedalus, y muchos kilómetros más sin prestarle atención al tiempo ni al clima. Podría haber cabalgado eternamente, pero el caballo de un hombre no debería tener que soportar el dolor de ese hombre.

Al regresar, se detuvo en el arroyo, que siempre había sido uno de sus lugares favoritos.

–Casi se ha ido ya, chico. No volverás a verla ni yo tampoco. Ojalá tuviera algún modo de cambiar las cosas para que lo que necesita y quiere estuviera aquí. Ojalá tuviera las palabras adecuadas con las que hacer que se quedara, pero nunca he sido así. No se me dan bien las palabras ni los asuntos del corazón. Hay mucha gente decepcionada, muchas pérdidas. La gente cree que soy algo importante por el rancho, pero no soy para tanto. Kathryn sí que es para tanto. Sabe cómo hacer las cosas, cómo hacer que la gente quiera hacer las cosas que ella quiere. Ella y sus listas –esas listas tan tontas y tan dulces. Lo volvía loco con ellas y le hacía sonreír.

Si no hubiera sentido tanto dolor, habría sonreído, pero ese día sonreír no era una opción.

Ni siquiera había dicho una palabra cuando se marchó la noche anterior, la última vez que iba a hablar con ella.

«No sientas nada», recordó que le dijo su padre en un extraño momento de introspección. «Los sentimientos te hacen débil y te traen problemas. Jamás digas nada que permita que alguien vea dentro de tu alma, ni les des ningún poder sobre ti. Limítate a trabajar. El amor viene y va, pero el rancho es un legado duradero. Eso es todo lo que importa en la vida».

«No te atrevas a llorar», le decía Clay cuando se hacía daño.

«Levántate y sigue adelante», le había dicho su padre cuando

murió su perro. «No sientas. No sientas. No te dejes cegar por la pasión». Esas palabras no dejaban de resonar en su mente y Holt caminó para intentar sacárselas de la cabeza.

«No sientas, no sientas». Había seguido esa dirección toda su vida y lo había afectado hasta el punto de que se le helaba la garganta solo con pensar en la palabra «amor».

«Pero la amo», pensó.

Apresuradamente, subió de nuevo a lomos de Daedalus.

–Mira lo que he hecho, chico. ¿Cómo podría decírselo?

Sin embargo, a lo mejor no tenía que hacerlo. ¿Qué había dicho Kathryn? ¿Que las palabras no eran importantes porque sabía que le importaba la gente?

«Tal vez sí, pero parece demasiado fácil. Es como darme un pasaporte para ser un cretino».

Además, por primera vez en su vida quería amar y pronunciar esas palabras. Quería sacar a su corazón de su jaula y poder decirle a la mujer que amaba que le importaba. Kathryn era una mujer a la que le gustaban las palabras, por mucho que hubiera dicho eso otro. De lo contrario, ni trabajaría para un periódico ni ocuparía tantos papeles con sus listas.

«Lo vas a estropear todo. Dirás algo equivocado. Hasta podrías acabar gritando y haciendo el estúpido. ¿Y de qué te servirá? Ella se marcha. Se marcha».

Y tal vez por eso debía hacerlo, porque Kathryn iba a irse sin saber que la amaba más de lo imaginable. ¿Quería que tuviera buenos recuerdos de ella? Pues él quería que supiera que lo había cambiado de un modo que nadie más había podido hacer. Quería que supiera lo mucho que le importaba, quería darle todo lo que ella le había dado a la gente que había amado. La pena era que no fuera un hombre nada elocuente.

Aun así, estaba decidido a hacer el esfuerzo.

Kathryn estaba cruzando el parque de camino al SmartMart porque tenía que hacer unas últimas compras antes del viaje, pero su mente estaba tan… No, era su corazón el que tenía un problema y eso hacía que no dejara de olvidarse de las cosas.

Pero ese sería el último viaje a la tienda. Tenía las maletas en el

coche, se había despedido de todos y no le quedaba nada más que marcharse… E intentar olvidar a Holt, porque estaba sufriendo.

«No deberías haber confiado en él. Te ha hecho daño como todos los demás». Pero no, eso no era cierto. Él la había advertido desde el principio de que no era un hombre al que una mujer debería amar. Había intentado proteger su corazón y todo lo que había hecho había sido honorable. De todos los hombres que conocía, era en el que más se podía confiar. Le había devuelto lo que había perdido: confianza, fe en sí misma y en los demás. No era su culpa no amarla igual que ella lo amaba a él.

«Deja de pensar, deja de sentir. Vete», se dijo.

De manera que compró lo que necesitaba, lo metió en el coche y sentó a Izzy en su silla. Echó un último vistazo a su alrededor conteniendo las lágrimas y agarró el tirador de la puerta. «Vete. Vete antes de que te derrumbes aquí en público».

–Kathryn, no. No te vayas –oyó decir a Holt tras ella y se giró para ir a caer prácticamente en sus brazos–. No te vayas aún.

–¿Qué pasa? –algo tenía que ir mal porque, como le había dicho muy bien, él era un hombre que nunca miraba atrás.

–Te he mentido. Sí que miro atrás. Sí que recuerdo. Pienso en las cosas que me gustaría haber dicho y vivo lamentando el hecho de que mi padre y yo nunca compartiéramos nuestros sentimientos, creyendo que probablemente no le di a mi amigo Hank el adiós que necesitaba y merecía y pensando que si hubiera podido decirle a Lilith lo que ella quería oír, nuestro hijo… Bueno, no sé, pero tal vez el final habría sido menos brutal. Ahora estás aquí y… me importas más que nada, pero el problema es que expresar lo que hay aquí dentro –se tocó el pecho– me resulta incómodo y no creo que sea nada que a alguien le gustaría oír.

Estuvo a punto de decir que a ella sí le gustaría, pero si lo decía parecería que lo estaba presionando.

–Holt, cuando llegué aquí no confiaba en nadie, ni siquiera en mí misma. Estaba huyendo, intentando aparentar que podía valerme por mí misma para que nadie viera lo asustada e insegura que me sentía. Todo el mundo que me había importado me había traicionado y me había criticado.

»Pero entonces llegaste tú. No me adornaste nada con palabras bonitas y ni siquiera cooperaste la mitad de las veces, pero fuiste

auténtico. Tenías tus principios y tus reglas y te has ceñido a ellos pese a todo. Has sido, y eres, el hombre más de fiar que he conocido en mi vida. Saber que existías, que había al menos una persona así en el mundo en quien me podía apoyar pasara lo que pasara, me cambió, me inspiró y me animó a tener fe en mí misma y me ayudó a ser más de lo que he sido nunca. Así que no hay nada que puedas decir que yo no quisiera oír, por muy raro que sonara. Pero quiero que sepas que no tienes que decir nada.

–Kathryn, maldita sea, Kathryn. Ni siquiera te he dado las gracias por lo de anoche.

Ella esbozó una sonrisa.

–Sí, claro que lo hiciste. No tenías que decir nada. Me lo demostraste.

Y entonces no pudo evitarlo y lo besó. Solo una vez.

Y él la besó también. Solo una vez. Después, se metió la mano en el bolsillo, sacó un papel doblado y se lo entregó. Tenía colores. El amarillo era para «Físico».

Haces que me tiemblen las rodillas. Me levanto cada mañana queriendo besarte. Me voy a dormir cada noche queriendo abrazarte. El aroma de tu pelo me hace pensar en… el brillo del sol y en campos de rosas. Cuando te hagas mayor me seguirá encantando mirarte porque tu belleza nace de tu interior.

No lo leyó en alto porque podía ver que Holt estaba ruborizándose y, directamente, pasó al azul: «Otros».

Haces que quiera ser mejor hombre. Me vuelves loco con las cosas que me pides, pero creo que me gusta que me vuelvas loco porque estoy deseando verte. Cada día. Tienes una niña preciosa a la que adoro.

Kathryn tuvo que dejar de leer un minuto mientras se secaba las lágrimas. Después continuó, había una cosa más.

Me alegro mucho de tu éxito. Quiero que seas eternamente feliz y que sepas que te amaré todos los días de mi vida.

–¿Lo dices en serio?

–Está en la lista, ¿no? –le preguntó él susurrándole contra su cuello–. Las listas no mienten. Al menos, las nuestras no.

–Me gusta que le hayas puesto colores.

–Dos me parecía muy simple, pero me daba miedo que te marcharas antes de que me diera tiempo a terminarla. Además, ha sido mi primera vez. No tengo práctica escribiendo cartas de amor.

–Me alegro. No me gustaría imaginar a ninguna otra mujer leyendo lo mucho que la amas.

–Eso no pasará. Eres la única, la única, y lo serás todos los días de mi vida. Y bueno, ahora, ¿a qué hora tienes que estar en Illinois?

–¿No vas a pedirme que me quede?

Él vaciló.

–No quiero entrometerme en tu camino. Has trabajado muy duro para conseguir este trabajo.

–Y conseguiré otro. Más cerca de casa. Más cerca de Larkville. Austin está cerca. Puede que allí les guste y me den un trabajo.

–Puede que te adoren –dijo y la besó en la nariz y después en los labios.

–Con tal de que me quieras tú…

–Yo te amo, sin duda.

–¿Quieres saber cuánto te quiero yo, Holt?

–Espero que mucho. Espero que aceptes casarte conmigo.

–Creo que estaba escrito en el destino… o, al menos, escrito –sacó un papel doblado de su bolso–. Cuando estaba recogiendo las cosas me he encontrado con esto en una caja. Lo escribí hace años cuando era muy joven, así que lo siento por la letra tan cursi y la tinta morada.

Desdobló el papel amarilleado donde una Kathryn mucho más joven había escrito: «Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero…».

Las palabras llegaban hasta el final de la página en la que estaba escrito el nombre de Holt y el encabezado decía: «Kathryn Calhoun. Señora de Holt Calhoun».

–¿Cómo no iba a casarme contigo? Lo pone aquí mismo en tinta morada, dice que mi nombre es Kathryn Calhoun.

Él se rió a carcajadas.

–Cariño, ¿cómo no pude fijarme en ti antes?

–No importa. Ahora ya me tienes.

Y la tomó en sus brazos.

Sí, la tenía.

Epílogo

UN DESPEJADO día de agosto, tres meses después de que Kathryn hubiera entrado en el mundo de Holt, ambos se embarcaron en su siguiente proyecto juntos: su boda. El Rancho C Doble Barra nunca había lucido tan festivo. Había lazos blancos y azul pastel y flores por todas partes. Daedalus incluso llevaba lazos azules en su crin y Kathryn, que iba sentada de lado sobre su lomo, vestía un vestido blanco. Holt, montado en el semental de su padre, Storm, le sonrió.

–Espero que sepas que solo el hecho de quererte más de lo que quiero a mi dignidad o la de mi caballo es lo que me ha hecho subirme a lomos de un caballo adornado con lazos.

–Espero que sepas que te quiero tanto que me habría casado contigo en una cabaña llena de barro sin lazos, ni flores, ni invitados.

–Lo sé, pero quiero que la gente sepa lo mucho que me importas. Te mereces solo lo mejor.

–Bueno, pues ya tengo lo mejor. Al mejor vaquero. Al mejor hombre.

–Ah, veo que sigues engañada, cariño. Bueno, vamos allá –dijo y giraron sus caballos en dirección a los invitados que los aguardaban emocionados.

La gente de Larkville se situaba a lo largo de un camino lleno de pétalos de rosa que conducía a un altar al borde de una verde pradera y, a medida que Holt y Kathryn pasaban por delante de ellos, les dirigían cariñosas palabras.

Cuando los dos llegaron al altar, Wes y Dave se llevaron a los caballos y Holt se giró hacia ella para besarla.

–¡Aún no! –gritó alguien y todos se rieron.

–Te quiero.

–¡Aún no! –añadió alguien más.

Kathryn lo besó.

–Te quiero.

–¿Podría alguien casar ya a estos dos? –gritó una tercera

persona.

Y así dio comienzo la ceremonia. Fue breve y dulce, y la anécdota la puso Blue cuando, al entregar los anillos, comenzó a lamer sin cesar a Kathryn. El pastor apenas había pronunciado las últimas palabras cuando Holt ya estaba levantándola en brazos.

–Gracias por esperarme –le dijo antes de darle un beso que le robó el aliento. La besó una vez más, con más delicadeza y dulzura, pero igual de bien. Tan bien como besaba siempre.

Y cuando la dejó en el suelo y una música comenzó a sonar de fondo, ambos se giraron hacia los invitados y les sonrieron.

Holt alargó el brazo, pero Kathryn negó con la cabeza.

–Aún no. ¿Gus?

Gus, que estaba sentado en la primera fila, dio un paso al frente. Llevaba un libro.

–¿Quieres que lea? ¿Ahora?

–No exactamente –dijo Kathryn agarrando el libro–. Solo… ¿Recuerdas el día que todos estaban dándote regalos y no aceptaste el mío? Es este. Busqué la historia del rancho C Doble Barra y todo el mundo contribuyó con fotografías e historias. Está hecho de modo que puedas añadirle más páginas con cosas sobre tus padres y Jess, Megan y Nate que solo tú puedes saber. Y también cosas de tus nuevos hermanos –sonrió a Ellie.

Holt, abrumado, rodeó el rostro de Kathryn con ambas manos y la besó con fuerza. Sonrió a sus hermanas, que estaban emocionadas, y a Nate, que acababa de regresar del Ejército. Después, se giró hacia Ellie.

–Me encantaría conocerte mejor. Conoceros mejor a todos.

Ellie contuvo las lágrimas.

–A mí también me encantará conocerte a ti.

Kathryn se acercó a Holt y le susurró:

–No quería poner nada sobre tu bebé o Lilith sin hablar contigo, pero quiero que sepas que estará en el libro. Sé que deseabas ese bebé y que lloraste su pérdida.

Holt se quedó en silencio un minuto.

–Gracias. Sí que quería a ese bebé y espero que sepas que quiero a Izzy con toda mi alma y que la considero mía.

Ella sonrió.

–Serás un buen padre si no la malcrías demasiado. Ya te adora.

–Tengo la intención de malcriar a todos nuestros hijos. Voy a amarlos con locura y a decírselo cada día, pero nunca querré a nadie como te quiero a ti.

–¡No podemos oíros! –gritó alguien–. ¿De qué estáis hablando?

Holt y Kathryn se giraron hacia el pueblo de Larkville.

–Estamos hablando de hacer bebés. Kathryn quiere ponerse ya a ello.

–¿Ahora? –preguntó Wes riéndose.

–En cuanto Holt deje de hablar –bromeó ella–. A este hombre le encanta hablar y soltar largos discursos.

Todos se rieron y Holt sonrió a su mujer.

–Vas a pagar por esto, cariño.

–Eso espero, amor. Aquí está mi primer pago –y se lanzó a sus brazos.

El pueblo de Larkville enloqueció al verlos.

Por fin, Holt Calhoun había encontrado su voz, su amor, su futuro y su razón de vivir.

No te pierdas el siguiente libro de la serie

HISTORIAS DE LARKVILLE:

Un amor de cine,

de Melissa McClone